





# Jean murió a su manera

Derek Humphry



México, 2008

Primera edición, 2008

*Jean murió a su manera*

por  
Derek Humphry

Título de la edición original: *Jean's way*

© 1978, by Derek Humphry

© 1978, de la traducción: Pilar Giralt

© 1978, de la edición española: Librería Editorial Argos, S.A.

© 2008, Derechos Reservados por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: [demac@demac.org.mx](mailto:demac@demac.org.mx)

[librosdemac@demac.org.mx](mailto:librosdemac@demac.org.mx)

Derechos de la traducción cedidos por las herederas de Pilar Giralt a DEMAC.

Impreso en México

Printed and made in México

ISBN 978-968-6851-79-3

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios —incluidos los electrónicos— sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

*A Roy y Sid*



# ÍNDICE

Prefacio	9
1. Bajo sus condiciones	11
2. El descubrimiento	13
3. Terapia	27
4. Buena temporada	49
5. Portentos	67
6. El pacto	89
7. Colapso	103
8. Días de gracia	121
9. Decisiones	141
10. ¿Ha llegado el momento?	147
Apéndice	157





## PREFACIO

Lo único seguro en esta vida es que hemos de morir. Pero, ¿cómo nos enfrentaremos al proceso de la muerte? La ciencia moderna hace físicamente menos doloroso el final de nuestras vidas, pero no puede tratar los problemas emocionales y espirituales, cuya solución compete únicamente al individuo y a sus seres queridos.

Este relato que cuenta cómo enfocó una pareja, felizmente casada durante veintidós años, su inminente separación a causa de la muerte de la esposa, es desde luego muy singular. Es una de las maneras de morir. Al describir la manera en que lo hizo Jean, el propósito es abrir el debate —tanto en la mente de cada cual como en la opinión pública— sobre cómo morir.

Caben pocas dudas de que la propensión de Jean a la enfermedad que la mató era hereditaria. Hemos llegado a una etapa en la que el cáncer está siendo dominado, lenta pero inexorablemente; por desgracia, Jean no se contó entre los afortunados. Hoy día muchos casos de cáncer pueden curarse totalmente, y un diagnóstico precoz, la cirugía, los medicamentos, la radiación y la inmunología frenan los otros casos y ofrecen un futuro esperanzador. “La investigación del cáncer ha llegado por fin a un punto que puede llamarse la recta final”, escribe el doctor Oliver Gillie, genetista y corresponsal médico del *Sunday*



*Times*, en la conclusión de un estudio acerca del panorama mundial de la batalla contra esta enfermedad.

Pese a ello, el cáncer continúa siendo una de las causas más comunes de muerte. Cuando ésta —débase al cáncer o a cualquier otra causa— sea inevitable, reconozcámoslo sin subterfugios y en el momento adecuado, de manera que los individuos dispongan las cosas para que sus últimos días contengan la mayor felicidad posible y sus seres queridos, a su vez, se preparen para la separación y sus secuelas.

Finalmente, me gustaría añadir que el hecho de que Jean me preparase y fortificase para su muerte fue la causa de que yo nunca dejara de creer en el poder del amor; así, al cabo de un año conocí a Ann Wickett y me casé con ella. Fue idea suya que escribiera este libro y fue ella quien me animó en los dolorosos momentos de recuerdo y me ayudó a prepararlo, escribirlo y mecanografiarlo.

DEREK HUMPHRY  
Londres, 1977

## 1. BAJO SUS CONDICIONES

Cuando puse la bandeja del desayuno sobre la mesilla de noche de mi mujer, ella me miró y preguntó:

—¿Ha llegado el momento?

—Sí, cariño —contesté. Yo lo sabía desde hacía algún tiempo.

—Muy bien —declaró—. Moriré a la una. Así es mejor. Me alegro de que ya estuviera decidido.

Su declaración no me sorprendió. Desde hacía dos años y cuatro meses sabía que tenía cáncer, y casi un año antes habíamos hecho un pacto sobre cómo actuaríamos cuando el fin estuviera cerca.

Durante las cuatro horas que nos quedaban revisamos los veintidós años de nuestro matrimonio, hablamos de nuestros tres hijos y sus futuros cónyuges, y de lo que sería de mí cuando ella hubiera muerto. Reflexionamos sobre los felices años de nuestra vida en común, las decisiones acertadas y algunas que no lo fueron.

Siempre atenta a todo, me recordó que era Sábado Santo y que el lunes también era festivo, por lo cual no podría registrar su defunción sino hasta el martes. Me dio instrucciones concretas sobre lo que debía hacer con su ropa y efectos personales.

Seguimos hablando hasta unos minutos antes de la una, cuando salí de la habitación para preparar una bebida caliente.



Llené dos tazas de café, les añadí un poco de leche, y en una de ellas disolví una fuerte mezcla de calmantes y somníferos cuyo efecto sería letal. Cuando volví a la habitación, le alargué esta taza.

—¿Es esto? —preguntó.

Conocía su contenido. Nos dimos un último abrazo mientras nos despedíamos. Bebió el café de un trago, dejó la taza sobre la mesilla, y a punto de perder el conocimiento, murmuró:

—Adiós, cariño.

Cayó en un sueño muy profundo, respirando con fuerza. La contemplé hasta que dejó de respirar, cincuenta minutos más tarde.

Permanecí a su lado unos minutos más, serenando mis ideas antes de ir a decírselo a mis hijos.

Que Jean Humphry tuviera que morir a la edad de cuarenta y dos años, en la flor de la vida, fue una gran pena para todos los que la amábamos. Sin embargo, después de aceptar que la enfermedad acabaría matándola, llevó en sus dos últimos años una vida tan alegre, afectuosa y activa que perdió mucha importancia que no pudiera vivir veinte o treinta años más. Y murió bajo sus propias condiciones, no bajo las de la enfermedad que devoraba su cuerpo.

## 2. EL DESCUBRIMIENTO

**E**xactamente tres años antes, Jean y yo habíamos hablado sobre cómo pasaríamos la segunda mitad de nuestra vida en común y considerado muchas posibilidades. Aquel mes de agosto de 1972 pudimos tomarnos las primeras vacaciones, desde nuestra luna de miel, sin la compañía de nuestros tres hijos, cuyas edades oscilaban entre los quince y los veinte años y estaban muy ocupados con empleos, motocicletas y novias. Nos despidieron con gran alivio y nos fuimos en coche a la Riviera francesa para pasar quince días en Le Lavandou. Holgazaneamos en las playas, hicimos excursiones de un día a St. Tropez y Marsella y por las noches nos atiborramos de platos y vinos de la región. Fue en muchos aspectos una segunda luna de miel, teniendo en cuenta que diecinueve años antes, después de la boda, habíamos recorrido el sur de Francia en motocicleta.

El principal tema de conversación durante estas vacaciones fue la manera en que emplearíamos la libertad de que dispondríamos ahora que los chicos eran mayores. Jean quería trabajar en algo fuera de casa y todo el día, de ser posible, pero carecía de conocimientos especializados; aunque había sido secretaria veinte años atrás, ya no sabía taquigrafía ni escribir a máquina. Ahora era una persona formada y con capacidad creadora, con muchas posibilidades, pero ignoraba cómo

realizarlas. Mi carrera se acercaba a su cenit; hacía casi treinta años que era periodista, diez de ellos como corresponsal del *Sunday Times* para asuntos locales. También había encontrado cierta satisfacción como escritor; aquel invierno había terminado mi segundo libro, cuya publicación estaba prevista para este mismo mes. Tanto Jean como yo queríamos dedicar más tiempo a nuestras aficiones. En mi caso se trataba de desarrollar las dotes de escritor que pudiera tener, y en el de Jean, de iniciar una carrera. Queríamos libertad para vivir y hacer lo que más nos gustara; creíamos que se acercaba el momento de ser más egoístas en lo referente a nuestras vidas.

Cuando regresamos de las vacaciones se publicó mi libro y nos alegró mucho ver la buena acogida que se le dispensó. Penguin me encargó casi inmediatamente que escribiera el tercero. Jean y yo decidimos celebrar el acontecimiento añadiendo un ala nueva a nuestra casa de Billericay, en las afueras de Londres; era algo que habíamos deseado realizar durante años, pues significaba un dormitorio mucho mayor y una sala de estar adicional a la que podríamos escapar cuando los chicos trajeran a casa a sus amigos. El ala quedó terminada a los tres meses y agradecemos mucho el cambio; lo de menos era que las habitaciones fuesen para nuestra propia complacencia o que elevaran el precio de venta de la casa si un día nos íbamos a vivir a otra; sentíamos, sencillamente, que nos debíamos a nosotros mismos el lujo de una ampliación y decidimos disfrutar de ella.

Un día, poco después de trasladarnos al ala nueva, cuando terminábamos de leer en cama los periódicos dominicales, vi que Jean dejaba el suplemento en color y fijaba la mirada en la ventana. Parecía más pensativa de lo acostumbrado, y tras un silencio de varios minutos dijo con mucha sencillez:

—Hay algo que me preocupa, Derek.

• • • • •

Como yo sabía que no era una persona aprensiva, quise saber cuál era el problema. Contestó que el día anterior había descubierto un bulto muy pequeño en su pecho izquierdo. A causa de un historial de cáncer en su familia, siempre se examinaba los pechos por si encontraba algún bulto y se sometía regularmente a frotis vaginales. Ahora había encontrado la señal de peligro que toda mujer teme. Me pidió que la examinara a fin de confirmar o desechar su sospecha, y cuando lo hice supe que era innegable la presencia debajo del pecho, muy cerca de la axila, de un bulto del tamaño aproximado de un guisante.

Decidimos ir al médico al día siguiente y telefoneamos para pedir cita para la mañana del lunes. Vi que estaba inquieta e intenté calmarla sugiriendo que el bulto podía significar muchas cosas, aunque me hubiera resultado difícil tener que explicarle cuáles. No obstante, había otras enfermedades que afectaban los pechos y se lo dije poniendo mucho énfasis en mis palabras. Para evitar que siguiera dando vueltas a lo mismo, me levanté de la cama y ella me imitó; pasamos un agradable domingo, sin aludir ni una sola vez a su descubrimiento.

A la mañana siguiente, Jean consultó al médico de cabecera y volvió al cabo de dos horas con aspecto alegre y optimista.

—Cree que es una mastitis —explicó— y que se disolverá con un ligero tratamiento.

Repitió gran parte de lo que había dicho el médico, subrayando que la mastitis es un bulto de las glándulas mamarias, bastante corriente en las mujeres de su edad que han criado a sus hijos. Ciertamente, el diagnóstico me pareció plausible y nos sentimos muy bien dispuestos a aceptar esta posibilidad y muy aliviados por la explicación. Sin embargo, se necesitaban pruebas y tratamiento para confirmar la mastitis, y se hicieron gestiones para que Jean acudiera la semana siguiente al departamento de



pacientes externos del Southend General Hospital. Nos citaron para el lunes por la tarde, día muy cómodo para nosotros, ya que teníamos la costumbre de ir a Southend una vez por semana para hacer compras, deleitarnos con un largo almuerzo y pasear por la alameda. Terminamos pronto las compras y almorzamos antes de presentarnos en el hospital a las tres. Entre otras cosas, extrajeron un poco de líquido de las glándulas mamarias de Jean y le dijeron que volviera al cabo de una semana a buscar los resultados de las pruebas.

Si Jean estuvo preocupada durante aquella semana, lo disimuló muy bien, y yo había sobrevivido demasiados años como empedernido reportero para llamar al mal tiempo. No obstante, cuando volvimos al hospital una semana después, comprendí que había una tensión inconfundible bajo nuestra plácida compostura. Ambos sabíamos qué nos esperaba si los resultados confirmaban que el bulto era un tumor maligno y no mastitis. Conociendo tan bien a Jean, podía sentir su aprensión con toda claridad. La sala de espera estaba atestada de pacientes, por lo que, después de presentarnos en la recepción, compramos varias revistas y nos sentamos a leer, dando por descontada una larga espera. Después de veinte largos minutos llamaron a Jean, que desapareció por el pasillo que conducía a los consultorios. Al cabo de unos momentos de soledad me di cuenta de que empezaba a ponerme nervioso; a fin de huir de la monotonía de la sala de espera, decidí dirigirme al bar y tomar una taza de té. Me esforcé por ser optimista, pero me costaba mucho. Me dominaba un sentimiento de temor que no podía eliminar del todo.

Bebí el té y regresé a la sala de espera, donde traté de concentrarme en la observación del océano de rostros que tenía ante mí. Había intentado leer, pero era incapaz de fijar la atención y el tiempo parecía eternizarse. Por fin, Jean apareció por uno de



los pasillos, apretando contra sí un gran sobre marrón. Aunque todavía estaba bastante lejos, vi que se acercaba con los ojos fijos en los míos. Cuando se volvió para poner los documentos sobre el mostrador de recepción, observé que tenía los labios muy apretados y sabía que esto no era buena señal. Cuando se sentó a mi lado pregunté inmediatamente:

—¿Cómo te fue?

Desvió la mirada y hubo un largo silencio. Entonces dijo con voz muy queda:

—No me lo ha dicho con claridad, pero hay riesgo de cáncer.

Permanecemos totalmente aturridos, intentando admitir que una posibilidad remota se había convertido de pronto en una inquietante probabilidad. Di el abrigo a Jean, recogí las revistas y nos dirigimos hacia la salida del hospital. Le pregunté qué pasaría ahora.

—Tengo que ingresar en el hospital —fue todo cuanto dijo y, por su tono concluyente, adiviné que no quería hablar. Subimos al coche y recorrimos en silencio los treinta y cinco kilómetros que había hasta Billericay, ambos absortos en nuestros pensamientos. Me preguntaba qué le ocurriría ahora y cómo se enfrentaría con los problemas futuros, y también hasta qué punto podríamos confiar en los chicos.

Cuando llegamos a casa, Jean cruzó el umbral, se sentó en un sillón y rompió a llorar. Me sentí totalmente inútil y algo confuso, sabiendo que lo único que podía hacer era sentarme en el brazo del sillón y rodearla con mis brazos mientras continuara sollozando. Jean había hablado durante años sobre su certidumbre de que un día tendría cáncer, pero se tranquilizaba diciéndose que no ocurriría hasta que tuviera más de sesenta años, y para entonces ya se habría descubierto algo que lo curase. Tenía razones para temerlo: su abuela materna, su propia madre y tres

de sus tías habían contraído cáncer. De seis hermanas, las dos restantes habían muerto de ataques cardíacos.

—¿Por qué me ha ocurrido tan pronto? —exclamó con amargura—. ¿Por qué diablos he de tenerlo veinte años antes que el resto de mi familia?

Intenté que adoptara una actitud más sensata preguntándole qué pensaba hacer ahora. Se calmó un poco y me contó que tenía que ingresar en el hospital para una operación exploratoria en la cual se extirpaba una porción diminuta de la zona afectada; mientras estuviera anestesiada, un patólogo examinaría con el microscopio el tejido. Si el bulto resultaba ser maligno, le extirparían el pecho. Aproveché la oportunidad para subrayar que el bulto podía no ser canceroso y añadí que, aunque fuera maligno, lo había descubierto con la suficiente antelación para ser tratado. Jean era fuerte y sana y, con los cuidados oportunos, sería capaz de vencerlo. La consolé a ella y a mí mismo con este razonamiento y observé que su expresión volvía a ser valiente y la vi entrar en la cocina para preparar la cena. Al cabo de pocos minutos oí que daba golpes con cazos y sartenes y cerraba con violencia las puertas de los armarios, señal segura de que estaba desahogando su tensión y había sobrevivido a esta determinada tormenta. Unos minutos después llegó a casa nuestro hijo menor, Stephen, que trabajaba en la localidad, y le dejé hablando con Jean sobre su nuevo empleo y salí para estar solo unos momentos.

En el fondo del jardín había un cobertizo de madera donde los chicos guardaban sus bicicletas y nosotros las herramientas de jardinería y algunos muebles. Entré en el cobertizo y me senté en una vieja tumbona, aliviado al tener un momento de soledad, ya que necesitaba reflexionar a solas. Durante aquellos minutos de aislamiento no pude negarme a mí mismo que el asunto era

grave; se esfumó mi anterior optimismo y me derrumbé. Necesité unos veinte minutos para recobrar la serenidad. Ahora me doy cuenta de que cuando salí del cobertizo ya me había dicho por primera vez que esto era el principio del fin. No obstante, por alguna extraña razón, fui capaz, simultáneamente, de relegar este pensamiento a un rincón de la mente, porque me sentía obligado a comportarme como si nada inquietante hubiera ocurrido; por lo menos en mis pensamientos más conscientes estaba decidido a esperar lo mejor, y esto calmó un poco mi propia ansiedad. Lo último que deseaba era afligir a Jean, así que salí del cobertizo y la saludé con exagerados ademanes al pasar frente a la ventana de la cocina, tras lo cual fui a desherbar un arriate del otro extremo del jardín.

Aquella noche, durante la cena, dijimos a los chicos que su madre ingresaría en el hospital para una pequeña intervención, pero ni Jean ni yo mencionamos la posibilidad de cáncer. No se trató de callar una información, ya que de hecho no estábamos seguros. Reconocer abiertamente la posibilidad ante los chicos habría parecido la confirmación de nuestras peores sospechas, y Jean y yo queríamos conservar la esperanza a toda costa. Pocos días después llegó una nota del hospital informándonos que Jean tenía una cama reservada para la semana siguiente.

La prontitud con que llamaron a Jean del hospital le hizo concebir los más angustiosos temores. Creía que esta convocatoria tan urgente confirmaba lo peor. Le hice observar que actuar con esta rapidez era la norma habitual del hospital y que lo hacían con todos los casos, y puse de relieve que nosotros debíamos dedicarnos a disfrutar de las vacaciones navideñas y no a preocuparnos por problemas hipotéticos. Así pues, todos

hicimos un esfuerzo común para celebrar juntos la Navidad, sin referirnos ni una sola vez a la inminente operación, que de hecho no se apartaba de nuestras mentes. Yo sabía que Jean estaba acongojada, pero, como siempre, dio muestras de un notable dominio de sí misma y se reservó sus aprensiones.

Cuando llegó el día fijado, llevé a Jean hasta Southend y la acompañé a la sala donde se puso un camisón mientras yo hacía un paquete con su ropa para llevármela a casa. Entró muy decidida en el hospital, pues ya había ingresado varias veces anteriormente por dolencias menores, y parecía hallarse en un estado de ánimo predispuesto y alegre. La intervención no se realizaría hasta la tarde, de modo que me sugirió que siguiera mi horario acostumbrado y volviera al atardecer. Nos despedimos con un beso y antes de separarnos me dijo:

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

Hice los cien kilómetros hasta Londres, donde tenía una cita para almorzar con el comandante Kenneth Newman, jefe del Departamento de Relaciones con la Comunidad de Scotland Yard, que más tarde sería jefe de la Policía de Irlanda del Norte. Nos habíamos citado en un distinguido restaurante de mariscos italiano del Strand. Llegué con algo de retraso y, al no encontrar un lugar para estacionar el coche, lo dejé frente a la BBC, en Bush House, y entré con prisa en el restaurante donde Newman ya me estaba esperando. Durante el almuerzo le hablé de mis planes de ir a Nueva York para entrevistar a su jefe de policía y de mi intención de efectuar un viaje a las Indias Occidentales para escribir sobre la situación política en las distintas islas. Todo el rato que estuve hablando con Newman me preocupó lo de Jean y también la sospecha de que era un hipócrita, porque sabía que existía la posibilidad de que no pudiera desplazarme al extranjero. Sin embargo, por el momento las cosas eran demasiado

• • • • •

confusas para hablar de ello a Newman, quien después de un largo almuerzo me deseó buen viaje y yo volví a mi coche, que estaba cubierto de multas.

En el largo camino de regreso al hospital tuve encendida la radio del coche en un esfuerzo para no pensar en Jean, a quien debieron llevar a la mesa de operaciones más o menos a la hora en que empecé a salir de Londres. La hermana del hospital me había dicho que no telefonara y que ya recibiría noticias de Jean cuando llegara por la tarde al pabellón. De camino hacia Southend recogí a mi hijo mayor, Edgar, y llegamos al hospital un poco después de las seis. Tomamos el ascensor hasta el quinto piso y pedí a Edgar que me esperara mientras iba al despacho de la hermana, situado en la entrada de la sala. Entré en la oficina y pregunté:

—¿Cómo está? ¿Han tenido que extirparle el pecho?

—Está muy bien —repuso la enfermera—, aunque algo atontada todavía. Y sí, tuvimos que extirparle el pecho.

El impacto de la temida noticia me dejó anonadado. Sabía que éste podía ser el primero de una serie de desastres. Quería ver a Jean inmediatamente y me dirigí, apresurado, hacia su cama, pero antes de llegar me di cuenta de que no había preguntado a la enfermera si ella conocía el resultado de la operación. Tenía el angustioso presentimiento de que Jean lo ignoraba y yo tendría que explicarle lo ocurrido. Me acerqué a su cama, situada en el rincón de una sala azul pastel; unas cortinas de color beige la rodeaban, pues hacía poco rato que la habían traído de la sala de recuperación. Cuando estuve a su lado vi que dormitaba, así que me senté y la contemplé unos minutos. Entonces se movió y yo murmuré: "Hola, amor", inclinándome para besarla. Era evidente que aún estaba bajo los efectos de la anestesia y tardó un instante en ordenar sus pensamientos.

—¿Me lo han extirpado? —preguntó soñolienta. Tragué saliva; sabía que no me quedaba otro remedio que ser sincero con ella.

—Sí, cariño —contesté y ella prorrumpió en convulsos sollozos, incapaz de murmurar algo coherente. Una enfermera la escuchó llorar y vino a ponerle una inyección que tuvo un efecto inmediato. La rapidez con que perdió el conocimiento me intranquilizó, me asustó, mejor dicho, porque en cuestión de segundos se quedó totalmente inanimada, como si estuviera muerta. Permanecí un momento junto a la cama, aturdido por la terrible noticia y el colapso emocional de Jean. Me pregunté qué sería de nosotros en los próximos meses.

Tal vez a causa de la agobiante opresión, me resultaba difícil moverme y tuve que hacer un esfuerzo para abandonar la sala con paso vacilante; cuando llegué al pasillo empecé a llorar. Edgar me cogió del brazo, me llevó a un rincón, junto a la caja del ascensor, y allí sollocé sobre su hombro como un niño pequeño. En aquel momento, Edgar ignoraba la gravedad de la dolencia de Jean, pero los ánimos y el consuelo que me prestó no por eso fueron menos valiosos.

Cuando logré sobreponerme, fuimos al coche y dejé que Edgar lo condujera. Cerca ya de Billericay le conté todos los detalles de la operación y expliqué todas las posibles consecuencias, y él me escuchó emocionado y compasivo. Sugerí que ahora, una vez extirpado el pecho, había grandes probabilidades de que el cáncer hubiera sido detenido a tiempo y todos teníamos que ver el lado bueno de la situación. Ahora comprendo que al tratar de consolar a Edgar, ofreciendo el pronóstico más esperanzador, en realidad también estaba tratando de convencerme a mí mismo. Cuando llegamos a casa, expliqué la situación a los otros dos muchachos, que se quedaron anonadados y perplejos y recibieron la noticia en silencio excepto para decir: “Pobre mamá”. Para no ponerme

demasiado nervioso pensando en Jean, aquella noche vi una pésima película en la televisión, hice una taza de chocolate caliente y me fui a la cama. Había sido un día agotador y no tardé en quedarme dormido, aunque me desperté antes del amanecer y pasé varias horas dando vueltas en mi mente a todo lo ocurrido.

En cuanto llegué a la oficina a la mañana siguiente, cancelé mi viaje a Norteamérica y escribí al jefe del Departamento de Policía de Nueva York para disculparme por el cambio de planes. El editor, Del Mercer, me sugirió que aplazara un mes el viaje al Caribe y, mientras tanto, viera cómo iban las cosas cuando Jean saliera del hospital. Aquella tarde llevé a Clive conmigo a visitar a Jean y me asombró el cambio espectacular operado en ella. Estaba sentada en la cama, con las cortinas descorridas, y nos saludó con una gran sonrisa. Tenía la cara pálida, pero se encontraba bien y muy alegre. Me animó esta rápida recuperación mental, aunque comprendí que probablemente la euforia se debía en parte al efecto de los calmantes. Después de besarnos, lo primero que hizo Jean fue preguntar sobre mi viaje a Nueva York, y añadió que en modo alguno debía cambiar mis planes a causa de ella. Lo dijo de modo tan terminante que yo repliqué con la mayor diplomacia posible que seguiría con mis planes, naturalmente, pero que habría un pequeño aplazamiento. No era cuestión de sacrificar el viaje, subrayé; sólo lo había pospuesto unas semanas, y ella aceptó de buena gana este compromiso. Como es natural, quiso saber cómo nos las arreglábamos en casa y yo le aseguré que tanto los chicos como yo comíamos con apetito y nos defendíamos bien. Charlamos con mucha animación y el hecho de que ella estuviera un poco “achispada” me facilitó las cosas; la hora de visita pasó con demasiada rapidez.

No mencionó la pérdida del pecho excepto para decir que esperaba dejar el hospital dentro de unos diez días.

Fue durante mi visita de la tarde siguiente cuando habló largo y tendido sobre la mastectomía. Me indicó a una mujer de la sala a quien habían practicado una operación similar hacía ya varios años (ahora estaba en el hospital por sus várices) y mencionó a otras mujeres que habían sobrevivido muchos años a la extirpación de un pecho. Aquella mañana el hospital había enviado a Jean a un miembro del personal para hablar con ella de reponer el pecho, y Jean me contó todas las posibles formas de “prótesis”, una palabra nueva para mí, que significa una pieza de repuesto artificial para partes del cuerpo. Se extendió sobre la composición de diferentes tipos de prótesis de pecho —espuma, plástico y algodón, para citar algunos— y dijo que la Sanidad Nacional proporcionaría dos sin cobrar nada. Si no resultaban satisfactorios, no era muy caro encargar uno a un fabricante especializado en aparatos quirúrgicos.

Jean me aseguró que todos los médicos confiaban en que el tumor, aun siendo maligno, había sido detectado a tiempo y no teníamos nada que temer. Durante el resto de su estancia en el hospital se mantuvo optimista y si alguien me hubiera preguntado si creía que iba a perderla, yo habría contestado categóricamente que era improbable. Empecé a desechar mi escepticismo y a escuchar sólo las esperanzadoras historias de mujeres que habían sufrido mastectomías y continuado viviendo muchos años y con buena salud. Procuraba interpretar de modo favorable cualquier estadística sobre el cáncer que por casualidad cayera en mis manos. De forma subconsciente me dedicaba a filtrar la información y pronto me aficioné a tener lagunas de percepción que me impidieran ver las cifras poco prometedoras.



Con el estímulo y la aprobación de Jean hice todos los esfuerzos posibles para volver a mi agitada vida profesional. Dije a la oficina que podría ir a las Indias Occidentales dentro de un mes y no sentía ningún remordimiento por hacer ese viaje. Jean abandonó el hospital en la fecha prevista y empezó a ocuparse prudentemente en ocasionales tareas domésticas, ya que todos le habíamos aconsejado que se tomara las cosas con calma durante un tiempo. La cicatriz de la operación estaba cubierta por una espesa venda elástica, por lo que yo todavía no la había visto. Sabía que Jean era muy susceptible respecto a la pérdida de una parte tan importante de su cuerpo, por consiguiente, siempre que se refería a ello yo no dejaba de subrayar que no implicaba absolutamente la menor diferencia en mis sentimientos hacia ella. Lo importante era que siguiera a mi lado, ya repuesta, por lo que me sentía agradecido. Sin embargo, observé que ahora se desnudaba de espaldas a mí y nunca se metía en cama sin llevar camisón. Cuando le quitaron la venda tres semanas después, me enseñó —de mala gana— la larga cicatriz, de veinte centímetros por lo menos, que parecía una roncha de color rojo vivo, porque la piel aún no había tenido tiempo de crecer. Intenté convencerla de que su aspecto no era tan desagradable y que se disimularía con el tiempo. Yo estaba seguro de que me acostumbraría a verlo poco a poco, aunque comprendía que nada compensaría jamás la pérdida de una parte tan femenina del cuerpo de una mujer. Procuré por todos los medios consolar a Jean, haciendo hincapié en que se trataba de algo insignificante en comparación con la calidad y perdurabilidad de nuestro amor. Y era sincero.

Un mes después, su recuperación física y emocional parecía asegurada, excepto una pequeña dificultad para levantar el brazo izquierdo más arriba del hombro. Su estado de ánimo y



serenidad eran excelentes, de modo que no tuve escrúpulos en dejarla para ir a las Indias Occidentales, sabiendo que los chicos la cuidarían bien. Empezaba a reanudar sus antiguas actividades políticas y benéficas y parecía que todos volveríamos muy pronto a la normalidad de nuestra vida en común.

### 3. TERAPIA

Cuando volví de mi viaje de un mes por las Indias Occidentales telefoneé a Jean desde el aeropuerto de Heathrow y me alegré infinitamente al oír que estaba muy bien y lo bastante recuperada para ofrecerse a ir hasta el centro de Londres a encontrarse conmigo. Cuando nos vimos, frente a la estación de Liverpool Street, me contó —casi antes de decirme hola— lo mucho que lamentaba que un lado de nuestro Volvo estuviera abollado. Al entrar en un estacionamiento, y mientras extraía la tarjeta de la máquina automática, había rozado el coche contra una columna. Le contesté que no se preocupase y subrayé que lo importante era que ella estuviera ilesa. El incidente me indicó, ante todo, dos cosas: físicamente aún no era capaz de manejar un coche a poca velocidad y tal vez sus movimientos estaban igualmente entorpecidos en otros aspectos, pero psicológicamente progresaba de un modo admirable, casi normal, y preferí concentrarme en este aspecto.

Dos días después de mi regreso fuimos a Bristol para celebrar el septuagésimo cumpleaños de mi padre. Me acababan de conceder unas vacaciones sabáticas de seis semanas y Jean había convenido en que sería la oportunidad ideal para escribir mi nuevo libro. Por tanto, combinamos la fiesta de cumpleaños con la búsqueda de una casa de campo en el vecino Somerset, donde

disfrutaríamos del adecuado ambiente creador. Un amigo nos había dicho que una casita, no lejos de Bristol, estaría vacante aquella primavera, así que fuimos a la bella ciudad catedralicia de Wells para inspeccionarla. Yo había pasado la adolescencia en Mendip Hills, a la salida de Wells, y me seducía renovar mis relaciones. La casa resultó ideal —muy pequeña, con techos de madera y una chimenea— y el ambiente perfecto para los dos, de modo que nos pusimos inmediatamente en contacto con el propietario y convinimos en que la alquilaríamos desde mediados de marzo hasta finales de abril.

Ahora Jean ya aceptaba con poco esfuerzo la pérdida del pecho. Había disminuido su turbación personal y reanudamos normalmente nuestra vida sexual. De vez en cuando aludía a la ausencia del pecho, lamentándose de que era menos mujer por culpa de la operación, pero sus quejas duraban poco. Yo las cortaba invariablemente porque no veía razón para sentir pesadumbre por las cosas perdidas de modo irrevocable; la salud y alegría de Jean y su mera presencia eran tan vitales para mí que ni la cicatriz ni lo que representaba en cuanto a estética tenía importancia. La firmeza de nuestro vínculo conyugal debió contribuir mucho a su serenidad. Llegué a considerar que mi papel era distraerla de las consecuencias de la operación, además de proporcionarle la prueba de que el amor puede fortalecerse a través de las dificultades compartidas. Los chicos eran en extremo comprensivos, compartían mi modo de pensar, y era tranquilizador ver a Jean recién levantada, en bata y sin haberse colocado la prótesis, sin preocuparse en absoluto de que los chicos advirtieran la desigualdad de su pecho. Iba aceptando la mastectomía como un hecho más, tan inevitable como la pérdida de las muelas del juicio, y dentro del círculo familiar no le importaba quién lo supiera ni qué pudiera pensar. Empezó a

• • • • •

aceptar que la colocación del pecho artificial no se diferenciaba de modo fundamental de maquillarse la cara o llevar vestidos favorecedores.

Veía aparecer en Jean una firmeza de carácter que me interesaba porque siempre había sabido que la poseía; una característica disimulada, en parte, por su aspecto indolente y adaptable, que hasta ahora había permanecido latente. Su carácter se había formado en los años treinta, en su infancia, que transcurrió en los barrios bajos de Manchester, donde su padre no pudo encontrar trabajo durante varios años. La economía familiar rozaba el nivel de la mera subsistencia, y gracias a los inteligentes esfuerzos y sacrificios de una madre concienzuda, Jean pudo convertirse en una muchacha alta y robusta, de cutis claro y cabellos rubios. El rigor de las circunstancias económicas que la rodeaban en el deprimente ambiente de Hulme le inspiró el deseo de luchar por algo mejor, y cuando cumplió dieciséis años ya trabajaba para el Partido Comunista distribuyendo octavillas, y al año siguiente se convirtió en miembro de la Liga del Joven Comunista. Esto ocurría en 1945, la época de la luna de miel entre Occidente y Rusia, cuando la comida estaba racionada y las condiciones sociales eran míseras. Por lo que el hombre de la calle sabía, Gran Bretaña estaba abocada a reanudar la pauta de anteguerra de interminables colas ante los centros benéficos y privaciones en general.

En 1950, Jean dejó a los comunistas y se afilió a la Liga Laborista de la Juventud, con sede en una urbanización subvencionada y recién construida en las afueras de Manchester, adonde se había trasladado su familia. Cuando el nuevo distrito (Wythenshawe) organizó su primer carnaval, anunció un concurso para encontrar a la muchacha que mejor representase a la "flor de la feminidad" para nombrarla su reina. A instancias



de su padre, Jean se presentó como candidata. El primer año conquistó el segundo lugar, y en la segunda ocasión ganó, más por su aplomo y personalidad y la fuerza de su breve discurso que por su belleza, ya que nunca se consideró una mujer atractiva. Conquistó un pequeño puesto en la historia local como la primera miss Wythenshawe “política” y su reinado duró un año, durante el cual hizo la consabida ronda de reuniones benéficas, bailes y hospitales. Donde más trabajó fue en los deberes cívicos, porque veía su papel en la vida como propagandista de un cambio político. Continuó su cruzada para el Partido Laborista durante las elecciones de 1950 y 1951, época en que perdió popularidad entre antiguos veteranos del partido por un discurso en que les criticaba por pasar demasiado tiempo bebiendo en el Club Laborista y no el suficiente consiguiendo votos.

Encauzó todas sus energías hacia la organización de actividades de clubes juveniles, y cuando fue nombrada presidenta del Consejo Juvenil de Wythenshawe, la entrevisté en mi calidad de joven reportero que trabajaba en aquel distrito para el *Manchester Evening News*. Me enamoré de ella en aquella entrevista y sentí vivos deseos de proponerle una cita. Pese a mi agresividad como periodista, era muy tímido en otros respectos y me acobardaba la idea de telefonar directamente a Jean o enfrentarme a ella. No obstante, se me ocurrió comprar dos entradas para un concierto de la Hallé en el Free Trade Hall y escribirle una carta agradeciéndole la entrevista y añadir una posdata diciendo que tenía entradas sobrantes para un concierto y le incluía una por si decidía ir. Felicitándome por mi ingenio, ocupé mi asiento la noche del concierto mucho antes de la obertura inicial, y tuve que sufrir la angustia de última hora ante la posibilidad de que la butaca de mi lado continuase vacía toda

la noche. Pero Jean apareció cuando las luces empezaban a amortiguarse e iniciamos nuestra aventura amorosa. Al cabo de tres semanas decidimos casarnos, y otras tres semanas después tuvo lugar la pequeña ceremonia en la Oficina de Registro del Ayuntamiento de Manchester. Sólo invitamos a nuestros padres. Nuestros amigos y familiares se quedaron estupefactos ante la rapidez de nuestro noviazgo, pero a nosotros no nos importaba la opinión pública y saltamos a mi motocicleta para pasar la luna de miel en el sur de Francia, donde vivimos en una tienda de campaña y nos acostamos en unos sacos de dormir que llevábamos en las cestas laterales de la moto.

Cuando volvimos a Manchester, decidimos aumentar sin tardanza la familia y tuvimos dos hijos en tres años. Aunque Jean podría haber tenido sin problemas más hijos, cuatro años después del nacimiento de nuestro segundo hijo adoptamos el tercero. Ocurrió en 1957, cuando vivíamos en un suburbio del sur de Manchester, en una casa semiseparada de la contigua y rodeados de vecinos cuyas vidas parecían totalmente dedicadas a satisfacer sus propios caprichos. Algunos, desde la valla del jardín, nos habían puntualizado que no tendrían más hijos porque querían renovar la cocina, comprarse un coche de mayor tamaño o una lavadora nueva: todo ello por temor a rezagarse respecto a los demás. Nuestros dos hijos disfrutaban de magnífica salud y estaban muy bien atendidos y, precisamente por esta época, escribí varios artículos para mi periódico sobre el gran número de niños que vivían en los orfanatos y casas cuna de Manchester, subrayando el hecho de que muy poca gente quería adoptarlos, en especial a los que pasaban de dos años o provenían de una mezcla de razas. Una noche estaba hablando con Jean acerca de este tema y me asombré mucho cuando me dijo:

—Bueno, creo que deberíamos adoptar uno. ¿De qué sirve traer al mundo más y más hijos cuando los orfanatos están cada día más llenos?

Consideramos la posibilidad durante unas semanas y luego hicimos una solicitud por escrito al Departamento Infantil de la Corporación de Manchester, que inmediatamente nos envió una asistente social. Al final de la entrevista nos preguntó si estábamos dispuestos a aceptar un niño de cualquier color y nosotros dijimos que la raza no importaba mientras fuese un niño de unos tres años; creíamos que esta edad sería la más compatible con la de nuestros propios hijos, que ahora contaban con cuatro y seis años. Poco después un niño encantador llamado Stephen empezó a visitarnos los fines de semana, y más tarde durante periodos de una semana de duración. A los seis meses de residencia permanente lo adoptamos. Hijo ilegítimo de madre medio africana y padre blanco, había pasado dos de sus tres años en casas cuna porque su madre no era capaz de soportar las tensiones de la vida familiar. Stephen tenía el cabello rubio y crespo y la notable belleza que a menudo se encuentra en los niños de raza mixta. Pensamos que ahora nuestra familia estaba completa con tres chicos robustos y nos dispusimos a descubrir juntos un mundo lleno de posibilidades.

Aunque lo deseaba mucho, Jean se negó a aceptar ningún tipo de empleo mientras los niños fueran a la escuela. Continuaba creyendo que una madre debía estar presente cuando sus hijos volvían de la escuela y ser capaz de cuidarles si estaban enfermos, sin el agobio de tener que ir a trabajar. Su actitud se debía a que durante su juventud, en los años treinta, se había fijado en la multitud de “niños con llave” que la habían rodeado en el barrio pobre de Manchester —niños que enviaban a la escuela con la llave del portal de sus casas colgada del cuello—, algo inevitable



• • • • •

cuando la mayoría de las madres no tenía más remedio que ir a trabajar si no querían ver morir de hambre a su familia. Como compensación por pasar tanto tiempo en casa, Jean se dedicó a tareas políticas y benéficas. Además de hacer propaganda activa para el Partido Laborista, era administradora en tres escuelas locales, dirigía una tienda en Oxfam, Billericay, y ayudaba en la biblioteca circulante para los pacientes del hospital, actividades que a su juicio la mantenían en contacto con otras personas, en especial las que no siempre podían bastarse a sí mismas. De este modo creía establecer un agradable equilibrio entre prestar a los niños la atención que merecían y obtener fuera de casa el estímulo que a su modo de ver le impediría que desarrollara una mentalidad aburrida y confinada al hogar.

Cuando llegó la hora de mi licencia sabática, Jean y yo salimos de Londres en dos coches, mi Volvo y su Daf, ambos llenos a rebosar con un escritorio pequeño, máquinas de escribir, cajas de documentos y nuestros efectos personales para una estancia de seis semanas. Paramos a tomar café en el primer bar de la autopista y Jean me preguntó si podíamos cambiar de coche. Debido al movimiento restringido de su brazo izquierdo, el minúsculo Daf era muy conveniente para sortear el tráfico de Londres, pero en la autopista ella prefería el coche más cómodo. Reemprendí la marcha en el sosegado Daf mientras Jean se empolvaba la nariz en el tocador, pero antes de haber hecho diecisiete kilómetros observé un Volvo como el nuestro que pasaba por mi lado como un silbido y a unos ciento setenta kilómetros por hora, y desaparecía tras la cresta de la colina. Vislumbré a Jean ante el volante cuando pasó como un bólido junto a mí y me llamó la atención su desenfreno. La explosión de su vitalidad era una buena muestra de su poder de recuperación.

A estas alturas ambos ansiábamos un cambio y dejar Bilericay y los tristes recuerdos que ahora tenía para nosotros, de modo que la rústica casita fue una novedad placentera. Aquí carecíamos de espacio, nos golpeábamos una y otra vez la cabeza contra las vigas del techo, el fuego de troncos necesitaba una atención constante, y subir la empinada escalera de caracol era una proeza atlética, pero adoramos cada minuto de aquella vida sin comodidades.

Estábamos a finales de marzo y el tiempo oscilaba entre un frío glacial, con ligeras nevadas, y un agradable calor cuando el sol de primavera asomaba tras las colinas de Mendip. Establecimos un horario de trabajo que consistía en que yo escribiera todas las mañanas de nueve a una y tuviéramos toda la tarde para vagar por el campo. Solíamos volver a la casa cuando oscurecía, cenábamos, encendíamos el fuego y pasábamos la velada tranquilamente, Jean leyendo y yo preparando la sesión de escritura del día siguiente. Agradecíamos no tener televisión; en su lugar escuchábamos conciertos por radio o nuestra música favorita en casetes. Caminábamos mucho durante nuestras excursiones de la tarde y Jean gozaba de tan buen estado físico que pudo trepar hasta Glastonbury Tor, una colina muy escarpada. Su aspecto era muy saludable y su carácter me procuraba como siempre la atmósfera tranquila y estable tan necesaria para un escritor. Las condiciones eran tan favorables que me convencí de que sería fácil terminar el libro dentro de las seis semanas de mi licencia sabática, y en efecto, lo conseguí.

Precisamente a finales de marzo, el Sábado Santo, adoptamos una decisión espontánea que cambiaría nuestras vidas de modo espectacular. Por un impulso repentino decidimos trasladarnos de Wells a Chippenham, a unos cuarenta kilómetros, para visitar a dos amigos a quienes yo conocía desde que, licenciado

ya del ejército, trabajé de reportero novato para el *Bristol Evening World*, que hacía el condado de Wiltshire. Mi base era Chippenham y en mi condición de soltero frecuentaba la vieja posada de la plaza del Mercado, El Ángel, donde conocí a las dos únicas personas bohemias de aquella zona. Se les conocía como Ricky y Bobby; en la vida “formal” eran el señor Richardson, profesor de matemáticas en la escuela elemental de la localidad, y la señora Richardson, ex bailarina de ballet y graduada en historia del arte. Su ocupación preferida era adoptar extraoficialmente a jóvenes inteligentes de ambos sexos abrumados por fracasos artísticos o ambiciones no realizadas. Bobby y Ricky inyectaban una dosis de confianza en uno mismo por medio de sugerencias muy imaginativas, mucha conversación y gran abundancia de alcohol. Yo era uno de los muchos jóvenes a cuyas ambiciones prestaron un necesario empujón con su estimulante compañía durante las décadas de los años cincuenta y sesenta. Sus propias vidas no eran lo que se dice un gran éxito, pero lo pasaban muy bien y tenían el misterioso don de convencer a sus protegidos de que ellos —los jóvenes— serían quienes llegarían a la cumbre.

Jean sólo les había visto una vez, diez años atrás, pero tenía tantos deseos de verles como yo mismo. Fuimos a su casa de Kington Langley, un pueblo del Cotswold en las afueras de Chippenham, y nos encontramos con la puerta del jardín cerrada con llave y sin medios para comunicarnos con quienquiera que estuviese dentro. Después de cruzar un campo para acercarnos a la parte posterior, Jean y yo escalamos la valla y atravesamos la enorme extensión de césped en dirección a la casa, y de pronto nos enfrentamos con una atónita Bobby, que nos miraba desde una ventana. Cuando se recobró del susto y nos reconoció, salió corriendo a saludarnos, gritando:

—¡Por todos los diablos! ¡Mira quién aparece después de todos estos años!

Ricky se nos unió y entonces entramos, nos echamos por el suelo para tomar unas copas —no aprobaban las sillas— y empezamos a ponernos mutuamente al corriente de nuestras vidas durante los últimos diez años. Bobby preguntó si pensábamos volver al oeste; yo había nacido en Bath, a sólo veinte kilómetros, y como mucha gente a los cuarenta años, sentía a menudo el anhelo de volver a mis raíces. Le dije que habíamos considerado la idea, pero que no estábamos muy seguros de poder permitirnos este lujo, ya que de momento mi carrera estaba ligada al *Sunday Times*. Desde nuestra llegada a Somerset, Jean y yo habíamos comentado de vez en cuando lo agradable que sería vivir allí, pero sin hacer ninguna sugerencia concreta en torno a un posible traslado.

Como siempre, Bobby aprovechó lo que apenas era un capricho para decirnos que en el pueblo de al lado estaba en venta una casa antigua muy interesante, llamada Pinchloafe House. En la propiedad iba incluida una pequeña tienda. En cuanto se mencionó la palabra “tienda”, vi que los ojos de Jean se iluminaban, así que pedí más detalles. Bobby me alargó inmediatamente el folleto de la inmobiliaria, donde había una descripción detallada de la propiedad. El precio de la casa era de 28 000 libras, pero Bobby dijo que se podía comprar por mucho menos, porque a los propietarios les resultaba difícil venderla y les urgía marcharse por razones de negocios. Consideramos cuidadosamente la situación y Bobby, siempre oportuna, telefoneó al instante a la agencia hipotecaria para que yo discutiera con ellos la cuestión financiera. Mientras lo hacía, Jean preguntó muchas cosas sobre la tienda y se enteró de que estaba bastante destartada, pero tenía posibilidades de producir dinero, aunque a escala reducida.

Pedimos por teléfono una cita con los propietarios y nos alegró mucho que nos sugirieran una visita inmediata. A las dos horas de haber escalado el muro de Bobby y Ricky, ya estábamos inspeccionando una casa en venta. En cuanto llegamos al minúsculo pueblo de Langley Burrell, nos impresionó inmediatamente la belleza de Pinchloafe House. Era una granja de piedra de Cotswold, construida en 1734, con un tejado de piedra y ventanas de mainel. Había un gran jardín en la parte delantera, provisto de una cabaña colindante; al otro lado de la casa se levantaba un ala, construida con piedra de Cotswold más nueva, que, de hecho, era la tienda del pueblo. Junto a ella había nada menos que ocho garajes. La parte trasera de la casa tenía un largo jardín con un huertecillo. El interior de la casa había sido modernizado con un estilo demasiado chillón para nuestro gusto, pero en conjunto estaba en condiciones excelentes y no requeriría renovación. La planta baja parecía extenderse en varias direcciones: incluía una salita para desayunar, pavimentada con gastadas losas de piedra, contigua a una cocina moderna que daba a un invernadero, una gran sala de estar cuadrada (había sido la tienda antes de construirse el ala) y un comedor con espaciosa vistas a los dos jardines. En la planta superior había tres dormitorios dobles; y el desván contaba con un llamativo parqué y, aunque necesitaba restauración, ofrecía a nuestro juicio una atractiva posibilidad de más dormitorios y un estudio. El negocio de la tienda, tal como nos habían advertido, estaba tan descuidado que no había virtualmente ninguna contabilidad, pero observé la viva reacción de Jean ante el reto de mejorar el establecimiento. Dimos las gracias a los propietarios por enseñarnos su casa y volvimos al lado de Bobby y Ricky. Camino a Kington Langley, Jean comentó con franco entusiasmo:

—Estoy segura de que podría mejorar esa tienda, y que ella me daría algo en qué ocuparme.

Esta observación me decidió del todo a hacer una oferta para comprar Pinchloafe House. Desde el primer momento me llamó la atención que era la clase de hogar que siempre había soñado, y ahora, al ver la evidente atracción que ejercía sobre Jean, comprendí que, si era posible, compraría la casa para los dos. Lo que me había impresionado más en las últimas semanas era la radical mejoría que un cambio de ambiente había operado en el ánimo de Jean. Era más feliz lejos de Billericay, donde algunas personas bien intencionadas no dejaban de recordarle su enfermedad preguntándole cómo estaba y cuáles eran los pronósticos médicos para el futuro. Me di cuenta de que la vieja máxima “borrón y cuenta nueva” era válida en nuestras circunstancias y proporcionaría mucha felicidad a Jean para todo el tiempo que le quedase de vida.

Hacía años que ambos soñábamos con vivir en el campo y —si era dolorosamente sincero conmigo mismo— ahora tenía que considerar la probabilidad de que Jean no llegara a la vejez. Sin duda alguna éste era el momento de actuar. También tenía importancia que la tienda le procuraría una ocupación adecuada ahora que nuestros hijos iban a iniciar su propia vida de adultos. Sin una familia a la que atender, el temor siempre presente de que el cáncer se reprodujera se insinuaría en la mente de Jean y le produciría inquietud a menos que tuviera alguna preocupación saludable. Si bien no teníamos la más remota idea de cómo llevar una tienda, no nos amilánábamos; por el contrario, reclamaría toda la atención de Jean y resultaría una valiosa experiencia. El *Sunday Times* podía continuar siendo nuestra fuente principal de ingresos, aunque el traslado significaría que yo tendría que vivir solo en Londres cuatro días por

semana. Sin embargo, se me ocurrió pensar que si Jean cayera gravemente enferma, estaríamos bastante cerca de mi familia, la mayoría de cuyos miembros vivían en Somerset o Dorset, y en caso necesario podríamos pedirles ayuda. Me confesé a mí mismo que, aunque tal vez ese asunto no fuera la más sensata operación financiera, en conjunto tenía muchas ventajas para Jean y esto ocupaba un lugar prioritario en mis pensamientos.

Cuando volvimos a Kington Langley dijimos a Bobby que compraríamos la casa siempre que no rebasara las 22 000 libras, y como ella tenía bastante práctica en negociaciones con inmobiliarias, se ofreció para actuar como representante nuestra. Tardaríamos varias horas en saber si aceptaban nuestra oferta, así que Jean y yo decidimos ir a cenar a Bath y telefonar a Bobby a las ocho para conocer la noticia. Al final de una prolongada cena en una posada local, durante la cual sólo hubo un tema de conversación, me apresuré a telefonar a Bobby para saber lo ocurrido. Después de una charla eufórica y breve, corrí a comunicarle a Jean:

—¡Es nuestra por 20 000 libras!

Durante un momento la incredulidad nos hizo enmudecer. Jean estaba entusiasmada, igual que yo, ante la perspectiva de poseer una vieja granja de Cotswold, una tienda, una cabaña y ocho garajes. Estábamos alborozados como dos adolescentes por nuestra nueva adquisición y a mí me encantaba la idea de vivir de nuevo en el campo por primera vez desde que tenía quince años. Nos reímos al comentar que habíamos salido a las once de la mañana sólo para visitar a unos viejos amigos y a las ocho de la noche éramos propietarios de una impresionante casa de campo a ciento setenta kilómetros de nuestra casa en los suburbios de Londres.

Mis vacaciones sabáticas se terminaron cuatro semanas después y Jean y yo volvimos a Londres para decir a parientes y amigos que no sólo cambiábamos de residencia, sino que además poníamos una tienda. Huelga decir que todos se asombraron, ya que ignoraban que tuviéramos la menor intención de trasladarnos, y en realidad nosotros también hasta aquel Sábado Santo. Los propietarios de Pinchloafe House estipularon que nos venderían la casa, la cabaña y la tienda al precio rebajado de 20 000 libras con la condición de que el trato se cerrara dentro de un plazo de seis semanas, así que debía apresurarme a vender la casa de Billericay a fin de reunir los fondos suficientes para el traslado. Puse la propiedad en manos de varios agentes locales y esperé un alud de visitas, pero en realidad vinieron muy pocas. No sabía que el repentino desarrollo del mercado de la vivienda se había frenado de improviso. Desde una situación en que la gente se lanzó a comprar casas durante 1971 y 1972, a veces sin ver siquiera el inmueble porque la competencia era muy feroz, ahora el mismo tipo de casa podía estar en venta durante meses sin atraer a posibles compradores a pesar de la baja de precios. Sin embargo, no perdimos las esperanzas, aunque comprendimos que tardaríamos en venderla más de lo que habíamos imaginado.

Mientras hacíamos planes concretos para cambiar tan radicalmente nuestro modo de vida, observé que también cambiaba en Jean su concepto de la vida.

Nunca había soportado de buena gana a gente estúpida o hipócrita y sabía ser muy brusca con cualquiera a quien considerase falso o egoísta. En cambio ahora se mostraba más tolerante hacia los demás y decía con frecuencia: “En realidad no es necesario atacar a nadie”. Su actitud hacia su propia salud y su futuro se hizo más calculadora y más de una vez me indicó: “Sé que tal vez no viva más de cuatro o cinco años, ¡de modo



que voy a vivir, vivir, vivir!” Semejante complacencia para consigo misma era algo totalmente nuevo. Yo veía lo ansiosa que estaba por abandonar nuestra vida londinense y todos sus tristes recuerdos, para vivir en el campo, en una rústica granja, y, sobre todo, para llevar aquella tienda. Me sentía capaz de correr riesgos, porque había probado que sabía vender libros y artículos, así como aparecer en algún programa ocasional de radio y televisión, todo lo cual era un suplemento de mis ganancias en el periódico. Acepté con prontitud el modo de pensar de Jean de sacar lo más posible de la vida; era tan buena señal que ella tomara la iniciativa en esta actitud alegre y despreocupada, que yo estaba dispuesto a secundarla en todo.

Quince días después de nuestro regreso de Wells, Jean tenía una cita en el hospital para un examen habitual. Ninguno de los dos estaba preocupado mientras nos dirigíamos a Southend. Era un espléndido día de primavera cuando acompañé a Jean al Departamento de Pacientes Externos y me senté a tomar el sol en el prado que estaba delante del hospital, esperando que saliera. Media hora después se acercó por detrás y se sentó junto a mí sobre la hierba. Yo estaba tan lejos de sospechar algo malo que no la miré con atención cuando dijo:

—Tengo que volver al hospital para otra operación. Han de extirparme las glándulas linfáticas.

Vi que estaba abatida y empecé a luchar contra un pánico incipiente cuando consideré las repercusiones de este último examen médico. Subimos al coche y volvimos a casa sin ánimos para pasear por la playa como había sido nuestra intención. No hablamos durante el viaje a Billericay y comprobé que Jean estaba tan absorta en sus pensamientos como yo mismo. Durante los treinta minutos del viaje intenté sopesar las opiniones para enfrentarnos con esta nueva crisis.

Cuando llegamos a casa, estalló la tensión. Nos echamos abrazados sobre el sofá, desahogando nuestra congoja con amargas lágrimas. La aciaga noticia destruyó la euforia que habíamos sentido por su notable recuperación y también por el inminente traslado a Wiltshire. Fue Jean quien declaró:

—No nos moveremos. No iremos a Chippenham.

Yo no había esperado esta reacción extrema y, para ganar tiempo, le dije que debíamos estudiar cuidadosamente la situación. Ella intuyó entonces, como hice yo, que el cáncer se había extendido demasiado por su cuerpo para ser dominado por cirugía, medicamentos o rayos X.

—Ni siquiera viviré lo que calculaba —dijo llorando con amargura—. No cambiaremos de casa porque tengo mucho menos tiempo y no puedo cargarte con mi enfermedad y el cuidado de una casa y una tienda.

Mi abrumadora intuición era que una rendición incondicional a este retroceso —que significaría cancelar el traslado a Wiltshire— acabaría con todas las esperanzas. Saliendo al paso de cualquier vacilación ulterior, declaré en tono categórico:

—Haremos el traslado. Iremos a Wiltshire; hemos empezado muchas cosas y vamos a terminarlas.

Sin replicarme, Jean se levantó del sofá y fue a la cocina a poner la tetera al fuego. A los pocos minutos volvió a la sala de estar, me miró a los ojos y declaró:

—Está bien. Vámonos allí y procuremos por todos los medios vivir la mejor y más colmada vida que podamos, sin preocuparnos de lo que venga.

La adoré por su valor y dominio de sí misma. A partir de este momento inició una estrategia de mentalidad positiva que no abandonó pese a la operación, el doloroso tratamiento con rayos X y las considerables dificultades para vender la casa de Londres.

• • • • •

—Voy a disfrutar realmente de la vida —dijo después Jean más de una vez—. Voy a vivir a lo grande.

Tales observaciones servían para fortalecer su propia moral, y además, por lo que yo veía, estaba decidida a llevarlas a la práctica. A fin de poder enfrentarse con el horror de su situación, dejó de pensar en un futuro a largo plazo y adoptó la costumbre de aprovechar el momento presente —el *carpe diem* de los poetas—, que a menudo rayaba en la despreocupación. Una semana después de nuestra decisión de continuar con nuestros planes, Jean fue en su pequeño Daf al centro comercial de Basildon y tuvo que detenerse, en una colina, tras una larga cola de tráfico. Un camión que se le acercaba por detrás no logró frenar a tiempo y embistió el coche de Jean con tanta fuerza que dejó el Daf como un acordeón entre el camión y el vehículo de delante, aplastando tanto la parte trasera como la delantera del coche. No obstante, Jean abrió la portezuela a patadas, pidió un taxi por teléfono y volvió a casa tan tranquila. Aparte de reconocer su buena suerte por haber salido ilesa, no quedó afectada en absoluto. “¡Pobre cacharro!”, fue todo lo que dijo —y saltó al Volvo para ir de nuevo a hacer sus compras.

Su dominio de sí misma continuó incólume, y cuando llegó el día de la segunda operación, Jean estaba de excelente humor. La extirpación de las glándulas era un procedimiento relativamente sencillo que requería una intervención justo debajo de la axila. La hospitalización no sería larga y Jean esperaba poder marcharse al cabo de ocho o diez días, si todo iba bien. Algunos médicos creen conveniente extirpar las glándulas linfáticas al mismo tiempo que practican la mastectomía, alargando un poco la operación. Sin embargo, y con la misma frecuencia, otros prefieren realizar una mastectomía menos radical, y dejan las glándulas intactas hasta que una prueba posterior indique la

necesidad de extirparlas. Así ocurrió en el caso de Jean; las pruebas demostraron que el cáncer estaba activo en las glándulas linfáticas y la operación se efectuó lo más rápidamente posible, seguida de tratamiento de radioterapia.

Pese a las molestias que le ocasionaban las quemaduras en la piel, producidas por los rayos X, Jean nos ayudó a preparar el traslado empaquetando infinidad de cajas y bultos. Sin embargo, no pudo acompañarnos en el traslado porque tenía asignadas varias sesiones de radioterapia en el hospital. Edgar y Clive habían decidido ir con nosotros a Wiltshire y yo agradecí su ayuda y su presencia, porque Jean necesitaría su compañía mientras yo estuviera trabajando en Londres. Stephen se sentía inquieto en casa y estaba profundamente afectado por cuestiones de su adopción e identidad racial, por lo que dijo que prefería permanecer en Londres y todos convinimos en que era lo mejor. Se alojaba en casa de una familia de las Indias Occidentales y era una necesaria ampliación de su experiencia vivir con una familia negra en un distrito de trabajadores de todas las razas después de haber sido educado en una zona de blancos de la clase media. En la escuela había sufrido los insultos de otros estudiantes, que le llamaban “mestizo” y le pusieron el apodo de *Rastus*. “¿Qué soy, negro o blanco?”, nos preguntaba con desesperación. “Sólo eres un ser humano”, decía Jean.

El padre de Jean vivía solo, en Manchester, desde que su mujer murió de cáncer de pulmón, en 1967, y Jean le urgió para que viniera a vivir con nosotros en Wiltshire. Deseaba su ayuda en la tienda y también su compañía mientras yo trabajaba en Londres. Él asintió, pese a ser reacio a abandonar su hogar y sus amistades. Sin embargo, comprendió que tal vez su hija no viviría mucho tiempo, así que se dispuso a trasladarse a Wiltshire. Cuando nos fuimos de Billericay seguía sin haber ningún

comprador a la vista y me vi obligado a pedir un préstamo al banco para poder comprar la propiedad de Chippenham. A fin de obtener dinero para proveer de existencias la tienda de Jean, vendimos su coche. Cuando los chicos y yo seguimos al camión de mudanzas hasta Langley Burrell, teníamos firmes instrucciones de Jean de que la tienda sólo debía permanecer cerrada una semana y que ella vendría al final de su tratamiento para inaugurarla por todo lo alto.

Pinchloafe House tenía un aspecto mucho menos pintoresco cuando llegamos a finales de junio, porque la primavera había sido lluviosa y los anteriores propietarios habían dejado que el jardín se estropeará hasta la más completa anarquía. En el huerto, las ortigas alcanzaban una altura de metro y medio y los rosales caían sobre las sendas, de tal manera que tuve que apartar las espinosas ramas para que los empleados de la mudanza pudieran acercarse a la casa. Necesitamos dos días para desempaquearlo todo, y entonces tuvimos que ocuparnos de la imponente tarea de abastecer la tienda. Clive y yo la fregamos de arriba abajo y retiramos los montones de papel higiénico y las ingentes cantidades de alimentos infantiles que se quedaron allí. Luego recorrimos treinta y cuatro kilómetros para comprar existencias en un comercio mayorista de Swindon.

Mientras iba por las avenidas (flanqueadas por montañas de alimentos y otras mercancías) de aquellos enormes almacenes, me resultó evidente que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. ¿Qué vendían las típicas tiendas inglesas? Comprendí que la única respuesta era ver el problema en términos de lo que yo necesitaría si fuera de compras, así que empecé con galletas, confitura, mermelada, latas de fruta, betún para los zapatos, latas de verduras, cereales y jabón. Cuando terminé el inventario, lo cargué todo en el coche y volví a la tienda, donde Clive y

yo nos pusimos a colocarlo en los estantes. Mientras lo hacíamos nos dimos cuenta de la cantidad de cosas que habíamos olvidado. Al día siguiente, después de anotarlas, volvimos al almacén para llenar los numerosos huecos. Tuvimos que efectuar varios viajes más y el proceso resultó muy aburrido, pero cuando, en el tren del sábado, llegó Jean, la tienda estaba abundantemente provista y ella se mostró muy satisfecha de nuestros esfuerzos. Muy animada, pasó el fin de semana arreglando las estanterías y el escaparate y poniendo precio a todos los productos.

Cuando dije a los chicos que la segunda operación parecía un éxito completo y que había pasado la posibilidad de cáncer, les insinué —aunque no lo necesitaban— que ahora el tema de la salud de su madre quedaba zanjado. No contaríamos lo ocurrido a nadie de Wiltshire; e hice hincapié en que esto tenía que ser un verdadero comienzo para todos nosotros. Como desde antes no les gustaba hablar de la enfermedad de Jean, mi sugerencia les pareció muy bien. Con tantas cosas en qué ocuparnos en nuestro nuevo hogar y la novedad de la tienda, Jean y yo volvimos fácilmente a nuestro antiguo optimismo y nos contentamos con olvidar el futuro. La tienda sería una terapia vital para Jean, cuyo cuerpo robusto y aspecto saludable ofrecían perspectivas muy alentadoras.

A pesar de nuestra reticencia a propósito de la enfermedad de Jean, algunos de los efectos secundarios no escaparon a las miradas observadoras e inquisitivas. Una vecina apareció cuando Jean colocaba cosas en los estantes y llevaba sin darse cuenta un poco abierto el escote de la blusa, que dejaba al descubierto una chillona marca de tinta indeleble trazada por los radiólogos para guiar la trayectoria de los rayos X.

—¿Qué es esa marca azul que tiene en la piel? —preguntó la mujer, rápida como un rayo.

—Es de un tratamiento que recibí —contestó Jean, cambiando de tema inmediatamente.

Sin embargo, tuvo la clara impresión de que esta mujer había comprendido la razón de la marca y que la noticia no tardaría en engrosar los chismes del pueblo. Como nosotros no podíamos evitarlo, optamos por ignorar la cuestión. Había demasiadas cosas en qué pensar ahora que estábamos inmersos en nuevas responsabilidades y en un nuevo estilo de vida.





## 4. BUENA TEMPORADA

Jean no necesitó despertador para desperezarse el lunes por la mañana y se levantó con tiempo sobrado para inaugurar su tienda a las nueve en punto. Se puso un elegante delantal rojo y recorrió el cerrojo de las puertas a las nueve menos cuarto. Yo pinté las palabras “Hoy se abre la tienda” sobre un gran tablón y lo clavé en el pino de la entrada al jardín. Nuestro primer cliente fue el anciano terrateniente del pueblo, el mayor Ash, a quien esperábamos con ansiedad porque otros habitantes del pueblo nos habían advertido que convertiría en una cuestión de honor ser el primer cliente a fin de demostrar su apoyo al comercio local. Llegó en un desvencijado Vauxhall y entró a grandes zancadas sosteniendo un pedacito de papel que contenía una lista de los artículos deseados. Vivía solo y necesitaba pocas provisiones. El bucólico anciano, que lucía pantalones muy anchos y botas de goma, nos informó imperiosamente acerca de sus preferencias, de las que aseguró no desviarse nunca.

—Sólo compro mermelada de jengibre, saben, y sólo fumo esta determinada clase de tabaco —gruñó, señalando su propia bolsa—. Les agradeceré que procuren tener siempre en existencia estas dos cosas.

Jean y yo tomamos abundantes notas mientras le asegurábamos que haríamos lo posible para tener lo que fuese de su preferencia.

A medida que fueron entrando en la tienda otros clientes, Jean y yo iniciamos un procedimiento según el cual ella se dedicaba a vender y yo, a tomar nota de los muchos artículos que nos faltaban, y al finalizar el día, tras una venta bastante animada, la lista era considerablemente larga. Casi todas las damas del pueblo habían hecho su aparición, sin duda menos por el deseo de comprar que para valorarnos como los nuevos tenderos residentes de Langley Burrell, pero todas hicieron un esfuerzo conjunto para desearnos éxito. Como el terrateniente, la mayoría de nuestros clientes proclamaron con toda claridad exactamente lo que les gustaría que tuviéramos en existencia. Jean y yo no tardamos en darnos cuenta de que todos querían un servicio personal y exclusivo que satisficiera cada uno de sus caprichos. Si comprábamos una gran caja de un producto solicitado y lo vendíamos a razón de una unidad por semana para complacer a la única persona que lo había pedido, íbamos a necesitar un capital enorme.

No obstante ser la primera semana, la tienda hizo un negocio excepcionalmente bueno. Todo el mundo continuaba viniendo, echando un vistazo y ofreciéndonos aliento. Aunque era mujer de ciudad, a Jean le encantaba hablar con la clientela y pronto se convirtió en persona grata entre los habitantes del pueblo. Eran amables y de buena fe y siempre compraban algo, aunque la cantidad gastada fuese a menudo casi simbólica. Decidimos que lo mejor era cerrar la tienda los martes para ir a abastecernos al almacén. Abriríamos los otros días laborables de nueve de la mañana a seis de la tarde, esperando que las horas extra nos aportaran algún beneficio.

Poco después de abrir la tienda tuve que trepar al tejado, un martes por la tarde, para limpiar los canales. Mientras estuve allí arriba, vi a las mujeres del pueblo caminando con sus bolsas de la compra en dirección a Chippenham, caminata de tres ki-

lómetros y medio. Una hora después volvieron con las bolsas llenas, lo cual me indicó que las mujeres efectuaban sus compras principales en los supermercados de la ciudad y venían a nuestra tienda a buscar las cosas sueltas que habían olvidado o terminado de repente. Evité mencionar esta observación a Jean porque no quería enfriar su entusiasmo. Por haberme criado en el oeste, sabía que estas robustas mujeres disfrutaban de la caminata y no les importaba en absoluto volver a casa cargadas con pesados paquetes.

La tienda tenía un aspecto limpio y alegre, buena iluminación y unas bonitas estanterías abiertas. Jean distribuía los artículos con verdadero gusto, haciendo con ello que la tienda pareciera mejor provista de lo que estaba en realidad. Tres congeladores contenían verduras congeladas, carne y helados. Vendíamos de todo, desde patatas hasta felicitaciones de cumpleaños y, pese a mis observaciones desde el tejado, el negocio parecía ir bien, aunque el volumen de productos vendidos era pequeño. Bastantes habitantes del pueblo eran clientes nuestros porque comprendían que sin su cooperación desaparecería la única tienda del pueblo, como ya había ocurrido una vez. Nuestros clientes más asiduos eran los niños, que se revelaban como grandes derrochadores. Si tenían dinero, compraban por valor de veinticinco o cincuenta peniques, pero la cantidad usual no pasaba de cinco o diez.

Tres semanas después de nuestro traslado a Wiltshire estábamos tan completamente inmersos en nuestra nueva vida que habíamos olvidado el cáncer. Jean se estaba convirtiendo en organizadora competente y podía arreglárselas sola en la tienda, así que me dispuse a volver a Londres para mi semana laboral de cuatro días. Alquilé una habitación a un amigo, en Clapham Junction, y me preparé para alternar mi existencia entre Londres y Langley Burell. Poco antes de volver al trabajo ocurrió el único incidente

en que Jean aludió a la mastectomía. Yo había decorado el cuarto de baño de la granja y colgado en él un gran espejo. Al verlo, ella me pidió que lo descolgara.

—No quiero que esté aquí, donde tendré que ver la cicatriz de la operación cada vez que salga del baño.

Decidí que psicológicamente sería perjudicial para ella que yo aceptara su argumento y puse de relieve que éste era el mejor lugar para el espejo, y después añadí que a estas alturas ya tendría que haber aceptado la cicatriz. Después de todo, subrayé, yo lo había hecho. Sólo hizo falta este pequeño agujijón y un poco de firmeza para que ella cediera y después de aquel día no volvió a hacer referencia al pecho extirpado.

Jean estaba deseando participar más en los asuntos del pueblo, y cuando el Instituto Femenino la invitó a que se inscribiera en él, pensó que no se podía rehusar. No le entusiasmaba este tipo de organización, pues prefería algo que tuviera una orientación más política y social, pero había pocas posibilidades, teniendo en cuenta nuestra necesidad de ser bien considerados en el pueblo y de más clientela para la tienda. Pronto empezó a disfrutar con las reuniones del miércoles por la noche, y los otros miembros, en su mayoría esposas de granjeros, apreciaban su carácter franco y amistoso. Los dos nos afiliamos al Partido Laborista local, aumentando el número de miembros activos de tres a cinco. Para llegar al local donde se reunían teníamos que recorrer un campo al extremo del cual se levantaba una casa de piedra del siglo xvii donde nos sentábamos en una sala pequeña provista de un fuego de troncos que no dejaban de chisporrotear mientras los tres funcionarios del partido —presidente, secretario y tesorero— dirigían la reunión. Jean y yo éramos los únicos miembros “ordinarios”.

Como éramos “comerciantes”, y yo periodista profesional por añadidura, fuimos aceptados en el seno de otro estrato de la sociedad del pueblo, el de los influyentes y acomodados. Aunque no íbamos a la iglesia, a menudo nos invitaban una copa de jerez ofrecida después del sermón dominical por el vicario o el terrateniente u otros próceres locales. Observé que la conversación en estas reuniones sociales no era especialmente inspirada. Una dama del partido conservador, al enterarse de que yo trabajaba para el *Sunday Times*, exclamó con vehemencia: “¡Entonces usted debe ser terriblemente de izquierdas!” “Sí, en efecto”, contesté, más empeñado en escandalizarla que en decir la verdad, hasta que me di cuenta, a medida que la conversación continuaba, de que el simple hecho de ser laborista era considerado radical. Al referirse a las horribles “izquierdas”, ella no pensaba en la Internacional Socialista ni en el Grupo Marxista Internacional: sólo con ser de la clase media y no del Partido Conservador, yo era una aberración a sus ojos. Sin embargo, Jean y yo nos relacionábamos muy cómodamente con las dos capas de la sociedad rural a causa de nuestras respectivas ocupaciones como periodista y tendera y de nuestras afiliaciones al Partido Laborista y al Instituto Femenino. Cultivamos nuestras amistades en ambas clases respetando las dos normas esenciales de la vida en el campo que yo aprendí de muchacho en una granja de Somerset: no hables nunca mal de tu vecino y saluda siempre a todo el mundo, tanto si le conoces como si te es desconocido. Jean hacía su propia campaña, asistiendo a fiestas, tómbolas de la parroquia y rifas, y gozaba con su nuevo ambiente y su papel de “la dama que regenta la tienda del pueblo”.

Cuando nuestras existencias estuvieron a tope, hicimos menos visitas al almacén de Swindon, y de este modo pudimos pasar los martes dedicados a una diversión que se convirtió en un vicio

menor. Como nuestra granja era tan espaciosa, comprendimos en seguida que requería muchos más muebles de origen más antiguo que los procedentes de nuestra casa de Londres. Empezamos a asistir a subastas rurales en granjas vecinas o a salas de subasta en Bath y se convirtió en costumbre combinar las subastas con un interesante almuerzo en una taberna. Al cabo de pocos meses resultó evidente que la tienda era un desastre comercial, por lo que procedimos a distraernos asistiendo a subasta tras subasta. De hecho, Jean no podía ganar ningún salario, a pesar de sus largas horas de vigilancia, y el seguro, los precios y la parte de la tienda en la hipoteca se llevaban de sobra los exiguos beneficios. No obstante, impulsada por su creciente interés por las antigüedades y el ambiente rural, Jean empezó a hacer planes para otro tipo de tienda que se especializaría en artículos tales como artes populares o muebles que reflejasen diferentes aspectos de nuestro ambiente de Wiltshire. Mientras tanto, nos consolábamos con el hecho de que la mayor parte de nuestros propios alimentos procedían de la tienda a precios de mayorista.

—No está tan mal —bromeaba Jean—, ¡nos estamos comiendo literalmente los beneficios!

Aquel otoño, nuestro hijo mayor, Edgar, aunque sólo tenía dieciocho años, decidió casarse. Curiosamente, Vivienne, la chica de quien estaba enamorado, era bisnieta de Ernest y Kate Winter, maravillosa pareja con la cual viví de muchacho en las Mendip Hills como evacuado durante la guerra de 1939-1945. Nuestros argumentos a favor de que debían esperar hasta que fueran un poco mayores no les impresionaron, y a principios de diciembre se casaron sin ninguna pompa en el Ayuntamiento de Chippenham. Días después celebramos la boda en Pinchloafe

House, con una gran fiesta de familia que fue a la vez inauguración de nuestra casa y recepción nupcial, y la joven pareja se instaló en el adyacente Pinchloafe Cottage. Continuamos el ambiente festivo haciendo planes para lo que esperábamos sería un día de Navidad memorable; además de nuestros tres hijos, nuestra flamante nuera y el padre de Jean, invitamos a mi tía Gwen de Bristol, a mi ahijado Anosike, a un refugiado de la guerra civil bialfresa que contaba con dieciocho años y a Irvine Worland, poeta de veinte años de las Indias Occidentales, a que se reunieran con nosotros en Pinchloafe House. Aunque la salud de Jean parecía perfecta, quise protegerla de cualquier esfuerzo, por lo que dispuse que todos fuéramos a un hotel de Bath para la cena de Navidad. Estaba encantada de que se nos unieran todos los muchachos, en especial Anosike e Irvine, que ya eran como hijos adoptivos. Fue un cambio radical, por su parte, querer celebrar la Navidad por todo lo alto. Su contagiosa alegría en el hotel contribuyó en gran parte a la hilaridad general. Los festejos se celebraron en casa y en un momento determinado todos nos pusimos sombreros de papel y cantamos. Todos sin excepción comentamos lo mucho que nos habíamos divertido y atribuimos la mayor parte del éxito al buen humor y animación de Jean.

En enero llevamos los libros de contabilidad de la tienda a nuestro contador y le pedimos que nos hiciera una rápida estimación de cualquier progreso comercial y perspectivas para el futuro. Mientras esperábamos su veredicto, Jean habló de sus intenciones de abrir una tienda de objetos de artesanía o incluso de transformar la casa en un pequeño hotel particular durante la temporada veraniega. Ésta era su última idea y en muchos aspectos nada desencaminada: creía que las largas horas de atender una tienda eran demasiado absorbentes y compensaban

muy poco tanto económica como personalmente. Si abría un hotel particular, podría convertir la tienda en un pequeño piso para nosotros y alojar a los huéspedes en los emparquetados dormitorios del edificio principal de la granja.

Después de estudiar los libros, nuestro contador manifestó que la tienda no tenía la menor probabilidad de dar dinero y que yo estaba manteniéndola a costa de mis propios ingresos, algo que ya sabía antes de que él me lo dijera. Además del fracaso de la tienda como negocio, aún no habíamos vendido nuestra casa de Londres después de nueve meses de estar en el mercado, y el interés del préstamo se incrementaba en una proporción alarmante. Cuando volvimos a Langley Burrell, Jean anunció inmediatamente al pueblo que, debido a la falta de clientes y movimiento comercial, cerraría la tienda a finales de enero. Estaba decepcionada, pero no del todo sorprendida por su fracaso, y durante la última semana de enero organizó una liquidación de las existencias, vendiéndolas a precios irrisorios. La mayor parte de lo que quedó pudimos consumirlo en los meses siguientes. Los habitantes del pueblo aceptaron estoicamente el cierre de la tienda, y varios insinuaron que ya lo esperaban, aunque hubo un desengaño general por la pérdida de un servicio útil. Contraria a lamentar lo inevitable, Jean me confirmó su deseo de llevar adelante sus planes para un hotel particular y empezó a comprar gran cantidad de ropa blanca y mantas, así como varias camas, con intención de inaugurarlos a finales de la primavera. Redactó un anuncio que ensalzaba los atractivos de la hermosa y antigua granja en la ondulante campiña de Wiltshire y dirigió todas sus energías hacia esta nueva y ambiciosa empresa.

Mientras tanto, nos distraíamos con ocupaciones triviales, gozando de nuestras nuevas horas de ocio. El jardín necesitaba



muchos cuidados y a instancias de Jean nos inscribimos en unas clases nocturnas de jardinería en el Lackham College of Agriculture, y aparecimos en la primera clase del lunes por la tarde debidamente pertrechados de cuadernos y plumas. El tema de la lección fue una impresionante conferencia sobre cómo cultivar orquídeas, y Jean y yo escuchamos con admiración primero, llenos de confusión después y al final con embozado aburrimiento. La discusión era demasiado erudita para nuestras mentes de aficionados y observé con desánimo que todos los demás asistentes a la clase escuchaban con profunda atención. Estos hombres del campo tenían una base mucho más sólida en el arte de la jardinería que Jean o yo. El lunes siguiente echamos una tímida ojeada al programa, y cuando vimos que toda la clase estaría dedicada al cultivo de habas cochineras, intercambiamos una mirada sombría y yo sugerí:

—¿Hacemos novillos y nos vamos a cenar a alguna parte?

Con la tienda cerrada, Jean podía, además, reanudar su interés por lo que para ella era una actividad muy seria: el mundo de la política. Se acercaban elecciones generales y no vaciló en ponerse a trabajar. El Partido Laborista del distrito electoral de Chippenham la nombró agente delegado, puesto no remunerado y que requería dedicación completa, mucho trabajo y gran responsabilidad. Pese a que los aspectos legales de la campaña correspondían al agente principal, éste no podía abandonar su empleo, y Jean aceptó de buen grado cargar con todo el trabajo. Cuando la visité en la oficina electoral, tuve la agradable sorpresa de verla al frente de toda la campaña laborista, y con dificultad logré arrancarla de sus quehaceres para que almorzara conmigo en una taberna.

Sin embargo, justo cuando Jean empezaba a recrearse en el resultado de sus esfuerzos, sufrió un violento ataque de algo

que parecía gripe. Yo había ido a Birmingham a reunir material para un artículo político y Jean y Vivienne habían decidido darse un paseo hasta un refugio de pájaros, cruzando unos campos no muy lejanos. El tiempo era peor de lo que habían previsto y tuvieron que vadear unas sendas llenas de fango y avanzar por una larga extensión de hierba húmeda; al cabo de una hora Jean empezó a sentir agudos dolores en la espalda y se debilitó considerablemente. Vivienne tuvo gran dificultad en volver con ella a casa —una distancia de un kilómetro y medio— y cuando por fin llegaron, Jean se acostó y pasó varios días en cama. El médico diagnosticó un fuerte ataque de gripe, probablemente contagiada por Vivienne, que acababa de pasarla. A los ocho días Jean estaba mucho mejor y reanudó su trabajo en la oficina de la campaña electoral, porque la votación se celebraría el 21 de febrero. Por desgracia, unos días después volvió a sentir dolores en la espalda, y pese a que lamentaba mucho interrumpir su trabajo de ayuda al partido laborista, reconoció que tal vez era mejor pasar la convalecencia en casa.

Se consoló haciéndome clavar grandes carteles electorales del candidato laborista a todo lo largo del jardín, y con ello molestamos a casi todo el pueblo. Yo había colocado los carteles de modo que ni los coches más veloces pudieran pasarlos por alto, y los incrédulos lugareños de la clase trabajadora, abrumados por nuestro atrevimiento, mencionaron en voz baja que era la primera vez que veían en Langley Burrell un cartel laborista. Los representantes de la clase media, todos ellos conservadores, insinuaron por todos los medios que la exhibición de un cartel socialista frente a una casa elegante como la nuestra era algo inadmisibles. Esto era de esperar en un pueblo jerárquico como Langley Burrell, donde los trabajadores seguían llevándose la mano a la gorra, con respeto, al ser saludados por el terrateniente,



aburría tanto en cama que insistió en acompañarnos hasta la granja. El dolor en la espalda continuaba, haciéndole difícil incluso el andar, pero aun así valoró apresuradamente el contenido. Yo me sentí algo animado al verla salir corriendo de un granero porque había visto una gran rata. Acordamos comprarlo todo por un precio razonable y, en cuanto hubimos hecho las necesarias transacciones con el granjero, me fui con Jean a casa porque comprendí que estaba en extremo cansada.

Después de parar en Langley Burrell, continué hasta el pueblo siguiente para acompañar a Bill. Mientras nos dirigíamos hacia allí, le sugerí que nos detuviéramos en una taberna para agradecerle su atención con un trago. Bill, a sus sesenta años, era un hombre rudo que había hecho dinero como tratante de ganado y no estaba acostumbrado a disimular; en cuanto nos sentamos frente a nuestras jarras, observó:

—Jean es una gran mujer. Me resulta muy simpática. —Le agradecí el cumplido, pero cuando hubo terminado su cerveza, añadió—: ¿Qué le pasa?

Sin pensar siquiera la respuesta, repliqué como un autómata:

—Ha tenido cáncer y creo que ahora le ha vuelto.

Mis propias palabras me sorprendieron, ya que ésta era la primera vez que le confesaba a alguien —incluso a mí mismo— que la enfermedad había reaparecido. Es probable que fuera más fácil decírselo a Bill, amigo nuevo y casual, que a uno íntimo, así que en un estado de creciente ansiedad, agradecí la franqueza que me reveló la completa realidad de la situación. (Dos meses después, Bill cayó muerto al amanecer, mientras se preparaba una taza de té; habíamos perdido a un buen vecino.)

Durante las semanas siguientes, la espalda de Jean empezó a molestarle cada vez más, hasta que iniciamos una serie de visitas semanales al Churchill Hospital de Oxford. Los médicos no dije-

ron nada a Jean sobre su situación y, aunque su estado de ánimo era bueno, se lamentó de que se mostraran evasivos cuando les preguntaba sobre la naturaleza de su enfermedad. Su reticencia le hizo sospechar que tenía algo muy grave, y yo encontré difícil tranquilizarla porque ignoraba los hechos o teorías que estaban considerando los médicos. Con la mastectomía aún tan reciente, no podía decir a Jean que no había posibilidad de cáncer, y pronto agoté otras explicaciones probables. Nuestra relación de más de veintiún años había prosperado sobre un acuerdo de franqueza y honradez, pero ahora yo sentía una gran tensión, como si estuviera participando en una conspiración para ocultar a toda costa el verdadero diagnóstico.

Aunque estaba muy ocupado lanzando el libro escrito en Wells, *Pasaportes y política*, por medio de conferencias de prensa y entrevistas por radio, y realizando además una investigación especial para el *Sunday Times*, me obsesionaba la salud de Jean y resolví dar los pasos pertinentes para descubrir qué tenía con exactitud. Era evidente que nadie iba a decírmelo. Cuando Jean y yo nos preparábamos para otro viaje a Oxford, le pedí que dijera a los médicos que yo insistía en verles unos minutos después de que la hubieran examinado. Ella ansiaba cooperar, esperando que yo lograra averiguar algo. La situación evocaba recuerdos de nuestras experiencias previas en el Southend General Hospital, cuando habían aparecido los primeros síntomas de cáncer. Jean solía llegar con mucha puntualidad al consultorio, pero a veces llamaban primero a pacientes llegados después que ella y, con frecuencia, era la última en ser examinada. Empezó a sospechar que el médico no sabía cómo comunicarle una noticia dolorosa. Ciertamente, la negativa del médico a ser sincero con un paciente gravemente enfermo está justificada si considera que su franqueza causará un daño irreparable a la

paz de espíritu del paciente, pero en el caso de Jean no se hizo el menor esfuerzo de tantear su capacidad de aceptar la verdad. Yo encontraba increíble que no hubiera auxiliares encargados de estimar las necesidades emocionales del paciente en un momento tan crucial, y consideré aún más sorprendente que ni un solo miembro del personal médico, tanto en Southend como en Oxford, expresara el deseo de hablar conmigo, pese a que yo siempre estuve visible y a su disposición en innumerables visitas al hospital. Desesperado, decidí que debía enfrentarme a ellos, dada mi necesidad de saber la verdad sin paliativos.

Cuando volvimos a Oxford para el siguiente examen, Jean le dijo a su doctor que yo quería hablar con algún miembro del personal médico sobre su caso. Al cabo de un rato, una enfermera me acompañó a un despacho donde me recibió una doctora de unos treinta años. Desde el principio de la conversación, su nerviosismo y repugnancia a hablar abiertamente no me dejaron otro camino que pedirle la verdad desnuda, poniendo de relieve que yo era responsable de la dicha familiar y no era justo que tuviéramos que continuar en tan angustiada ignorancia.

—La reacción de mi mujer a la verdad es asunto mío—dije a la doctora—, y usted tiene la obligación de decirme cuál es la situación. Ninguno de ustedes parece darse cuenta de que la mera falta de información nos está causando más angustia de la necesaria.

Tras una larga pausa, la doctora sopesó sus palabras con extremo cuidado.

—Parece que el cáncer ha vuelto. No sabemos dónde está ni qué parte del cuerpo es la afectada porque el dolor se traslada de un punto a otro. Debo advertirle que la situación es muy grave y que ha de prepararse para esperar lo peor.

Al oír estas palabras, tuve que respirar con fuerza para no derrumbarme allí mismo. Logré murmurar que esto no era una

completa sorpresa a causa del historial de cáncer en la familia de Jean y que ésta temía morir de cáncer de pulmón, como lo había hecho su madre en 1967. Agradecí su ayuda a la doctora y salí a trompicones al pasillo, completamente aturdido, pero tuve que sobreponerme porque sabía que dentro de unos segundos estaría cara a cara con Jean. Obsesionado por estas palabras, que a mi juicio significaban la sentencia de muerte de Jean, ya no podía engañarme respecto a lo que nos esperaba, pero, ¿cómo iba a decírselo? Por suerte, aún estaban examinándola en otro lugar del hospital. Volví al cubículo donde nos habíamos separado, me senté y empecé a meditar sobre un plan de acción. Me dije a mí mismo que podía limitar la información a medias verdades, contando a Jean sólo una parte del contenido de la entrevista, y atenuándolo con razonamientos tales como que los médicos no sabían nada con seguridad, que podía ser una forma leve de cáncer o incluso ser otra cosa. Ensayé mi discurso durante diez minutos hasta que Jean apareció y, como es natural, sus primeras palabras fueron:

—¿Qué te han dicho?

Ofrecí mi versión corregida de la entrevista, improvisando con un montón de ideas propias. Subrayé que estaba enferma, que debía tener plena conciencia de su enfermedad, pero que no debía aceptar la posibilidad de que fuera necesariamente cáncer. Con calmantes suaves podría ir sin dificultad de un lado a otro. Pareció aceptar sin muchas dudas esta explicación y cuando se hubo vestido, sugerí que fuéramos a almorzar a alguna parte y después a Swindon a hacer algunas compras. Sabía que la acción era un gran paliativo para Jean lo mismo que para mí, y ésta fue la estrategia que adopté innumerables veces en los siguientes meses. Comimos un buen bistec en las afueras de Farringdon, regado con una botella de vino. Jean parecía feliz, lo cual ayudó a restablecer mi equilibrio. Discutimos planes para

unas vacaciones y expusimos nuestras ideas sobre un hotel particular mientras nos reíamos de dos ponies que contemplaban, hambrientos, a los comensales a través de la ventana de la taberna. Ninguno de los dos hizo referencia a la enfermedad. Yo había empezado a comprender que en una situación como la nuestra es sencillamente imposible pensar mucho en ella sin invitar a la locura. A fin de sobrevivir hay que huir, si no se ha hecho ya, de la realidad.

Por Pascua decidimos pasar unos días en Bournemouth, en casa de mi tía Stella, y de paso aprovechar la oportunidad para ver el nuevo yate de mi hermano Garth, que sería botado en el club náutico del que mi padre era presidente. Una mañana soleada y fresca, Jean y yo fuimos al desembarcadero, pues ella tenía curiosidad por inspeccionar el yate mientras aún estuviera en tierra. A la mitad de la escalerilla de seis peldaños ya no pudo seguir subiendo. Me di cuenta de que la espalda debía dolerle mucho, pero como había bastante gente a nuestro alrededor, familiares la mayoría, procuró disimularlo.

—No me veo con ánimos para subir a bordo —dijo alegremente—. Me duele un poco la espalda.

Casi todos los presentes sospecharon que el cáncer se estaba extendiendo, pero nadie la molestó con sus atenciones porque sabían lo mucho que Jean detestaba ser objeto de excesiva solicitud. Pasamos el resto del día en el club náutico, contemplando una gigantesca grúa que levantó docenas de yates para posarlos en Blue Lagoon, en el puerto de Poole, donde sus propietarios iban a prepararlos para la temporada de vela.

El día siguiente fue lluvioso, pero Jean quiso salir, así que fuimos hasta la boca del puerto para ver el ferry y los cargueros.



Mientras contemplábamos el mar sentados en el coche, me di cuenta de que Jean sentía fuertes dolores; no obstante, desoyó mis requerimientos de que me dejara llevarla a la cama, diciendo que prefería quedarse allí. A raíz de mi conversación con la doctora una semana antes, las consecuencias de la enfermedad empezaron a asaltarme con un potente impacto. Ya no podía cerrar los ojos al hecho de que Jean estaba muy enferma. Aquel día, dentro del coche con ella, presenciando tan de cerca sus agudos dolores, comprendí que habíamos llegado a un espantoso callejón sin salida. Mientras permanecíamos en silencio, el horror de la situación se me apareció de tal manera que una parte de mí se empezó a perder el control. Inventé una excusa para salir del coche, ofreciéndome a comprar bombones, y agradecí a Jean que se mostrase de acuerdo, comentando que tenía apetito. Tras una breve visita a la pastelería, la angustia me invadió con tal fuerza que, desesperado, corrí hasta una cabina telefónica y allí pasé un buen rato llorando, era la primera vez que lloraba desde mi encuentro inicial con la doctora en Oxford. Ya no podía seguir negándome a mí mismo que Jean se estaba muriendo. Pasaron unos momentos y yo continuaba llorando, hasta que comprendí que Jean se preguntaría dónde me había metido. Hice un esfuerzo para sobreponerme, corrí hacia el coche con el rostro vuelto hacia arriba, a fin de empaparme de lluvia, y me metí un bombón en la boca para disimular el nudo que sentía en la garganta. Jean no pareció ver nada extraño en mí, y cuando le sugerí que fuésemos al cine por la noche, asintió con gran entusiasmo. Justo antes de abandonar la cabina telefónica había visto un anuncio de *El golpe*, que tanto Jean como yo deseábamos ver, así que tomó varios comprimidos de calmante y nos dirigimos al centro de Bournemouth para pasar una agradable velada en el cine. Al día siguiente regresábamos a Chippenham y reanudábamos nuestra habitual



vida sosegada, y raramente aludíamos a los desconcertantes dolores que continuaban atormentando a Jean con frecuencia e intensidad alarmantes.

## 5. PORTENTOS

Uno de los rasgos de ser reportero es que muchas de las cosas sobre las que hay que escribir pueden tocar muy de cerca la propia vida. Poco después de que Jean y yo regresáramos de Bournemouth, en la oficina me pidieron que fuese a Coventry a escribir un artículo sobre los funerales de Richard Crossman, el difunto primer ministro del gabinete laborista. Yo le había visto hacía unos meses en un mitin electoral en Birmingham y observé que parecía muy enfermo. Un colega me dijo entonces que Crossman se estaba muriendo de cáncer. Dos meses después yo me encontraba ahí, reseñando los ritos de su muerte en una de las misiones más desagradables, pero que no podía rechazar.

Cuando la señora Crossman entró en la catedral de Coventry, donde resonaba una impresionante música de órgano, no pude evitar identificarme con ella. Sentí que empezaba a estremecerme. Tuve deseos de huir. A fin de librarme de las ideas más deprimentes, tomé abundantes notas sobre el servicio y la catedral, casi todas innecesarias. ¿Me encontraría así dentro de pocos meses, afligido como la señora Crossman? Cuando terminó el servicio vagué por Coventry y, mientras tomaba una taza de café, escribí una incoherente reseña de la solemnidad y la dicté por teléfono a la oficina antes de iniciar el largo viaje hacia mi casa.

En el coche, mientras conducía entre la niebla y bajo una lluvia intermitente, reflexioné sobre lo trastornador que era recordar la inevitable conclusión de la lucha de Jean contra el cáncer. Me di cuenta de la importancia de no pensar demasiado en la realidad de la muerte. Hacerlo equivaldría a fomentar un sentido de total futilidad y a minar cualquier resto de resolución espiritual. Cuando llegué a Chippenham, deprimido y desanimado, me alivió sobremanera encontrar a Jean contenta y vivaz; acababa de organizar una cena, en Bristol, con nuestra tía Gwen para el día siguiente. Al ver esto, volví a creer en la vida y Jean, como si lo intuyera, comunicó a los invitados a la cena, en voz alta y clara, que, excepto algún dolor en la espalda, se encontraba muy bien. Fue una velada muy agradable, que me hizo relegar el incidente de Crossman al rincón más alejado posible de mi mente.

Unas semanas después fuimos a una subasta en una granja de Sutton Benger, donde Jean se fijó en un bonito tocador de roble por el que decidimos hacer una oferta. Por desgracia, se encontraba entre las últimas piezas que subastarían y tendríamos que esperar bastante rato. Jean empezó a sentirse cansada de permanecer de pie y se fue al coche a esperar una hora más. Conseguí el tocador por cinco libras, lo cargué en el maletero del coche y volvimos a casa, satisfechos de nuestra pequeña adquisición. Jean mencionó lo ilusionada que estaba con la idea de comprar muchas otras cosas, pero como los dolores eran cada vez más frecuentes, aquélla fue la última subasta a la que asistimos.

Sin embargo, era importante para nosotros continuar creyendo en el futuro y seguimos realizando nuestros planes con una voluntad de hierro. Tras un periodo de inactividad como escritor de libros —a causa principalmente de los cambios de casa y las visitas al hospital—, logré vender mi idea a Hart-

• • • • •

Davis, MacGibbon, los editores londinenses, de una biografía de Miguel de Freitas, alias *Michael X*, el dirigente del Poder Negro en Gran Bretaña durante los años sesenta. Jean estaba ansiosa por ayudarme con la investigación de todas las maneras posibles. Consintió en desechar los planes para el hotel y acordamos empezar el libro en cuanto yo dispusiera de más tiempo libre para estar en casa. En este momento determinado ocurría que la situación política había empeorado considerablemente en el norte de Irlanda —era la primavera de 1974—, y en mi calidad de miembro del equipo de reporteros enviados por el *Sunday Times* para informar de los sucesos que se producían allí, tenía que hacer frecuentes visitas para escribir sobre tiroteos, bombardeos y la inestabilidad política en general. Solía estar ausente desde el amanecer del miércoles hasta el domingo, día en que Edgar o Clive iban a recogerme al aeropuerto de Heathrow, donde aterrizaba tras un vuelo de madrugada desde Belfast.

La ecuanimidad de Jean fue puesta a prueba después de la primera semana de huelga del Comité de Obreros del Ulster, en mayo de aquel año, cuando me vi envuelto en un incidente potencialmente peligroso. Mientras cruzaba el Bogside, la plaza fuerte del Irish Revolutionary Army en Londonderry, fui detenido por tres hombres armados en un puesto de control. Dijeron que necesitaban mi coche alquilado porque tenía matrícula inglesa y me exigieron además el permiso de conducir. De este modo fui “secuestrado” y confiado a un guardia hasta el atardecer, cuando me devolvieron el coche intacto. No me puse demasiado nervioso por el incidente, pero me fastidió perder todo un día y estaba impaciente por telefonar a Jean y saber cómo se encontraba. Cuando llamé a Chippenham parecía estar bien y feliz, por lo que callé la noticia de mi secuestro, esperando relegarla al pasado. Sin embargo, cuando volví a Londres me pidieron en la oficina

que escribiera un breve relato de mis desventuras y lo hice de mala gana, sabiendo que ahora ya no podría ocultarlo a Jean. El domingo siguiente, mientras leíamos la prensa en el jardín de Pinchloafe, vi por el rabillo del ojo que Jean había descubierto el artículo titulado: "Reportero asaltado por el IRA". Yo esperaba una reacción de tristeza o incredulidad y sentí un inmenso alivio cuando comentó de la manera más casual:

—¡Ah, conque es eso lo que te ocurre en Irlanda!

Y mostró gran compostura, una vez más, cuando la oficina telefoneó al cabo de una hora para decirme que volviera a Londonderry inmediatamente, ya que los pilotos de la línea aérea estaban amenazando con cancelar los vuelos a Belfast. Así, después de sólo tres horas en casa, me marché de nuevo con destino a la agitada Irlanda.

El Ulster se hallaba en tal estado de parálisis, que a un visitante le resultaba difícil sobrevivir. Volví al mismo hotel de las afueras de Londonderry donde me había alojado la semana pasada y lo encontré a punto de cerrar. Tras cierta insistencia por mi parte, acordaron darme una habitación, pero no habría ninguna clase de servicio porque el personal o estaba en huelga o tenía miedo de trabajar. Por las noches me las arreglaba para cruzar la frontera y allí cenaba y telefoneaba a casa. Me desconcertó la mala noticia que me dio Vivienne cuando llamé a Chippenham el jueves por la noche: al parecer Jean tenía grandes dolores y no se movía de la cama. Pero Vivienne me aseguró que el médico la atendía y que todo estaba bajo control. Prometí volver al cabo de dos días en lugar de los tres que había planeado y me apresuré a terminar mi artículo al día siguiente para poder dictarlo por teléfono a la oficina a última hora de la tarde.

• • • • •

Tenía unas horas libres, por lo que invité a un periodista del *Financial Times*, David White, que se alojaba conmigo en el hotel, a visitar a dos viejos amigos, Ray y Sheila McLean. Ray, médico del Bogside, estaba a punto de llegar al término de sus funciones como alcalde de Londonderry, el primer católico en ocupar dicho cargo a pesar de la población predominantemente católica de la ciudad. La oportunidad de comer y beber bien, y en compañía estimulante, me ayudaría tal vez a distraerme de la creciente preocupación que sentía por el empeoramiento de Jean. Sin embargo, a medida que iba fluyendo la conversación en casa de los McLean, yo me retraía progresivamente. Empezaba a darme cuenta de que las crisis de Jean menudeaban cada vez más y no dejaba de preguntarme con qué rapidez progresaría el mal y cuándo y cómo terminaría.

Con mucha suavidad, Ray me sonsacó y le hablé de lo preocupado que estaba por Jean, a quien él no conocía. Le di un breve resumen de su enfermedad para que se hiciera una idea y no pude evitar preguntarle:

—¿Consideras que está muy grave?

Quizá fue una pregunta ingenua, pero ahora comprendo que entonces aún no había aceptado completamente el diagnóstico de que el cáncer había reaparecido. La contestación de Ray fue en voz baja, pero de una franqueza devastadora. Me advirtió:

—No se recuperará, porque de esta situación no se recupera nadie —y añadió ominosamente—: tienes que aceptar que va a morir, Derek.

Lo que hizo que perdiera la esperanza no fue tanto la sorpresa como la confirmación categórica de la temida sospecha. Salí de la habitación, me senté en las escaleras y me derrumbé. Ray, que esperó un poco para que me desahogara, vino a mi lado y trató de consolarme regalándome una Madona de madera que me



pidió que entregase a Jean. Le dije lo que él ya sabía, que ni Jean ni yo éramos religiosos, pero él insistió, diciendo:

—Dásela de todos modos. Probablemente le ayudará.

Ese regalo fue un curioso incidente. Aquí estaba Ray, un dirigente de la población católica de una ciudad devastada por la guerra civil, un médico que ve la muerte con frecuencia, dando a un ateo un reverenciado símbolo de su religión. Aunque hacía años que nos conocíamos, comprendí entonces que en materia espiritual éramos polos opuestos. En aquel momento yo estaba muy desilusionado de la vida y casi había dejado de creer en todo. En mi dolor no podía reconocer debidamente el gesto de compañerismo de Ray. Encontré embarazoso el regalo y sólo podía abrigar sentimientos cínicos hacia las imágenes talladas; me la metí en el bolsillo para no parecer descortés, pero con intención de olvidarme de ella. No se la di a Jean porque temí que, pese a su desconfianza de la religión, considerase a la Madona un mal presagio. Ahora comprendo que fue un gesto bien intencionado y lamento no haber sabido agradecerlo. Quizá en mi subconsciente estaba resentido por sus francas palabras y no le perdonaba que me hubiese robado mis últimas ilusiones.

Tras el incidente de la Madona me recobré lo suficiente para unirme a los demás y me alivió inmensamente el hecho de que bebiéramos durante toda la noche, solucionando la mayor parte de los problemas políticos de Irlanda, tras lo cual salimos a la calle a las seis de la madrugada, en bastante mal estado. Nos comportamos de modo atolondrado e irresponsable: me eché sobre el radiador de mi coche fingiendo un desmayo, y esto fue la excusa para más payasadas. Finalmente David me metió a rastras en el auto y fuimos haciendo eses por las calles desiertas hasta nuestro hotel, en el otro lado de la ciudad.



• • • • •

Llené mi bolsa de viaje con frenética rapidez y me puse nuevamente en marcha para recorrer los ciento cuarenta kilómetros hasta el aeropuerto de Belfast y coger el avión de Londres. Mientras cruzaba las montañas, en una mañana clara y fría, me debatí sobre si ir directamente a casa desde el aeropuerto o cumplir el compromiso previo de dar una conferencia sobre armonía racial en Londres. Aplacé la decisión hasta que remitiera mi resaca y llegáramos a Londres; cuando aterrizamos en Heathrow, telefoneé en seguida a casa para conocer el estado de Jean. Al parecer no estaba ni mejor ni peor, y unas horas de más o de menos carecían de importancia. Decidí cumplir mi compromiso de la conferencia y encargué que dijeran a Jean que llegaría a la hora del té.

Pronuncié un breve discurso y me disculpé por mi laconismo diciendo que acababa de pasar dos semanas enteras en el Ulster. El auditorio se hizo cargo fácilmente, ya que la provincia era en aquella época el foco de la atención nacional. No podía decirles la verdad: que ya era suficiente con efectuar mi trabajo para el *Sunday Times* y preocuparme por Jean y cuidarla. Normalmente, incluso apremiado habría escrito sin demasiadas dificultades aquel discurso durante el vuelo o en el rincón de un bar, pero estos crecientes lapsos de mi capacidad para cumplir mis obligaciones profesionales eran un duro golpe a mi dignidad.

Cuando volví a Chippenham me enteré de que el médico local había hecho las gestiones pertinentes para llevar a Jean a Oxford el próximo lunes. El dolor se había “localizado” hasta el punto que se esperaba que los expertos pudieran identificar, por fin, su verdadero origen. Yo ansiaba igualmente que se desvaneciera aquella incertidumbre para que el tratamiento pudiera ser más específico. Antes de salir de la granja fue preciso atiborrar de calmantes a Jean para que fuese capaz de soportar la tortura

de ser transportada de la cama a una camilla y después a la ambulancia para el largo trayecto. La acompañé en el viaje y observé que, por suerte, durmió casi todo el camino.

Nos detuvimos en Malmesbury para recoger a una mujer de unos cincuenta años que debía acudir al hospital para un examen ordinario. Estaba deseosa de hablar con alguien y, mientras recorríamos la campiña, me contó que le habían extirpado un pecho hacía unos meses y que ésta era una de sus visitas regulares para radioterapia. Me impresionó su aire alegre, su confianza en sí misma y su última observación:

—Sólo dos visitas más y ya estaré bien para volver al trabajo.

Jean continuó durmiendo durante nuestra conversación. La mujer movió la cabeza en dirección a ella y finalmente me formuló la pregunta que yo había estado temiendo:

—¿Qué le pasa a su esposa?

La similitud entre el estado de la mujer y el de Jean doce meses atrás me hizo titubear, confundido. No tenía derecho a destruir la euforia de esta mujer describiéndole el historial médico de Jean, tan parecido al suyo.

—No está muy bien —contesté enigmáticamente, negándome a decir una palabra más. Vi que la pobre mujer me dirigía miradas acusadoras porque no le correspondía con mis confidencias, pero yo sabía que, por muy maleducado que pareciera, tenía razón al guardar silencio. Quizá en condiciones menos tensas habría podido hablarle con más tacto, sin perturbar su serenidad. Por desgracia, la visión de su alegría desbordante y su determinación me recordó a la Jean de otros tiempos y me entristeció enormemente.

Cuando llegamos a Oxford, el médico de Jean decidió retenerla en el hospital unos cuantos días para hacerle una serie de pruebas. Jean ya lo esperaba a medias y se había traído el neceser. Estaba

realmente satisfecha con los inminentes exámenes y observó cuando nos despedimos:

—Pronto sabremos qué es y entonces podremos hacer algo.

De hecho permaneció en el hospital una semana y los resultados se conocerían al cabo de otros ocho o diez días.

Yo veía que, a pesar de la evidencia abrumadora, Jean y yo seguíamos aferrados a la esperanza de que su enfermedad no fuese cáncer. Incluso después de mis conversaciones con la doctora en Oxford y con Ray McLean en Londonderry, continuaba esperando que sus diagnósticos estuvieran equivocados. Jean y yo concentrábamos nuestra atención en los pocos casos de cáncer en que la dolencia, aunque no había sido curada, había remitido. “Hay muchos ejemplos de cáncer que se ha detenido, sin que sepamos la razón”, era el comentario favorito de los médicos de entonces. Esta posibilidad, por poco que la corroborasen las estadísticas, nos proporcionaba la última chispa de esperanza que tanto necesitábamos.

Jean y yo siempre habíamos tenido buena suerte en nuestra vida en común y era evidente que yo esperaba que continuara esta buena estrella. En conjunto, mi método consistía en explicar la verdadera situación al menor número de personas posible, comportarme con la máxima normalidad, mantener animada a Jean, día tras día, y estar en guardia permanente. En presencia de Jean no era una tarea tan difícil; su dominio de sí misma y su gran optimismo eran tan contagiosos que siempre resultaba un placer visitarla en el hospital, pese a que estaba en una sala donde yacían treinta personas enfermas de cáncer. Cada dos o tres días se moría una de ellas y yo dejaba el hospital con la premonición del destino que aguardaba a Jean. En especial durante las largas noches de insomnio, en mi mente bullían todas las horrendas posibilidades de la enfermedad y me preguntaba qué nos ocurriría a nosotros.



Un poco antes de regresar a Chippenham, Jean se dio cuenta de que tendría que estar algún tiempo en cama y pensó que lo mejor sería trasladarse a la planta baja de la granja. Como sabía que sería bueno para ella seguir en estrecho contacto con el resto de la familia, instalé una cama en la salita del desayuno para que pudiera ver sus rosales favoritos y todo el jardín de atrás. Estábamos ya a finales de mayo y había una gran abundancia de color. Preparé otra cama para mí junto a la de Jean, y cuando llegó a casa quedó encantada con nuestra habitación. Se adaptó rápidamente a su nueva vida con mucha gente con quien hablar; los miembros de la familia pasaban por allí con frecuencia y había un teléfono a su alcance. La cocina estaba contigua a la salita, de modo que le resultaba muy fácil gritar instrucciones sobre la preparación de las comidas y tiempos de cocción.

Nuestro médico de cabecera venía todos los lunes como una cuestión de trámite. Durante su primera visita después del regreso de Jean, el doctor Gornall hizo las preguntas usuales y practicó el acostumbrado examen antes de repetir las recetas de todos los medicamentos. Tanto Jean como yo sabíamos que la segunda visita sería mucho más importante, ya que entonces los resultados de las pruebas de Oxford habrían sido confirmados y enviados a Chippenham. Cuando el doctor Gornall apareció para su segunda visita, no dijo nada a Jean aparte de las consabidas preguntas sobre su estado de salud, pero cuando le acompañé hasta la puerta, murmuró:

—¿Puedo hablar con usted un momento?

Era el instante temido. Ahora sabría la verdad, me gustara o no. Avanzamos por la senda hasta su coche e intuí que se estaba concentrando para decir algo crucial. Cuando hablé, sus palabras no fueron del todo inesperadas, aunque representaron un golpe considerable.

• • • • •

—He recibido los resultados de Oxford —dijo en voz baja—. El cáncer se ha extendido hasta el hueso y usted debe saber que su esposa habrá muerto a finales de año.

Le quedaban siete meses de vida. Era todo lo que tenía. Me apoyé contra el coche y miré sin ver nada hacia la puerta principal. No tenía nada que decir. Cuando el doctor Gornall volvió a hablar para sugerir el tratamiento en las últimas fases de la enfermedad de Jean, sentí una cólera repentina.

—Cuando el fin esté próximo, podemos llevar a su esposa al hospital local, donde estará bien atendida —observó.

—Tajantemente no —repliqué—. Prefiere morir en su casa. No importa el trabajo que pueda representar; la cuidaremos nosotros, siempre que usted venga para mantener el dolor bajo control.

—Claro que sí —contestó conmovido, comprendiendo sin duda la importancia de que compartiéramos juntos los últimos días.

Le pedí que me explicara qué era el cáncer de hueso y él contestó que el cáncer se había iniciado en el pecho izquierdo, extendiéndose luego de un modo secundario hasta el hueso. La enfermedad devora poco a poco la médula y avanza hacia la superficie del hueso; cuando se acerca a ella, la zona es extremadamente dolorosa. (Más tarde Jean llamó a estas zonas sus “puntos de dolor”). En la fase actual, los brotes se concentraban en pelvis y muslos.

Tras poner de relieve que debía llamarle en cualquier momento para aliviar cualquier molestia que pudiera presentarse, el doctor Gornall se fue y yo me senté en el muro bajo de la senda para ordenar mis pensamientos. ¿Qué le diría a Jean? Una vez, hacía tiempo, al sospechar que yo había sostenido una charla aparte con el médico, no vaciló en reprochármelo a pesar de que sus sospechas eran infundadas. Pero en esta ocasión, Jean sabía muy

bien que el médico había traído consigo los resultados de las pruebas de Oxford.

El hecho de oír alejarse su coche quince minutos después de haberse despedido de ella, le confirmaría que él y yo habíamos estado hablando.

Volví a casa por el camino más largo, rodeando los garajes, pasé por delante de su ventana, agité la mano con forzada alegría y llegué a la cocina por el invernadero. Cuando por fin me acerqué a su cama, me encaró con la pregunta inevitable:

—¿Qué te ha dicho el médico?

Yo aún no tenía una idea precisa de qué debía decirle, por lo que me fui por las ramas diciendo:

—Sólo hemos hablado de tu tratamiento. Quedan muchas pruebas por hacer y mientras tanto hemos de cuidarte y curarte.

Lo dije del modo más casual posible, pero pude darme cuenta de que mi explicación improvisada no le causaba mucha impresión. Deseoso de ganar tiempo, sugerí que tomásemos una taza de té y desaparecí en la cocina. Cuando volví a la habitación, me preguntó de nuevo:

—¿Qué ha dicho el médico? Derek, creo que me estás ocultando algo y quiero saber la verdad. Sea cual fuere, prefiero saberla.

Comprendí entonces que ya no podía ocultarle nada. Sin embargo, por primera vez desde que nos conocíamos no fui capaz de mirarla a la cara, y con los ojos fijos en el borde de la cama contesté:

—Los médicos dicen que tienes cáncer de huesos.

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó instantáneamente. Con la mirada fija en el mismo sitio, dije con voz casi inaudible:

—Dicen que hasta finales de año.

—¡Oh! —fue todo lo que dijo durante el resto del día.

Jean continuó silenciosa e inmóvil no sólo aquella tarde y noche, sino también todo el día siguiente. Le llevé la comida y agua para lavarse, rituales que soportó mecánicamente. No leyó los periódicos matutinos ni vespertinos que coloqué sobre su mesilla de noche, ni escuchó la radio. Vi que no quería hablar, así que permanecí a su lado, inmóvil y vigilante, contemplando cómo se encerraba en una concha impenetrable, fija la mirada en el largo jardín de la parte posterior. Si la rodeaba con los brazos o hacía algún intento de consolarla, el silencio era su respuesta. Ahora yo estaba aterrado, temiendo haber cometido un error al decirle la verdad, y no dejaba de reprochármelo a mí mismo. ¿Permanecería así hasta que muriera? ¿Sería el tormento de estar sentenciada a muerte demasiado cruel para ella?

A pesar de mis remordimientos, traté de que todo siguiera su curso normal: hice las comidas, atendí a las visitas, cuidé por breves momentos el jardín, pero sin perderla nunca de vista más de unos pocos minutos. Encontraba intolerable estar sentado constantemente en la misma habitación mientras la conciencia me recordaba sin cesar, condenándome por haber arrebatado a Jean toda la paz de espíritu que le quedaba.

El tercer día también empezó en silencio. Me levanté temprano, llamé a la oficina para decir que no iría a trabajar y preparé el desayuno. Cuando llevé la bandeja a la habitación, decidí continuar con mi actitud de superficial normalidad y saludé a Jean:

—Buenos días, amor, ¿cómo te encuentras? —no esperaba otra respuesta que el silencio.

Pero ella se volvió hacia mí y habló, eligiendo sus palabras con mucho cuidado.

—Ahora ya estoy bien —dijo lentamente—. Lo he pensado todo y ya estoy bien. Es evidente que tendré que aceptar todo esto, así que voy a sacar el mejor partido de la situación.

Mi alivio en estos momentos era tan grande que me hizo enmudecer; estaba muy contento de saber que no había juzgado mal a Jean. Había necesitado tiempo para meditar y superar la primera y terrible sensación de choque; comprendí que, en efecto, había llevado luto por sí misma. Su estado de ánimo era sombrío, pero irradiaba cierta calma interior cuando habló del desorden doméstico, que sólo podía atribuir al exceso de atención que le habíamos prodigado durante las semanas precedentes. Me dictó una lista de compras, me recordó las llamadas que era preciso hacer y me recomendó con gran minuciosidad varias tiendas de Chippenham. Más aliviado que otra cosa, obedecí alegremente todas sus indicaciones, y cuando Edgar entró le pedí que se quedara con Jean mientras yo iba a realizar los encargos.

Salí de la granja en dirección a Chippenham reflexionando sobre el valor de esta mujer, que se estaba reconciliando con la muerte. Y, naturalmente, también me alegraba en interés propio: la fortaleza y valentía de Jean me facilitarían mucho la tarea de cuidarla. Comprendí que ella también había pensado en esto.

Los siguientes días fueron un periodo de profunda depresión para ambos. No una depresión de mal humor o cólera, sino una conciencia de la cercana separación. ¿Cómo terminaría? Dije a la familia que Jean tenía cáncer de hueso y que no podría curarse; en realidad, lo dije a quienquiera que estuviese interesado. No exhibíamos nuestra tragedia, pero tampoco había razón para mantenerla en secreto. La gente recibía la noticia con una especie de tranquila aflicción —la mayoría lo había visto venir—. Muchos amigos y colegas me enviaron mensajes para expresar sus sentimientos. Harold Evans, director del *Sunday Times*, me escribió para comunicarme su pesar y decir que no



• • • • •

hacía falta que volviese al trabajo hasta que el problema estuviera resuelto.

Desde que rompió su silencio, Jean hacía todos los esfuerzos imaginables para irradiar buen humor, y se aseguraba de que todos los visitantes de Pinchloafe entraran a verla; en semejantes ocasiones se comportaba como si en la casa no ocurriera nada anormal. Interiormente, los dos sufríamos mucho: Jean, porque estaba sentenciada a muerte, y yo, por el hecho de que iba a perderla. No obstante, se negaba a sumirse en la pena o rendirse a las lágrimas y, en vez de eso, concentraba sus energías en planear una nueva vida para mí. Ya en la primera semana de la terrible noticia sugirió por primera vez que yo volviera a casarme después de su muerte.

—Prométeme que volverás a casarte —decía—. Me gustaría que lo hicieras. Hay muchas mujeres en el mundo que buscan marido.

Incluso mencionó los nombres de varias mujeres solas que conocíamos, pero yo no podía soportar esta clase de especulaciones y me encerraba en un incómodo silencio.

—Sí, supongo que me casaré por segunda vez —terminaba diciendo—, pero no me gusta hablar de ello. Mi única preocupación ahora eres tú.

—Ojalá no te hubieras hecho la vasectomía —suspiró. No se atrevió a pronunciar la segunda parte de la frase, referente a que yo podría desear tener hijos con otra mujer.

Le aseguré que no me entusiasmaba la idea de formar otra familia y, de todos modos, podían intervenirme para remediarlo.

—Se están realizando grandes progresos en el perfeccionamiento de la cirugía que enmienda las vasectomías —le dije—, y creo que los médicos exageran la dificultad de remediarlas para evitar que la gente decida hacerse una vasectomía a la ligera.

Estoy seguro de que en un caso como el mío la profesión médica haría todo lo posible.

Esto pareció consolarla. Si con ello la ayudaba a aliviar su carga, yo era feliz de seguirle la corriente, pero nunca lo hice de corazón. Fue siempre casi un monólogo, cuyo final era el comentario:

—Te sobrepondrás a mi pérdida y encontrarás otra esposa y volverás a ser feliz.

No era que discrepara de su opinión, ya que en mi fuero interno me daba cuenta de que tendría que sobrevivir y encontrar eventualmente otra compañera. Sin embargo, me resultaba insoportable hablar de esto con mi mujer, todavía atractiva. Era muy característico de Jean hacer planes de emergencia en una situación difícil con objeto de que los demás sufrieran menos. Tal vez el pensamiento de que ella misma me preparaba una vida sin ella y me urgía a aceptarla, aliviaba su propia tensión. Opté por creer que así era.

Se ha dicho que tenemos la fuerza para resistir las desgracias ajenas y, por una extraña coincidencia, los problemas de varias personas allegadas a nosotros aliviaron considerablemente nuestra carga. Alguien ha dicho también que quien se encuentra a sí mismo resuelve su propia desdicha, y estoy convencido de que Jean, en su papel de consejera, terapeuta e interlocutora, alcanzó su mayor fortaleza en esta época. El primer golpe llegó con el fracaso del matrimonio de Edgar y Vivienne, sólo seis meses después de la boda. Hacía algún tiempo que era tempestuoso, lo cual no es de extrañar si se considera su extrema juventud, y a los dos días de que Jean rompiera su silencio, se produjo una crisis. Tras una acalorada discusión, Vivienne dejó a Edgar en un arranque de cólera y desapareció durante varios días. Cuando volvió —de mala gana—, Jean pasó muchas horas hablando con ellos, tratando de ayudarles a comprender las

razones de su fracaso conyugal. Después de muchas conversaciones a lo largo de varios días, la pareja acordó aceptar el ofrecimiento del padre de Vivienne de que pasaran unas largas vacaciones trabajando en su yate *charter* en el sur de Francia. Cuando despegaron hacia el sol una semana después, su actitud era mucho más constructiva, y Jean y yo estábamos esperanzados. Me alegraba ver a Jean tan preocupada por la reconciliación, ya que así se sentía útil al tener una misión en la vida. Gradualmente, las llamadas telefónicas desde la Costa Azul adoptaron un tono más optimista y nosotros nos sentimos felices de que las desavenencias fueran desapareciendo.

Cuando se fueron, llegaron nuevas distracciones, pues yo me vi obligado a hacerme cargo del negocio de Edgar, muy absorbente, que consistía en la venta de cajas de velocidades y sistemas de transmisión reformados. Quiso la casualidad que él acabara de realizar una intensa campaña propagandística de ventas por correo, y Jean y yo nos vimos obligados a atender a diario docenas de llamadas de ingenieros, mecánicos, entusiastas del automóvil y personas similares que nos hacían innumerables preguntas acerca de las cajas de cambios. Desarrollamos un método para dar largas explicaciones diplomáticamente a aquellos cuyas preguntas nos dejaban perplejos, y a los otros los invitábamos a visitar la "sala de exposición" (de hecho, uno de los garajes de Edgar) si en el catálogo figuraba la caja de cambios que necesitaban. Llegamos a tener bastante desenvoltura en nuestras charlas como vendedores, aunque hubo inevitables *faux pas* cometidos en presencia de algún omnisapiente de la mecánica. Cuando los clientes pisaban el umbral, yo les guiaba hasta la sala de exposición, señalaba las hileras de sistemas de transmisión y decía:

—Bien, aquí está, pero tendrá que encontrarlo.

Por fortuna, teníamos la suerte de vender a profesionales que necesitaban poca ayuda y me enorgullecí al comprobar que, bajo nuestra dirección, el negocio continuó incólume e incluso hubo un pequeño beneficio.

Surgió un nuevo problema con el hermano de Vivienne, Jeremy, de trece años, que vivía con nosotros con intención de convertirse en parte de la familia. Le encantaba estar con nosotros y Jean y yo le queríamos mucho, pero temía que Jean pudiera empeorar rápidamente en cualquier momento y entonces necesitaría toda mi atención. No me gustaba descuidar a Jeremy durante un periodo demasiado largo, pese a que era un chico listo e independiente. Jean y yo convinimos en que debíamos decírselo sin tardanza para que el asunto no le afectara todavía más, de modo que una tarde, en el jardín, le expliqué que Jean se estaba muriendo y que, por esta causa, él tendría que marcharse y vivir de nuevo con su abuela. Su desengaño y tristeza fueron evidentes, pero comprendió nuestro dilema y estuvo de acuerdo en que no le quedaba otra posibilidad que mudarse. Le gustaba el hogar de su abuela, pero por lo visto prefería la juventud de nuestra familia.

—¿Podré volver y pasar fines de semana con ustedes? —preguntó, y le dije que estaríamos muy contentos de volver a verle.

Poco después de haber hablado con Jeremy, tuvimos noticias de Irvine, el muchacho de las Indias Occidentales a quien no habíamos visto desde Navidad. Al parecer sufría una ligera crisis nerviosa causada por el aislamiento y el estudio excesivo; se estaba preparando para el examen del nivel "O" con la esperanza de iniciar en seguida el trabajo como periodista que yo le había buscado, pero el puesto requería que estuviera en posesión de cuatro niveles "O". Por desgracia, Irvine lo había intentado con demasiado celo, trabajando en una solitaria habitación en

una desolada parte de Londres, sin descanso ni contacto humano, y pocos días antes del examen había caído enfermo. Si no hubiera estado tan preocupado por Jean, lo normal habría sido que pasara más tiempo con él y así me habría dado cuenta de la inminente crisis. Ahora lo único que podía hacer era encontrar a alguien que cuidara unas horas de Jean, mientras yo iba a Londres a visitar a Irvine al hospital. Cuando volví pude contar a Jean que le había visto y también que hablé con su psiquiatra, y que no cabía la menor duda acerca de su restablecimiento después del necesario reposo.

Como si esto no fuera suficiente, el matrimonio de mi hermano empezó a flaquear. Aquel mes, Garth y su mujer vinieron varias veces a ver a Jean y discutimos sus problemas, pero las desavenencias eran demasiado profundas y algún tiempo después se separaron. A Jean y a mí nos llamó la atención el hecho de que vivíamos en un mundo de infortunios ajenos, con la diferencia de que, en conjunto, los suyos tenían solución, mientras el nuestro no la tenía. Sin embargo, Jean en particular se dio cuenta de que sumergirse en estas preocupaciones la ayudó a olvidar temporalmente su propio destino. Al concentrar nuestras energías en dar consejos a los demás, no teníamos oportunidad de cavilar en exceso sobre nuestras propias vidas. De este modo, irónicamente, mientras las presiones del exterior nos afligían al principio y después las veíamos disminuir de forma paulatina, Jean y yo atravesamos un periodo de calma y compenetración extraordinarias. Fue un verano espléndido y de vez en cuando Jean salía al jardín unos minutos y paseaba entre las flores. Sacábamos el mayor partido posible del tiempo que nos quedaba para estar juntos; la depresión se había convertido en una aceptación estoica del destino que no podíamos evitar. Nos limitábamos a dejarnos llevar, saboreando los momentos presentes

y negándonos a capitular ante las lágrimas o la angustia, tanto por el bien del otro como por el propio.

No obstante, tenía que ser muy cauto con lo que decía. Jean no podía aceptar del todo las alusiones demasiado flagrantes al futuro —el cáncer y su curso inevitable—. Aquel verano asumí todas las tareas culinarias, guiado por las instrucciones que ella me gritaba desde la habitación. Una noche las cosas me salían mejor que de costumbre y, sin reflexionar, dije a Jean desde la cocina:

—A este paso pronto seré un buen cocinero.

Cuando terminé y volví a la habitación, la encontré llorando. A la pregunta de qué le ocurría, replicó:

—Es porque estás aprendiendo a vivir sin mí.

Me habría querido morder la lengua. Fue un aviso para que fuese extremadamente cauteloso en mis comentarios y nunca me refiriese a nada que indicara cómo sería mi futuro sin Jean.

Sin embargo, no podía impedir las especulaciones sobre cómo me las arreglaría solo. La gente parecía sentir mucha curiosidad por mis planes ulteriores, y me sorprendió la frecuencia con que me preguntaban:

—¿Qué harás cuando Jean haya muerto? ¿Venderás la granja?

Estas preguntas me ofendían. Eran prematuras y de muy mal gusto. Consideraba que las respuestas eran asunto mío, no suyo. Por ello adopté una réplica concluyente sobre la cual me negaba a explayarme: “Lo dejaré todo tal como está durante un año, y entonces decidiré qué debo hacer”. Esta estrategia iba encaminada sobre todo a tranquilizar a los chicos, pues nos habían seguido a Wiltshire para compartir nuestra suerte y, como es natural, se hacían preguntas sobre su futuro.

Jean y yo continuamos concentrándonos en el presente y me impresionó su efectivo modo de relegar el fatal pronóstico a un

remoto lugar de su mente. Prueba de ello fue su conducta durante una visita de dos amigas suyas, que vinieron en tren desde Londres para pasar el día con ella. Me mantuve alejado casi todo el tiempo para que las tres pudieran chismorrear a gusto; charlaron alegremente todo el día y después del té llevé a las dos mujeres a la estación para que cogieran el tren de vuelta a Londres. Durante el viaje en coche una de ellas me preguntó de repente:

—No puedo entenderlo. ¿Sabe lo enferma que está?

—Sabe que va a morir —contesté.

Durante toda la visita Jean no había mencionado su salud ni que no viviría más de seis meses. Sus dos amigas estaban confundidas y a la vez maravilladas. Cuando llegué a casa, Jean habló de lo bien que lo habían pasado juntas y de cuánto le gustaría que volvieran. Evitar cualquier mención del motivo por el cual habían venido fue su manera especial de trascender la situación.





## 6. EL PACTO

**D**urante muchas semanas reinó tanta tranquilidad en casa, que empezamos a preguntarnos si los médicos se habrían equivocado. Cuando me hablaron por primera vez de la certidumbre del cáncer de hueso, tuve la sensación de que a partir de aquel momento la vida sería un verdadero infierno, pero no, estábamos incluso disfrutando del verano. Los médicos de Oxford habían rebotado confianza y dijeron: “Aún hay mucho por hacer”, y Jean invertía todas sus energías y todo su entusiasmo en esta posibilidad. Empezó a hacer planes para una larga convalecencia y me envió a comprar todas las revistas especializadas en anunciar servicio doméstico. Tenía intención de ofrecer la cabaña, libre de alquiler, a cambio de que ayudaran a cuidar de ella, y necesitaba las revistas para evaluar el mercado en un terreno del que no sabíamos nada.

—Quiero que vuelvas al trabajo —declaró, pues en realidad hacía más de dos meses que yo no había escrito nada para el *Sunday Times*—. Lo único que necesito es alguien que me cuide y la cabaña independiente es una gran atracción.

Por lo tanto, cuando Jean dormía por la tarde, me dediqué a restaurar la cabaña, imitando en lo posible su estilo del siglo xvii, derribando todos los tabiques y chimeneas procedentes de la época victoriana. Gracias a mis esfuerzos empezó a adquirir un



tomas. Pero el dolor provocaba en Jean tantas convulsiones que ya no tenía control sobre sus propios movimientos; en unos minutos se debilitó y trastornó tanto que me vi obligado a sostenerla frente a la máquina en diferentes posiciones. En cuanto los radiólogos hubieron terminado, un médico que había estado esperando, jeringa en mano, le inyectó piadosamente Pethedine y ella perdió al instante el conocimiento.

Durante los siguientes días Jean empeoró con mucha rapidez y era preciso mantenerla inconsciente para mitigar el dolor. El médico que la atendía dijo que el dolor la debilitaba más que el cáncer y que a este paso no podría vivir ni una semana. Después de ver su sufrimiento el día que llegamos al hospital, casi me consoló escuchar este veredicto. No podía soportar la idea de que volviera a sufrir de aquel modo una vez más. En aquellos momentos empecé a aceptar que iba a morir y a pensar en algún plan para hacer frente a dicha circunstancia. Mi intención era cremarla en privado, enviar una tarjeta impresa comunicando a todo el mundo lo ocurrido, y huir durante un tiempo. Necesitaba alejarme en el coche y viajar indefinidamente, tal vez por toda Europa. No quería compartir mi pena con nadie. Sentado junto a su cama durante todas sus horas de inconsciencia, tuve tiempo de hojear varios libros de poesía en busca de una inscripción adecuada para la tarjeta, y elegí unos versos de John Donne que reflejaban bien mis sentimientos: "Todo lo demás va hacia su destrucción, sólo nuestro amor no tiene fin, no tiene mañana, ni tampoco ayer, corre, pero jamás se aleja de nosotros, fiel a su primer, último y eterno día".

Sin embargo, pese a mis intentos de prepararme para la muerte de Jean, mi dolor no disminuía en absoluto al ver a la persona

que amaba y adoraba consumiéndose ante mis ojos. Al cabo de pocos días estaba aturdido por la tensión emocional y la falta de sueño, y tenía que depender de mis hijos para que me llevaran a Oxford a pasar las tardes junto a su cabecera. Por las mañanas tampoco estaba libre de tensión, ya que el teléfono sonaba constantemente; parientes y amigos preguntaban por Jean. Poco tiempo después no pude seguir soportando la reiterada molestia de describir su estado a cuantos se interesaban por ella, y Vivienne se hizo cargo de todas las llamadas. Yo esperaba, sencillamente, que llegara el fin.

Pero al quinto día se produjo un milagro. Los médicos —siempre atentos, solícitos, compasivos— le habían administrado una nueva combinación de medicamentos, un coctel que no sólo aliviaba el dolor de Jean, sino que además le permitía recobrar el conocimiento una hora por la tarde. Durante todo este tiempo yo había sido testigo de la intensa preocupación de los médicos por el sufrimiento de Jean, y mi admiración hacia ellos no conocía límites. Me enteré de que, en un instante de lucidez, Jean había dicho a las enfermeras que si no podía estar consciente, no quería vivir, y yo intuí que esta observación les brindó un nuevo acicate para intentar salvarla de esta recaída. Sea como fuere, lo cierto es que lo lograron después de administrarle una serie de diferentes cocteles y, cuando llegó el fin de semana, Jean y yo pudimos hablar durante breves periodos. En este punto los médicos habían cambiado el tratamiento que provoca la menopausia por radiación (en esencia, eliminación de hormonas) por el de añadir hormonas masculinas al organismo de Jean. Esto, junto con el logro de matar el dolor, causó un restablecimiento temporal.

Al segundo día de haber recobrado el conocimiento, Jean, cuando entré en la sala, estaba un poco incorporada y parecía más fuerte.

—Ya no estoy tan drogada —rio cuando nos besamos.

Vi que estaba haciendo grandes esfuerzos para vencer los efectos residuales de las dosis masivas de medicamentos que causaban somnolencia y falta de memoria, y comprendí que quería decirme algo importante. Acerqué más la silla a la cama y pregunté:

—¿Te preocupa algo, amor mío?

—Derek —dijo, respirando profundamente—, no quiero seguir viviendo así. Esta semana ha sido bastante horrible y quiero que hagas algo por mí.

Mientras se interrumpía para concentrarse, le prometí que haría cualquier cosa para ayudarle, sin saber aún de qué se trataba. Le pedí que continuara.

—Quiero que hagas algo por mí respecto a que, si decido que quiero morirme, pueda ocurrir según mis propias condiciones y exactamente cuando lo desee. Lo único que me preocupa es que, drogada como estoy por todos estos medicamentos, no estaré en condiciones de tomar la decisión acertada. Podría ocurrir que estuviera demasiado aturdida para saber si obraba bien o mal, aunque tendré una idea bastante aproximada cuando no pueda resistir el dolor. Por lo tanto, quiero que me prometas que cuando yo te pregunte si es el momento adecuado para suicidarme, tú me darás una respuesta sincera en un sentido o en otro, y los dos habremos de comprender, tanto tú como yo, que lo haré en aquel preciso momento. No discutirás mi derecho y me darás los medios para hacerlo.

Estaba sereno y no del todo sorprendido por esta petición. A lo largo de los años Jean se había referido a menudo al modo de morir de su madre, víctima de cáncer de pulmón. Creía que había sufrido demasiado tiempo porque nadie quiso tomar una decisión que precipitara el inevitable final. Jean no hablaba nunca

con detenimiento del incidente, reacia a contar lo que sin duda fue una experiencia traumática para ella, pero yo sabía, por la frecuencia con que aludía a la horrible muerte de su madre, que era uno de sus peores recuerdos. Había resuelto, como una venganza, que ella no sufriría la misma suerte.

—Si estuviera en tu lugar —le dije—, sé que te pediría lo mismo. —Era absolutamente cierto. Al final tuve que contestar—: Haré todo lo que me pidas.

Jean, como para asegurarse de haberlo explicado bien, me volvió a preguntar:

—¿Prometes que cuando yo te pregunte: “¿Es éste el fin?”, me darás la respuesta y luego el medio para llevarlo a cabo?

—Sí —contesté—, lo prometo, amor mío —y lo dije con sus dos manos entre las mías.

Aparte de no querer que sufriera innecesariamente, porque estaba casi tan consumido como ella por el tormento de las semanas anteriores, tuve que admirar su decisión y la fortaleza de carácter que implicaba haberla adoptado. Me rebelaba ante la idea de que Jean muriera algún día, y una parte de mí se resistía con fuerza a convertirse en cómplice; sin embargo, cuando la petición de ayudar a morir significaba la liberación de un sufrimiento y un dolor implacable, y yo había visto el grado de esta tortura, era imposible negar esta opción. Creo que al final tanto mi corazón como mi mente habían empezado a aceptar la inevitabilidad de la muerte de Jean. Y, ciertamente, Jean merecía la dignidad de elegir su propio fin. Tenía que morir pronto —como ya sabíamos los dos—, pero juntos decidiríamos cuándo debía ocurrir.

Una vez que tuvo mi promesa, Jean abandonó el tema y dijo que quería ver a Edgar, que esperaba en la entrada de la sala. Ella y yo no volvimos a hablar del asunto. Era un pacto entre

• • • • •

marido y mujer —absolutamente sagrado para nosotros—, y Jean sabía que yo lo había sellado con mi promesa. Mientras volvíamos a casa desde el hospital aquella noche, comuniqué a Edgar la petición de su madre, tanto para conocer su reacción como para sugerir que se trataba de un asunto que concernía también a la familia más allegada y no era de mi exclusiva responsabilidad. Pese a su madurez, le confundió la complejidad de la cuestión, aunque por fin expresó su asentimiento. Respetaba la susceptibilidad de su madre, al mismo tiempo que comprendía —como yo— que una vez que Jean había tomado una decisión, no habría manera de disuadirla.

A partir de aquel fin de semana Jean empezó a restablecerse, y al cabo de tres semanas hablé con los médicos sobre la posibilidad de llevarla a casa. Vivir en una sala de enfermas de cáncer, donde se produce una continua sucesión de muertes, era horriblemente lúgubre. Una noche advertí que la cama que había enfrente de la de Jean estaba vacía; cuando le pregunté qué había ocurrido, me dijo que una muchacha de sólo veinte años había muerto durante el día, y noté la urgencia con que Jean me instaba a sacarla de allí:

—Ahora ya puedo ir a casa —imploró.

Cuando hablé con el médico jefe, éste convino en que el hogar sería el mejor sitio para Jean, ya que, como él lo expresó, la voluntad de vivir era el factor más importante en la lucha contra la enfermedad. Resultaba evidente que Jean quería estar con su familia. Le pregunté cuánto tiempo creía que le quedaba por vivir y me contestó:

—Aún falta mucho. Es fuerte y decidida y hay otros tratamientos que podemos probar.

Sus palabras me animaron, y cuando le dije a Jean que podría volver a casa dentro de pocos días, estuvo loca de alegría. Le pregunté qué parte de la casa prefería para ella y respondió:

—Quiero convertir la tienda en dormitorio-sala de estar para nosotros dos. Arréglala para mí, cariño.

Tenía toda la razón. La tienda ya no parecía una tienda, sino una alegre y soleada habitación, con grandes ventanas que daban a la avenida bordeada de árboles y a los rústicos establos de piedra de la granja vecina. La habitación era lo bastante grande para admitir muebles de dormitorio y sala de estar, por lo que los visitantes tenían la impresión de entrar en un pequeño apartamento y no en la habitación de una enferma.

Cuando volví a casa recibí la ayuda de Margaret, la señora de la limpieza, y entre los dos transformamos la tienda en una atractiva y práctica sala de estar con dormitorio incluido. En cuanto al cuidado de Jean durante unas horas, Vivienne acordó dejar su empleo y que la retribuyéramos como acompañante; ella y Edgar podían vivir en el resto de la granja, sin pagar alquiler, y decidimos ofrecer la cabaña a nuestro segundo hijo, Clive, quien así podría gozar de la independencia que ansiaba. Jean estuvo muy contenta del acuerdo con Vivienne, pues vio en ello una buena oportunidad para enseñarle a llevar una casa, algo que había iniciado las peleas conyugales. Una vez más, Jean se buscó una misión que cumplir.

El momento en que la ambulancia trajo a Jean desde Oxford fue muy emocionante para todos nosotros. Fue como si hubiese resucitado; ninguno había esperado verla de nuevo en casa. Cuando se abrieron las puertas de la ambulancia, estaba incorporada como de costumbre, sonriendo y agitando la mano, preparándose para el incómodo traslado de la camilla a su cama, tarea que los enfermeros llevaron a cabo con gran pericia. Una



vez dentro, Jean no quiso acostarse, ansiosa por probarnos que también podía sentarse en el borde de la cama. Vi que se esforzaba por no desmoronarse cuando dijo:

—¡Mira que estar otra vez en casa! Nunca pensé que volvería.

Clive habló por todos nosotros cuando respondió con sencillez:

—Me alegra tenerte aquí de nuevo, mamá.

Todos estábamos a punto de llorar, conscientes de la trascendencia del momento. Jean estaba triunfante y merecía estarlo después de una lucha tan ardua, soportada con tanta nobleza.

Cuando se hubo metido en cama, asumió el mando de la situación dando una serie de instrucciones para cambiar un cuadro, poner otra maceta o variar la distribución de los muebles. Nosotros éramos solícitos autómatas a sus órdenes.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó—. Tengo hambre.

Y yo supe entonces que su restablecimiento era admirable.

Desde el día en que Jean volvió a Chippenhan, la familia estableció instintivamente un orden para cuidarla; nos turnábamos y Vivienne le dedicaba un mayor número de horas. El último año nos había enseñado que incluso breves periodos pueden parecer interminables, y que una persona no puede ofrecer a un enfermo un apoyo moral ilimitado. Era necesario turnarnos y aprendimos a hacerlo de modo que el peso no fuera nunca excesivo para nadie, ni siquiera para mí. Reanudamos la vieja costumbre de sus cuidados, fortaleciéndonos mutuamente con nuestros esfuerzos combinados y sostenidos, como siempre, por el valor sereno y persistente de Jean.

Al cabo de unos días ya había descubierto el medio de ser una convaleciente bien vestida. Cansada de camisones, batas y pardos atuendos del hospital, buscó en los diarios y encontró en

*The Guardian* un anuncio de caftanes, originales vestidos largos que a su juicio conferirían a su papel de enferma la “elegancia necesaria”, como explicó burlescamente. Encargó dos a Fenwick, de Bond Street, e insistió en que yo saludara en persona al cartero a las siete y media todas las mañanas para que el paquete no pudiera perderse. El hecho de que Jean encargara los vestidos me indicó que estaba enfocando su vida hacia una lenta, pero gradual convalecencia.

El ritual de esperar los caftanes fue como esperar un regalo de Navidad muy deseado y, cuando por fin llegó el paquete, Jean parecía una muchacha con su primer vestido de fiesta. Dejé el paquete sobre la cama y decidí abandonar la habitación para que se los probara con tranquilidad; cuando volví, se hallaba un poco temblorosa ante el espejo, contemplándose desde todos los ángulos imaginables con el caftán rosa. Me hizo la pregunta típica: “¿Te gusta?” De hecho, el vestido la favorecía y así se lo dije. Era alta y podía llevarlo airoosamente, y comenté algo parecido a que iba a implantar la alta costura en Langley Burrell. Vivienne entró para dar un vistazo y ambas iniciaron una discusión sobre modas, novedades y la elegancia en general, momento que aproveché para salir al jardín.

Fueron ratos como éste los que nos dieron más alegría y felicidad. Jean estaba muy relajada; debido a la cantidad de medicamentos que tomaba, dormía bien por la noche, aunque por la mañana no podía moverse hasta que había tomado la primera dosis de medicina. En realidad, le estábamos administrando dosis masivas de fuertes medicamentos que normalmente sólo podían manejar las enfermeras más calificadas del hospital. Para evitar cualquier error, trazamos un gran diagrama, basado en las instrucciones del médico de Jean, que indicaba el tipo, cantidad y hora de un medicamento determi-

nado. Con minuciosos esfuerzos, podíamos cuidarla sin temor a una sobredosis accidental. Desde el comienzo de su enfermedad, Jean tomaba pequeñas dosis de calmantes para reducir la ansiedad, pero la cantidad era simbólica. Nunca le administramos antidepresivos.

Las relaciones entre Vivienne y Jean eran excelentes y yo veía formarse la base de una fuerte y afectuosa amistad. Era pedir mucho a una muchacha de diecisiete años que cargara con la responsabilidad de una suegra moribunda, pero se adaptó admirablemente a sus obligaciones y Jean le tenía un gran afecto. Nos había encantado tener tres hijos en nuestro matrimonio, pero sentíamos la falta de por lo menos una niña, y ahora me daba cuenta de que Vivienne se estaba convirtiendo para Jean en la hija que no habíamos tenido. El vínculo nacido entre las dos facilitó mucho el cuidado de Jean y yo empecé a acudir a mi trabajo de Londres siempre que podía.

El carácter de Jean ya se había estabilizado por completo y se mantenía en estrecho contacto con el mundo en general a través de las preocupaciones ajenas. Aprendimos a relatarle con gran lujo de pormenores incluso las más sencillas de nuestras experiencias cotidianas. Cuando Vivienne y yo íbamos a Cowidge Farm a comprar piezas de cristalería o de mobiliario, Jean se entusiasmaba con nuestras adquisiciones y nuestra detallada versión del desarrollo de la subasta. No demostraba pesar por su falta de movilidad sino, por el contrario, un placer indirecto ante las acciones de sus seres más queridos.

Una de sus mayores satisfacciones fue la redacción de un discurso que prometió que yo pronunciaría en el Instituto Femenino de Langley Burrell. Se ocupó de reservarme una determinada velada después de decidir que sería muy edificante para las damas locales saber cosas del mundo de Fleet Street.

Cuando exclamé: “¿Qué diablos puedo decir que resulte interesante para estas mujeres del campo?”, me enseñó una lista de temas que por sí solos constituían la base de mi discurso.

—Diles estas cosas y entonces deja que te pregunten. Todo irá bien —declaró jovialmente, y me informó que la parte más destacada de mi alocución debería centrarse en torno a la velada en que di una conferencia en Manchester, pero me equivoqué de auditorio, y a la historia por la que soy más famoso: escribí que habían muerto seis leones en el incendio de un zoológico, y más tarde descubrí que habían sobrevivido milagrosamente a las llamas (“la vez que Humphry mató seis leones con sus propias manos”, como se la conoce).

La charla fue, de hecho, un éxito rotundo. Tuve que atribuirlo a los planes y sugerencias de Jean y, por descontado, a su buena memoria. En lugar de ofrecerme los habituales honorarios del orador, la presidenta me preguntó si prefería hacer una colecta y enviar el importe al Fondo Imperial de Investigación del Cáncer. Encontré excelente esta idea y admiré la franqueza de estas mujeres, todas ellas al corriente del estado de Jean. Para ellas no existían los titubeos de sentimientos más delicados; el cáncer era algo contra lo que había que luchar. Cuando llegué a casa y conté a Jean el éxito del discurso y la cantidad reunida, vi que estaba satisfecha. Se preparó para dormir, contenta de saber que aún conservaba una zona de influencia en el mundo exterior, por pequeña que fuera.

Pero Jean insistió además en obtener su propia línea de comunicación con las personas que no fueran de la familia: hice alargar el cable del teléfono hasta su cama y así pudo mantenerse en contacto con un amplio círculo de amistades. Pasaba poco

tiempo en la cama, pues prefería estar echada encima de la colcha, vistiendo uno de sus caftanes y calzando medias cortas y zapatillas doradas. Como apenas se movía cuando tenía visitas, y de este modo no delataba las graves limitaciones de sus movimientos a causa de la debilidad y el dolor, la gente pensaba que tenía un aspecto extremadamente saludable. Su mente siempre estaba activa; su interés por los asuntos mundiales y la política local no había decaído y era posible que alguien ignorante de las circunstancias de su dolencia hablara con ella y se marchara con la impresión de que no estaba enferma. Desde luego se mostraban incrédulos al saber que, en realidad, Jean se estaba muriendo y que tenía plena conciencia de ello.

Esta actitud daba fuerzas a Jean para sobrevivir y, con el limitado consuelo de las cosas mundanas, estuvo contenta durante esos meses. Sólo una vez la sorprendí en plena depresión, cuando la vi contemplando morbosamente la gran bandeja de medicamentos que había sobre el escritorio de la habitación. Le pregunté qué hacía y ella contestó en tono sombrío:

—Estaba pensando en terminar con todo.

Era evidente que estaba deprimida, pero no se me ocurría qué podía haber provocado este estado de ánimo.

—No hay necesidad de hablar así, cariño —le dije—. Tenemos nuestro convenio. Las cosas van bien por el momento y en esto hemos de concentrarnos.

Volvió a la cama y reanudó sus actividades normales sin mencionar nunca más el incidente. No obstante, me procuró una visión fugaz de sus pensamientos más recónditos. No hablábamos de la muerte. Habíamos resuelto la cuestión y no necesitábamos atormentarnos con ella. Ambos estábamos seguros de nosotros mismos, además de conocer y confiar el uno en el otro. Habíamos dicho lo suficiente en anteriores momentos



de crisis para saber el terreno que pisábamos. Esta depresión pasajera fue la única fisura en el habitual buen humor de Jean.

Lo que nos daba esperanzas en aquella época era el hecho de que Jean tomaba un determinado tipo de medicamentos —tratamiento intensificado de hormonas— del cual los médicos decían que podía contener el cáncer. Nos agarramos furiosamente a esta posibilidad. Jean empezó a utilizar con más frecuencia la silla de ruedas y adquirió gran destreza en moverse por la casa. Solía decir, a veces con gran alegría, a cualquiera que se cruzara con ella en sus rondas:

—Me consideraré feliz de aceptar la vida así —en una silla de ruedas—, con tal de vivir.

Sin embargo, empeoraba lentamente. La facilidad de poder valerse por sí misma, junto con su costumbre de ir de un lado a otro, prestaba a su aspecto una falsa animación. Este control, este dominio de sí misma, hacía que pareciese menos enferma de lo que estaba, aunque yo advertía los sutiles signos del empeoramiento. Se engañaba a sí misma y a los demás en cuanto al verdadero estado de su salud, pero el engaño nos regaló una tregua muy feliz que se prolongó hasta bien entrado octubre.

## 7. COLAPSO

**S**in embargo, como pronto descubriríamos, el mal no estaba nunca lejos, y cuando nos acometió atravesamos un periodo que sólo puedo considerar como el descenso a mi propio infierno privado. El lunes que siguió a mi charla en el Instituto Femenino, Jean se derrumbó con terribles dolores. El doctor Gornall vino inmediatamente, aumentó los calmantes y ordenó que fuera trasladada al hospital de Oxford lo antes posible. Sus “puntos de dolor” habían aparecido en todas partes y necesitaba con urgencia la radioterapia para aliviar el intenso sufrimiento. Este empeoramiento señaló el fin de otra fase: el tratamiento hormonal del que los médicos esperaban que retrasara el cáncer no había producido este efecto y Jean sufría horriblemente.

Una vez más fue transportada a Oxford en una ambulancia y en esta ocasión no hubo duda de que se halló en estado comatoso durante todo el viaje a causa del exceso de sedantes. Por lo menos, pensé, se ahorra el tormento del viaje y la ansiedad de no saber qué le espera. Una vez más pasé por el ritual de ir a verla diariamente a Oxford, ya fuera desde Wiltshire o desde Londres, llegar a las dos de la tarde, hacer una pausa para tomar el té y sentarme junto a ella hasta las nueve de la noche. Empecé a sentir un agotamiento creciente y el hecho de que Jean estuviera raramente consciente durante mis visitas no contribuía a mejorar



mi estado de ánimo. Con frecuencia pasaba a su lado hasta seis horas sin intercambiar una palabra o un gesto; permanecía sentado en silencio, esperando no sé qué, contemplándola drogada e inconsciente.

Para romper la monotonía, cambié de táctica y fui a Londres más a menudo, y allí me alojaba en casa de amigos o en un pequeño hotel próximo a la oficina. Esperaba que manteniéndome apartado de la granja y tratando a más gente podría alejar la devastadora depresión que sentía sobre mí. Lo que me fortaleció fue la paciencia, lealtad y hospitalidad de mis amigos. Tal vez ayudaron a suavizar la angustia de mi situación, aunque comprendía que ninguna buena acción podía redimirme por entero de mi propio infierno particular.

Jean emergió ligeramente de su estado comatoso, pero esta recaída era la peor de todas y los dos nos sentíamos bastante desmoralizados. En sus ocasionales momentos de lucidez debía, sin duda, darse cuenta del efecto debilitador que su dolencia me producía. Estábamos exhaustos por la naturaleza intermitente del cáncer, que nos atacaba en cuanto empezábamos a concebir esperanzas y vivir un poco tranquilos. Nuestros ánimos no mejoraron cuando supimos que el último empeoramiento estaba acompañado de trombosis en las piernas, algo bastante común en los enfermos de cáncer. Por desgracia, no se podía tratar la trombosis porque el medicamento que se utilizaba para contrarrestarla era incompatible con los medicamentos del cáncer. Las piernas de Jean empezaron a hincharse mucho y a dolerle con intensidad. Diez días después estaba mucho peor y, nuevamente, drogada en exceso para combatir el dolor.

En este punto me di cuenta de que yo también me encontraba al borde del colapso. Una gran fatiga era mi mayor problema. En cuanto me sentaba, me adormecía en cualquier parte y a cualquier



hora. Cabeceé conduciendo el coche por la autopista de Oxford y me desperté sobresaltado mientras adelantaba a otro coche a ciento cincuenta kilómetros por hora. Quizá sólo dormí unos segundos, pero esto me asustó, paré en la zona de aparcamiento y me quedé dormido inmediatamente. Iba siempre de un lado a otro y me atormentaba la vaga sensación de que apenas sabía adónde me dirigía. De hecho me trasladaba de aquí para allá sin regularidad ni seguridad, a casa de un colega, a un hotel o a la granja de Wiltshire. Mi vida se convirtió en un completo caos. Para mí sólo había una realidad constante: estaba esperando que Jean muriera. Pero, ¿sería ahora cuando moriría o vendría otro falso restablecimiento, seguido de otra recaída, siempre más dolorosa y lacerante que la anterior? La sentencia de muerte para finales de año ya la habían pronosticado los médicos y ya casi estábamos en noviembre. No sabía qué creer.

Vivía sólo para el propio día, y cada momento giraba en torno al dolor y la lucidez de Jean, al continuo temor de la recaída, la crisis y la muerte. Esta reacción era más un movimiento reflejo que la consecuencia de una reflexión. Continuaba escribiendo artículos para el periódico con la esperanza de que el trabajo me mantuviera ocupado, pero empecé a interpretar mal los hechos y cometí varios errores bastante graves. Me sentí acabado como profesional, ya que no era capaz de trabajar con efectividad. Por suerte, mis colegas comprendían mi situación y mostraron gran tolerancia y simpatía. Así continué trabajando, con capacidad limitada, esperando preocuparme de vez en cuando por algo que no fuese la enfermedad de Jean. Cuando no trabajaba, las horas pasaban con lentitud. Sólo la gente que ha estado en una situación similar puede tener una idea de lo extraordinariamente largos que pueden ser los días y las noches. Ir y volver de Oxford, sortear los atascos de tráfico, visitar a

amigos y colegas era mi manera de matar el tiempo y, en cierto sentido, leve forma de terapia.

Ahora comprendo que todo cuanto tenía en la vida me estaba siendo arrebatado y muchos de mis valores morales se iban desvaneciendo. Me dominaba la sensación general de que era víctima de todos los aspectos desagradables de la vida y en mi mente persistía la idea de que casi nada importaba ya. Todo estaba trastornado y tenía que esforzarme para no ceder del todo a un sentido de desequilibrio. Me debatía entre dos direcciones diferentes: prepararme para vivir sin Jean, lo cual sabía que sería terriblemente difícil, y al mismo tiempo tener que cuidar a una Jean enferma y doliente, todavía viva y que me necesitaba de un modo desesperado.

Como es natural, había meditado sobre lo que sería vivir sin Jean, y tenía que reflexionar asimismo sobre las posibilidades que pudieran surgir. La propia Jean había pasado un tiempo considerable hablándome e incluso aconsejándome acerca de la mejor manera de enfrentarme a mi nueva vida. A nuestro modo, los dos preparábamos el camino para cuando yo estuviera solo. Las preguntas de la gente respecto de mi vida futura me ofendían, pero con Jean podía hablar más abiertamente y discutir sobre lo que haría con la granja, cómo podría desarrollar más mi carrera, e incluso especulábamos en torno a mi posible segundo matrimonio. Como Jean ya había estado varias veces muy cerca de la muerte, yo estaba haciendo acopio de valor para cuando no la tuviera, y en esto la propia Jean me secundaba tanto como cualquier otra persona.

Comprendiendo la inminencia de su muerte, y sabiendo lo importante que era para mí el amor entre hombre y mujer, Jean concedía la mayor importancia a la necesidad de que volviera a casarme un día u otro. Debido a sus esfuerzos, más que a los de

otras personas, intentaba adaptarme a esta posibilidad, que se presentaría en los próximos años, pero siempre con profundos temores y vacilaciones. Incrementaba mi ansiedad el que seguía estando muy enamorado de Jean, la necesitaba desesperadamente y no quería perderla. Sin embargo, no cabe duda de que una parte de mi ser estaba exhausta por toda esta lucha y yo ya no sabía a qué atenerme. Era imposible resolver el conflicto de tener que afrontar el presente, invertir en él gran parte de mi ser y, al mismo tiempo, tratar de anticipar y hacer planes para el futuro. Mis emociones sufrían gran presión, pues era evidente que no podía integrar mis sentimientos y mi sentido de la dirección de una forma coherente.

Lo que más me impresionaba era que yo, feliz en mi matrimonio durante más de veinte años, con tres hijos, iba a ser de repente, en menos de un año, un hombre sin esposa y sin familia inmediata: Jean habría muerto y todos nuestros hijos se casarían y tendrían su vida propia. Era muy perturbador para un hombre, acostumbrado a esta riqueza y seguridad, saber que de pronto, sin habérselo buscado, iba a perderlo todo. Comprendo que muchos hombres de mediana edad suspiran por verse libres de sus responsabilidades familiares, pero la mayoría temen la libertad definitiva, porque en realidad es algo aterrador. Yo, totalmente contra mi voluntad, iba a encontrarme en esta situación al perder a la única persona que lo significaba todo para mí, y cuando afrontaba la realidad de un segundo matrimonio —conocer, compartir la vida y amar a otra mujer—, me asaltaba la ansiedad y la duda de que otra mujer pudiera encontrarme atractivo. Detestaba pensar en todo esto y, sin embargo, no podía evitarlo: todo el mundo, incluso Jean, me instaba a comprender que la vida tenía que continuar y, en mi caso, esto comportaría relacionarme con otra mujer en un momento determinado en el futuro. Por alguna razón inexplica-



ambos aprendimos a transformar nuestros sentimientos físicos en una intensa afectividad. Esto no me resultaba fácil, pero lo fui aceptando gradualmente al ver que no tenía otra elección. A principios de 1974 habíamos dejado de tener cualquier clase de relación sexual. Cuando Jean se encontraba en el hospital de Oxford, hacía más de diez meses que no habíamos hecho el amor.

Creo que esta abstinencia forzada me minó más de lo que supuse entonces. Podría haber sido más fácil vencer la frustración sexual si Jean hubiera estado ausente; parecía difícil en extremo vivir con alguien a quien amaba, sentir ambos un afecto excesivo y ser incapaces de consumir nuestro amor. Sin embargo, sabía que Jean necesitaba mucho mi afecto, y en muchos aspectos también yo necesitaba el suyo. Le prodigaba gran abundancia de amor sentándome junto a ella con su mano en la mía durante horas, y a menudo fundidos en un abrazo. Intuía que ella necesitaba esta atención para tener fortaleza, y nunca habíamos estado tan unidos en cuanto a caricias y demostraciones de afecto.

No obstante, la frustración empezó a agotarme física y mentalmente. Jean todavía tenía buen aspecto, pese a la enfermedad. Algunos visitantes me preguntaron si estaba realmente tan enferma como les habían dicho, y se debía a que era una mujer notable que hizo grandes esfuerzos para mantenerse lo más atractiva posible incluso en las últimas fases de la enfermedad. Seguía amándola intensamente, sin duda más que nunca, y tenerla tan a mi alcance y al mismo tiempo inaccesible era cada día más difícil de soportar.

Desde luego, Jean se daba cuenta de la dificultad de la situación. Durante los tres meses anteriores a su última recaída discutí conmigo sobre lo triste que era no tener relaciones sexuales durante tanto tiempo. Me preguntó con gran franqueza si yo



• • • • •

Con la última recaída de Jean volví a encontrarme de nuevo velando a un moribundo. Pero ahora tenía cierto carácter irrevocable, tal vez porque yo también me sentía acabado. Dominado por la desesperación, sentí que era preciso recurrir a alguien, aunque sólo fuera un intento de probar que podía sobrevivir. Sabía que Jean se moriría y la perspectiva de quedarme solo me destrozaba y al mismo tiempo me empujaba a la acción. Estaba exhausto y aterrado; tenía que acercarme a alguien. Era necesario que fuese una mujer. A través de una mujer había tenido la relación más satisfactoria de mi vida, y por ello, casi sin pensarlo, era a una mujer a quien quería acudir nuevamente.

Sin embargo, las cosas no eran tan fáciles. Durante veinte años había tenido relaciones sexuales sólo con Jean, por lo que carecía de mucha confianza en mí mismo. Me sentía aislado e inseguro. Dudaba de que pudiera parecer atractivo a las mujeres. Me atormentaba la sospecha de que nunca podría inspirar entusiasmo a nadie, y tenía que disimular esta sospecha porque ya no podía vivir con ella.

Como es natural, no tenía idea de dónde iniciar mi búsqueda y, por esa falta de confianza, decidí que tal vez sería mejor tener relaciones sexuales con una mujer en un ambiente completamente impersonal. Hacía algunos años que había escrito un artículo para mi periódico acerca de una agencia de acompañantes de Chelsea, y había mantenido buenas relaciones con el jefe de contactos. Pensé telefonearle y explicarle mi problema, y quizá él tendría alguna idea brillante. Le llamé una noche, después de llegar a Londres desde Oxford. Por suerte, él me recordaba y me sugirió que fuera hacia allá y tomáramos unas copas. Me dirigí a Chelsea y le hablé largo y tendido

en su oficina, explicando mis circunstancias y abrumando con mis problemas a un hombre que era casi un completo desconocido. Se mostró muy comprensivo; me llevó a un bar y compró una botella de vino, que consumimos con bastante rapidez. Entretanto me habló de una chica que podía gustarme y a quien podía visitar en su casa. Después de unas cuantas copas, la llamó por teléfono para ponerla al corriente y, cuando volvió, dijo que fuera a verla al cabo de una hora y me aseguró que pasaríamos una noche muy agradable juntos.

Comprendí, mientras me dirigía al piso de la chica que no podía ser otra cosa que una prostituta. Pero carecía totalmente de sentimientos mojigatos. Me sentía falto de cualquier escrúpulo moral, y la conciencia que pudiera haber tenido alguna vez, simplemente había dejado de actuar. Me impulsaba un ciego deseo de sobrevivir sin tener en cuenta los medios. La moral tenía poco que ver con ello.

Pulsé el timbre del piso de la chica, pero me encontré en un dilema en cuanto apareció. Cuando la vi, supe que a pesar de toda mi desesperación me resultaría imposible sentir entusiasmo por ella. Era bastante joven y no carecía de atractivo, pero había en ella una insensibilidad que se transparentaba de la forma más patente. Mientras hablaba con ella me fui convenciendo cada vez más de que yo era un perfecto idiota por encontrarme en una situación como ésta: me di cuenta de que jamás podría hacer el amor con una persona totalmente desconocida. Mi incomodidad fue en aumento mientras me hablaba de su pasado en Birmingham y de los pocos libros que tenía. Me puse muy nervioso pensando en la manera de escapar y diciéndome a mí mismo que ésta no era la forma de aliviar mis frustraciones. La fórmula de huida se presentó cuando, a falta de otro tema, le pregunté cuánto cobraba por sus servicios y ella me contestó



• • • • •

que cuarenta libras. No tuve valor para decirle que no era de mi agrado, así que pude aducir sin faltar a la verdad que no llevaba encima cuarenta libras, aunque ella estaba dispuesta a aceptar un cheque. Dije que tampoco llevaba el talonario y en este punto las cosas se pusieron muy embarazosas. Me levanté para irme. Ella estaba ofendida y mi negativa le indujo a adoptar una actitud altanera. Me impresionó la sordidez e inverosimilitud de todo el asunto.

El incidente con la prostituta me desanimó. Ahora pensaba que cualquier encuentro sería infructuoso y empecé a perder la esperanza de acercarme a alguien. Al día siguiente permanecí en Londres, por la tarde fui a Oxford a ver a Jean, y cuando volví a Londres por la noche invité a cenar de manera espontánea a una antigua conocida con quien había tenido tratos por mi profesión. Tal vez en un recóndito rincón de mi mente tuve la intuición de lo que podía ocurrir, pero puedo decir que, en verdad, de modo consciente, la cita sólo significaba una manera agradable de pasar mis horas de ocio.

No cabe duda de que ansiaba comprensión en mis difíciles circunstancias, y es probable que la buscara por medios indirectos. La velada fue larga y el alcohol abundante, y me encontré exponiendo mis problemas a alguien que, a diferencia de mi confesor de la noche pasada, era una mujer efusiva y de una gran comprensión. Nunca sabré con seguridad si fue el vino o el gradual desarrollo de mi relato lo que provocó una sensación de intimidad entre nosotros. Sea como fuere, cuando volvimos a su piso la reacción química ya estaba en marcha y ocurrió lo inevitable. Me gusta pensar que no hice otra cosa que ceder a todas las presiones que se habían ido acumulando durante al-



• • • • •

Cuando volví a Oxford aquella misma tarde, la hermana me salió al encuentro antes de que entrase en la sala de Jean. Me comunicó la buena noticia de que, inesperadamente, Jean había empezado a responder a la reciente combinación de medicamentos que le administraban y que existían grandes posibilidades de que superara esta última recaída. La radioterapia había suprimido el dolor hasta el punto de que su cuerpo ya empezaba a recobrar las fuerzas. Ahora los médicos querían intentar la quimioterapia como tratamiento adicional. Habíamos ya aceptado el fracaso de la combinación de medicamentos que se le administraron durante los dos meses anteriores a la recaída. La quimioterapia era el último recurso y podía tener desagradables efectos secundarios, pero también podía detener el cáncer.

Ahora Jean estaba consciente algunos ratos y los médicos nos abordaron a ambos con objeto de pedirnos autorización para aplicar la quimioterapia. El tratamiento requería el uso de medicamentos que eran venenos celulares y mataban las células cancerosas del cuerpo, pero también algunas normales. Las que se veían más radicalmente afectadas eran las del cabello, intestinos y médula ósea, por lo que podían presentarse como efectos secundarios la calvicie y graves indigestiones. Nosotros teníamos que decidir si deseábamos soportar todas las facetas del tratamiento. Pese a que Jean se encontraba muy débil tras su última recaída, ansiaba vivamente cualquier clase de medicación, ya que todavía esperaba curarse. Recuerdo que declaró en un tono muy resuelto:

—Bueno, siempre podré usar peluca si pierdo todo el cabello, y, además, me la pagará el Ministerio de Sanidad.

También la animó saber que la quimioterapia entrañaba mayor movilidad. Había observado que cuanto más cerca se hallaba Jean de la muerte, tanto mayor era su deseo de luchar. Ahora ya no se engañaba sobre lo cerca que la había tenido

esta vez. Además se daba cuenta de que la quimioterapia sería el tercero y último tratamiento disponible, y que después ya no quedaría ningún recurso. Sin embargo, adoptó una actitud filosófica ante la pérdida del cabello, diciendo que no se dejaría ver por nadie y que además las apariencias no importaban en un momento como éste.

En lo único que se mostraba inflexible era en su deseo de volver a casa. La familia había sido siempre para ella lo mejor del mundo, y sin nuestra presencia en la granja no habría sido capaz de resistir tanto. Los médicos le prometieron que regresaría a Chippenham después de las fases iniciales de la quimioterapia, pues todos habían comprendido lo importante que era para la paz de espíritu de Jean encontrarse en su hogar. También sabían que todos nosotros éramos ya enfermeros competentes, de manera que fue con su aprobación total que nos dispusimos una vez más a trasladarla a Pinchloafe House.

El 28 de octubre escribí en mi diario: “Jean empeora”, y durante aquella semana su muerte pareció inminente. Sin embargo, diez días después volvía a estar en casa, algo más débil, pero con la fuerza espiritual de siempre. Los enfermeros de la ambulancia, ahora ya bien familiarizados con la ruta entre la granja y el hospital, la trajeron como habían hecho tantas otras veces. Todos esperábamos a Jean en la avenida, llenos nuevamente de incredulidad ante el hecho de que volviera a nuestro lado. No obstante, observé que todos nosotros, y la propia Jean, tomábamos esta vuelta al hogar con más calma y sobriedad. Era evidente que todos estábamos agotados por el sufrimiento. Aunque nos sentíamos agradecidos por estar reunidos una vez más, nos dábamos cuenta de que se trataba solamente de una tregua, con seguridad, muy breve. Yo no tenía más remedio que prepararme para la próxima recaída, que sería peor que la anterior,

• • • • •

y estaba seguro de que tras la apariencia de amabilidad y estoico humor, Jean sabía que ésta era su última vuelta al hogar.

Intuí un ligero cambio en Jean, aunque al principio fue en extremo sutil. Por la noche del segundo día empezó a hablar otra vez del hecho de que no habíamos tenido vida sexual durante tanto tiempo, y expresó su sentimiento de culpa por su incapacidad. ¿Había adivinado lo sucedido? Recuerdo que me dijo con total franqueza que yo debía sentirme libre de tomar a otra mujer como amante si creía que así las cosas me serían más soportables. La conversación fue tan directa y espontánea, y Jean y yo habíamos sido siempre tan honrados el uno con el otro, que respondí, casi sin pensarlo:

—Ya lo he hecho.

Así, sencillamente. Vi al instante, por la expresión de su rostro, que había cometido un terrible error al admitir esto y que, pese a sus requerimientos de que fuese a aliviar mi frustración con otra, la certeza de que yo me había decidido y hecho el amor con otra mujer era un verdadero golpe. Al darme cuenta de mi error, mi sensación de pérdida fue tan dramática como lo fuera en junio, cuando tuve que decirle que iba a morir. Me miró, vaciló una fracción de segundo, y exclamó con voz casi inaudible:

—¡Oh!

Nada más. Estaba aturdida, y la consternación de ambos era abrumadora.

Desesperado, insistí en hablar de lo ocurrido para no quedarnos en silencio y que Jean supusiera toda clase de detalles inexactos. Pensé que una vez llegados a este punto, debía explicarle algo más acerca de las circunstancias. Así, pues, le di

una versión resumida de mi breve aventura, sin mencionar el incidente de la prostituta. Le pedí mil veces perdón y expliqué que se debía a la depresión que estaba sufriendo, causada por el hecho de que me hallaba exhausto y también porque ella había insistido en que buscara el alivio que necesitaba. Jean estuvo de acuerdo en que me había impulsado a ello y no profirió el menor reproche, pero vi que echaba mano de todo su valor y fortaleza para no desmoronarse.

Sin que ella me lo pidiera, prometí que aquello no volvería a suceder, y Jean lo aceptó. Tratamos de interpretar el asunto como una debilidad bajo presión y tolerarlo como tal. Al cabo de un rato nos dimos un beso de buenas noches y nos acostamos en nuestras camas, y yo me fijé en que parecía muy pensativa. Antes de dormirme comprendí que una parte de ella había tratado desesperadamente de facilitarme las cosas animándome a encontrar alguna clase de alivio, pero que en el fondo jamás había deseado que lo hiciera. Con la infinita sabiduría de quien está ante un hecho consumado, me pregunté por qué no habría adivinado sus sentimientos, ahorrándole así esta pena. Ahora le hacía pagar el precio de su altruismo del peor modo posible y me resultó muy difícil dormir aquella noche, preocupado como estaba por lo que ella estaría pensando.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, vi que Jean ya se había despertado en su cama junto a la mía. Le dije buenos días y me dispuse a bajar de la cama para preparar nuestro desayuno. Cuando me puse en pie, se volvió hacia mí y dijo con voz muy tenue:

—Ven a mi cama, Derek, y hagamos el amor.

Sus palabras me aturdieron, pero era tan fuerte mi anhelo de estar con ella que me acerqué en silencio y me acosté en su cama. Milagrosamente, la quimioterapia con que la habían tratado







## 8. DÍAS DE GRACIA

**R**eanudamos una vez más nuestro anterior horario; Jean y yo vivíamos en la tienda y Vivienne hacía de enfermera de Jean durante mi ausencia. Habíamos pasado un largo periodo de entrenamiento intensivo en la administración de medicamentos y ahora éramos veteranos en el manejo de las dosis masivas que los médicos habían recetado.

La quimioterapia produjo una mejoría radical en Jean. Tenía mucho mejor aspecto y, debido al cambio físico, su estado de ánimo era eufórico. Durante esta época nuestro médico de cabecera de Chippenham, el doctor Gornall, estuvo de vacaciones, y recuerdo muy bien la reacción de su suplente cuando vino para el examen de todas las semanas. Después de pasar con Jean los necesarios veinte o treinta minutos, fui con él hasta su coche y por la avenida me preguntó en el tono más incrédulo:

—Pero, ¿sabe realmente lo enferma que está?

Contesté que sí, que lo sabía, y él volvió a preguntar:

—Pero, ¿sabe que el cáncer se ha extendido a otras partes de su cuerpo?

Le confirmé otra vez que no le habíamos ocultado nada. Recuerdo, no sin cierto agrado, que empezó a murmurar por lo bajo, como para sus adentros:

—Es extraordinario que esté así, que conteste a todas las preguntas con tanta normalidad y alegría, que sea tan objetiva y, bueno, *normal* en realidad. ¡Qué mujer tan notable!

Con esta exclamación metió el maletín en el portaequipajes del coche, se sentó ante el volante y se alejó, todavía murmurando.

No obstante, pese al buen humor de Jean, yo siempre sentía que el desastre estaba a la vuelta de la esquina. Había acordado con la oficina que mandaría todas las noticias posibles de los condados occidentales, a fin de poder estar en casa el mayor tiempo. Pensaba que esto me mantendría cerca de Jean y al mismo tiempo me distraería algo de mis inquietudes, pero éste no fue siempre el caso, ya que hubo también ocasionales y crueles advertencias de lo que me reservaba el destino. Me encontraba investigando un caso de controversia ecológica en torno al vecino Upton Cow Down, en el cual una compañía tenía el plan de cortar la cima de una importante colina con objeto de utilizar la greda para fines comerciales. La desaparición de la cima causaría un daño irreparable al paisaje y salí a entrevistar a algunas de las personas que vivían en granjas y pueblos cercanos para conocer su reacción al plan.

Me abrió la puerta de una de las granjas una mujer de vestido y modales muy austeros. Me informó que su hermano era propietario de la granja, pero no estaba segura de que quisiera hablar conmigo; su mujer acababa de morir de cáncer y estaba abrumado por el dolor. Cuando me dijo esto me dominó el pánico, pues comprendí que tal sería mi situación dentro de poco tiempo y sentí deseos de echar a correr. Tuve que clavar mentalmente mis pies en el porche mientras esperaba que la mujer volviera para decirme si su hermano consentía en prestarse a la entrevista. Si no hubiera vuelto al cabo de unos segundos, estoy

seguro de que me habría marchado. Su hermano accedió a verme y cumplí con el ritual de formularle las preguntas necesarias. Al final de la entrevista me di cuenta de que se alegraba de haber visto una cara nueva y le había aliviado hablar de algo que no fuera la muerte de su mujer, pero yo en cambio estaba ansioso por irme y concentrarme en otras cosas.

Aquella tarde fui con el fotógrafo que también trabajaba en aquel artículo a un lugar desde el que podíamos obtener una buena fotografía de la colina. Su mujer le acompañaba en aquella ocasión y mientras él cruzaba el campo, buscando el ángulo idóneo, ella y yo le esperamos en el coche. En medio de la conversación mencionó que había oído decir que mi mujer estaba muy enferma y me preguntó si había mejorado. Fue curioso que yo contestara:

—No, se está muriendo de cáncer y le queda muy poco tiempo.

Ella se volvió hacia mí con una expresión de total incredulidad y exclamó:

—¡Dios mío! ¿Cómo pueden resistirlo?

No encontré la pregunta especialmente difícil y recuerdo que repliqué muy parcamente:

—No hay otro remedio.

Y era cierto. Si su pregunta no fue retórica, la única respuesta era la obvia: que no había más remedio que resistir y se hacía sin analizar el proceso. No cabe duda de que esto tiene algo que ver con el instinto de conservación y la capacidad de trascender las propias dificultades, aunque nunca he podido expresarlo con una fórmula definitiva. Sólo me llamaba la atención que ni Jean ni yo habíamos trazado nuestro plan de supervivencia ante el ataque del cáncer. Nos comportábamos simplemente como dos seres guiados por su instinto de conservación y era un proceso mucho más intuitivo que cerebral.

No obstante, se requería algún esfuerzo para mantenernos en la dirección apropiada. Siempre habíamos valorado la apariencia superficial de calma y normalidad, y el hecho de que pudiéramos continuar nuestra vida cotidiana de esta manera fue lo que nos prestó la fuerza necesaria para seguir adelante. También hicimos un esfuerzo conjunto para reconocer que había un futuro, a pesar de que en silencio comprendíamos que tal vez no podríamos compartirlo. La preocupación de Jean por Vivienne y Edgar, el cuidado de la granja y el posterior desarrollo de mi carrera le daban algo en qué pensar. En esta época hicimos planes extravagantes para mejorar los jardines que rodeaban la granja y la cabaña y nos entregamos al proyecto con un entusiasmo considerable. Había casi una hectárea de jardín y huerto y decidimos que después de cortar y podar los variados árboles frutales, arbustos y plantas, proporcionarían el equilibrio adecuado. Durante varios días hojeamos un montón de catálogos en nuestra habitación, componiendo listas de nuestras preferencias. Al final Jean confeccionó el inventario definitivo y me mandó con un horticultor de Bath con instrucciones explícitas de lo que debía adquirir.

Regresé varias horas después con todas mis compras, que sobresalían del maletero y formaban un montículo sobre el portaequipaje. Le enseñé todo a Jean a través de la ventana para obtener su aprobación y sus consejos, y el asunto se convirtió en jardinería por poderes.

—¿Dónde quieres que plante el cerezo? —vociferaba yo, y ella me daba instrucciones:

—¡En el rincón izquierdo del prado!

Y así sucesivamente. Por medio de una serie de comunicaciones a voz en grito, ademanes exagerados y signos, planificamos el jardín y el huerto; en muchos aspectos éramos como niños entu-



espaldas a la casa y me pareció oír una voz en la distancia. Me di cuenta de que era Vivienne, que me llamaba para que volteara, y cuando lo hice, apenas pude creer lo que veían mis ojos: al otro lado del prado estaba Jean, completamente vestida con sus pantalones verdes y su abrigo de cuero marrón, sonriéndome con todo el orgullo de su proeza. Había venido a ver el jardín y me miraba para que le confirmase que esto era nada menos que una aparición milagrosa. Y, en efecto, lo era: aquí estaba, tras hallarse tantas veces cerca de la muerte, a menudo incapaz de moverse por el exceso de dolor, vestida completamente por primera vez en más de un año, de pie a la entrada del prado, orgullosa y feliz. Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Comprendí que probablemente su intención había sido recorrer todo el jardín, pero no pudo hacerlo, y Vivienne, al advertir que ya no podía ir más lejos, me había llamado. Ver allí a Jean, apenas a veinte metros de mí, fue una honda emoción que me sumió en un aturdido silencio. No obstante, me di cuenta al cabo de unos segundos de que se mantenía muy estirada y debía estar exhausta por sus esfuerzos, así que me acerqué para tomarla del brazo y acompañarla hacia la casa. Mientras caminábamos, hablamos de lo bien que quedaba todo lo plantado y de algunos cambios que podíamos introducir. Un poco antes de llegar a la casa solté su brazo y dejé que caminara sola, con Vivienne muy cerca de ella, pues adiviné que deseaba demostrar la extraordinaria fuerza que aún le quedaba. Aquel pequeño paseo requirió un tremendo esfuerzo, pero sabía que para Jean había valido la pena. Volví al huerto y continué trabajando en los árboles frutales, muy emocionado.

Sin embargo, mis sentimientos en torno al incidente eran encontrados; volvía a entrever una posibilidad de esperanza. ¿Sería esto un signo de que la quimioterapia, nuestro último recurso,

estaba deteniendo efectivamente el cáncer? ¿O se trataría de otra esperanza vana? Pese a la abrumadora realidad y los traumas sufridos, seguía esperando que ocurriera un milagro. Era evidente que Jean creía en la posibilidad de su curación y, sin que me hablara de ello, podía ver que, al igual que yo, lo estaba invirtiendo todo en esta esperanza.

Diciembre transcurrió con bastante normalidad, aunque el cuidado de Jean se hizo todavía más difícil. Había que administrarle más medicamentos y era preciso pasar más tiempo con ella, pues anhelaba la compañía y parecía necesitar más personas a su alrededor. Nunca se refirió a la muerte durante este periodo ni mencionó la posibilidad de que yo volviera a casarme; todas sus conversaciones giraban en torno a los vivos. La quimioterapia continuaba produciendo en ella un efecto espectacular. Su voluntad de hierro, que le obligaba a abandonar el lecho varias veces al día, era la clave de su terapia y su sentido de ir progresando; no tenía la menor intención de permanecer postrada en cama. Abrigaba muchas esperanzas de restablecerse y comprendí que consideraba enteramente plausible una remisión del cáncer.

Pese a los signos de mejoría causados por el nuevo tratamiento, yo observaba claros síntomas de que su estado iba empeorando simultáneamente. Jean disminuía cada vez más su ritmo y esto se debía más a la enfermedad que a incómodos efectos secundarios, como indigestiones penosas o el creciente exceso de peso debido al tratamiento de hormonas y la inactividad. A los ojos de un observador ocasional no daba la impresión de estar luchando contra el cáncer, pero yo notaba que había desarrollado la técnica de no moverse ni hacer esfuerzos hasta el momento exacto en que sabía que los medica-

mentos producían su efecto máximo. Solía dormir toda la tarde y muchas horas por la noche, y tomaba comprimidos inmediatamente después de despertarse; se quedaba muy quieta y no se movía hasta que el medicamento empezaba a hacer efecto, amortiguando el dolor. Yo procuraba que no se moviera mucho porque sabía que a medida que los tumores cancerosos reemplazan la médula ósea, los huesos se vuelven muy quebradizos y se rompen a la menor presión. No podía olvidar jamás que Jean seguía estando muy enferma.

No obstante, como Jean creía de verdad que estaba mejorando, iniciamos un ritual que se efectuaba todos los miércoles por la mañana, cuando yo reanudaba mi trabajo. Ella ponía su cara más alegre y me aseguraba que se encontraba muy bien y no necesitaba mi presencia; me instaba a ir a Londres y seguir allí mi horario normal de trabajo. Sus palabras eran:

—¿Tienes limpias las camisas y los pantalones planchados? De verdad que estoy muy bien, así que no te preocupes por mí.

Sin embargo, aquella misma noche yo telefoneaba invariablemente a Vivienne desde Londres y me enteraba de que estaba peor. Como no quería que sufriera en aquellas condiciones, volvía aquella misma noche o a la mañana siguiente. Se convirtió en un hecho frecuente: ir a Londres el miércoles por la mañana, llamar a casa por la noche, descubrir que estaba peor y hacer de nuevo los ciento setenta kilómetros para volver a casa al cabo de pocas horas.

Vivienne afrontaba muy bien la situación, pero yo no podía resistir estar separado de Jean en estas circunstancias. Con frecuencia llegaba a casa y la encontraba tan dormida por los calmantes que tardaba algún tiempo en darse cuenta de mi presencia. Cuando se despertaba, yo inventaba historias sobre que no había nada que hacer en la oficina, o creaba un artículo que debía investigarse



en el cercano Bristol, o incluso pretendía que se había declarado una huelga en las oficinas de Londres del *Times*. Naturalmente, mis excusas no pasaban por el tamiz de su perspicacia y un día me dijo con mucha intención:

—Creo que deberíamos vender la granja y trasladarnos a Londres. No te convienen tantas idas y venidas y sería mejor estar juntos sin tantas molestias por tu parte.

Agradecí su consideración, aunque también lamenté no haberla engañado del todo; no quería que se sintiera culpable de causarme cualquier clase de incomodidad. Desde luego, me horrorizó la posibilidad de trasladarnos después de todo lo que había hecho. Le aseguré que no me importaban los viajes y que ella no debía preocuparse. También le recordé que el mercado de la propiedad estaba tan bajo en aquellos momentos que no teníamos más remedio que quedarnos donde estábamos, pero subrayé asimismo lo mucho que amábamos la granja y lo bien que pasaríamos en ella la Navidad, para la que faltaban pocas semanas.

Antes de nuestra celebración de la Navidad en Wiltshire, la oficina planeaba una fiesta en un restaurante italiano del Soho, el martes 10 de diciembre. No me entusiasmaba la idea de sumarme a ella, pero Jean me instó a ir a Londres, como hacía siempre. Me di cuenta de que una vez más contaba con su restablecimiento hasta el punto de considerar posible que ambos reanudáramos nuestras viejas costumbres. Cuanto más observaba yo un horario ocupado y activo, tanto más segura estaba ella de que todo volvía a la normalidad. Me daba cuenta de que era una especie de juego en el cual yo era el jugador central, pero mi estrategia producía un efecto tan crucial en el ánimo de Jean que no tenía otra opción que continuar jugando.



Fui a Londres y asistí a la fiesta, pero no intenté permanecer sereno ni siquiera responsable, sino que participé en la borrachera general. Un grupo bastante nutrido continuó la fiesta en el piso de una de nuestras colegas. Pese a haber bebido más de la cuenta, recuerdo una discusión con otro reportero de nuestro periódico que era muy aficionado a escribir su diario. Estaba enterado de la enfermedad de Jean y no dejaba de insistir en lo importante que era grabar en cinta magnetofónica el mayor número posible de mis conversaciones con ella. Yo encontré la idea muy ofensiva y así se lo dije, aunque no le expliqué la razón. En mi interior comprendía que esta clase de conducta habría casi equivalido a firmar la sentencia de muerte de Jean —en especial a los ojos de ésta— y se trataba de un gesto de acabamiento que ni Jean ni yo queríamos esbozar siquiera. Grabar las conversaciones en el lecho de muerte la habría horrorizado, además de arrebatarle todas sus ilusiones de curación.

Pude volver a casa al día siguiente, aunque en este caso no se debió a un empeoramiento de Jean, sino a mi propia salud. Me había quedado dormido en el suelo de aquella sala de estar a las cuatro de la madrugada, pero sólo dormí una hora. Me levanté al amanecer con una resaca impresionante y muy deprimido. Deseoso de ocuparme en algo, empecé a limpiar la cocina y la sala de estar y mi celo se fue incrementando hasta el punto que aspiré y fregué todos los suelos, lavé platos y copas y saqué al descansillo las botellas y la basura. Después de desayunar telefoneé a Jean para decirle que volvía a Chippenham, aunque no quise revelarle los verdaderos motivos de mi depresión. Casi nunca tenía resaca porque raramente bebía más de unas pocas copas; si ella se enteraba de la cantidad de alcohol que había consumido la noche anterior, sospecharía que la situación me preocupaba mucho más de lo que yo daba a entender. Me limité





Nunca dejaba de asombrarme su capacidad para dar a su humor un giro tan positivo. Aquella mañana intercambiamos regalos en la sala de estar a las once, y Jean, con la sola ayuda de un bastón, cruzó la salita del desayuno y la cocina de seis metros y recorrió el pasillo embaldosado. Tras los regalos empezó la comida y Jean permaneció con nosotros durante todo el primer plato, sólo entonces volvió a la cama, donde terminó de comer. Estar sentada le resultaba demasiado incómodo, y cualquier posición que no fuera la supina era difícil de soportar, excepto por breves periodos de tiempo. No obstante, pasó toda la tarde recibiendo visitas en su habitación y cumpliendo con su deber de anfitriona. Todos recordamos aquella Navidad como una de las más felices que pasamos en familia. Ninguno de nosotros estaba deprimido por el hecho de que, indudablemente, aquélla sería la última que celebraríamos con Jean. Su teoría de vivir al día había resultado contagiosa y aprendimos de ella a sacar el mejor partido de los momentos en que estábamos juntos.

Este pacífico intermedio en el hogar me fue también útil en la profesión. Anteriormente había intentado cumplir con las tareas de la oficina, pero mis apariciones esporádicas, mi dificultad para acudir a las citas y mi incapacidad de concentrarme acabaron por estropear mis cualidades de buen reportero. El director convino en que sería más provechoso y oportuno para mí realizar una investigación, a largo plazo, sobre el crimen callejero en Londres, y esta especie de artículo significaba que podía trabajar a mi ritmo. En los momentos tranquilos me iba a Londres y pasaba horas en los guetos, hablando con personas dedicadas a la juventud, con asistentes sociales, políticos locales y muchos miembros de la comunidad negra. Mi objetivo era determinar con precisión

la gravedad del crimen callejero en el sector superpoblado y si los jóvenes negros eran los principales delincuentes, como propugnaban muchos, y en caso afirmativo, por qué.

Este método de trabajo me resultó extremadamente beneficioso. Hice la mayor parte de la investigación un mes antes de Navidad y me senté a escribir una semana después de las fiestas. Fue la mejor pieza de periodismo que había escrito en mis treinta años de reportero y tuve que atribuir su éxito a la paz y tranquilidad que habíamos disfrutado durante las semanas precedentes. El artículo tuvo amplia resonancia, y el que por fin escribiera algo de mérito fue un verdadero estímulo para Jean y para mí, sobre todo porque me reveló que aún no perdía mi sensibilidad, algo cuyo embotamiento ya había empezado a sospechar. Durante los días que siguieron a la aparición del artículo, el teléfono no dejó de sonar y yo estaba ocupado programando apariciones en radio y televisión.

También por aquel entonces los editores de mi libro sobre *Michael X* empezaron a preguntar cuándo podría entregarles algo, pues el trabajo del manuscrito llevaba un considerable retraso. Hasta ahora, tanto ellos como mi coautor habían sido muy comprensivos, pero la tardanza era ya excesiva y comprendí que debía ponerme a trabajar o renunciar definitivamente al proyecto. Sabía que ese libro implicaría mucho tiempo y esfuerzo, dos cosas que no me sobraban en estos momentos, pero, por otro lado, no podía permitirme el lujo de retirarme. Durante la enfermedad de Jean, mis ganancias como escritor independiente habían bajado de unas mil libras anuales a cero. Pocos meses antes había anulado un contrato con Gollancz, los editores londinenses, para un libro sobre la investigación de la conducta de los jurados en los tribunales británicos, y tuve que devolver el anticipo de trescientas libras.

El éxito de mi artículo sobre el crimen callejero nos animó tanto a Jean y a mí que decidimos la continuación de mis planes para la biografía de *Michael X*. En enero las cosas ya iban mejor y Jean no tuvo recaídas ni empeoramientos. Concebí el plan de alquilar un piso en Londres con mi coautor; mi vida nómada había resultado ser tan poco productiva que seguramente sería más provechoso vivir la mitad de la semana en Chippenham y la otra mitad en Londres. No estaba convencido de que resultara fácil llevarlo a cabo, pero sabía que era importante comprometerme a hacer cosas y planearlas por anticipado, ya que se trataba de la estrategia más beneficiosa para el estado de ánimo de Jean.

Ésta se entusiasmó mucho con el libro y mi traslado al piso de Londres. Se dispuso a organizar la mudanza, detallando los juegos de sábanas, mantas y toallas que debía llevarme. Una vez más instalaba desde lejos un nuevo hogar. Hubo un momento en que llegó a decirme:

—¿Sabes una cosa? Cuando te hayas aposentado, iré a Londres y pasaré allí una temporada contigo.

Vi que sus intenciones eran sinceras y encontré su determinación, como siempre, conmovedora. Había aprendido a no contradecirla, aunque en una ocasión tuve un fallo al mencionar que la escalera de caracol que conducía al dormitorio y el cuarto de baño sería una maniobra difícil para ella. Me replicó al instante que no debía poner obstáculos en su camino.

—Ya *sabré* arreglármelas —dijo ofendida, y yo vi que la cuestión quedaba zanjada.

Quería participar lo más activamente posible en la preparación del libro, y aproveché su buena disposición para encomendarle la organización de montones de artículos sobre *Michael X*. Realizó su tarea del modo más minucioso, ordenando los recortes por orden cronológico antes de colocarlos en el álbum.

Sus esfuerzos me ahorraron horas de tedioso trabajo. Creo que empezó a sentirse útil con esta ayuda, y cuando supo que ahora recibiríamos del Departamento de Seguridad Social un estipendio permanente por invalidez, tuvo una gran satisfacción. El dinero pagaría el salario de Vivienne e incluso podría ser una ayuda en la economía familiar.

—Bueno, nadie podrá decir ahora que soy una carga para nuestras finanzas —comentó, y vi que lo decía con verdadero orgullo.

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, y al recordar me doy cuenta de que esto era precisamente lo que le pasaba a Jean y, hasta cierto punto, a mí mismo. Cuando llegó febrero, yo ya había relegado al fondo de mi mente que Jean se iba a morir. Volví a la realidad con un sobresalto mientras hablaba en Londres con un amigo acerca de su salud.

—Creo que no he conocido nunca a nadie que estuviera en tu situación, esperando que se muriera su mujer —me dijo.

Sus palabras me anonadaron, no por su crudeza, sino porque una parte de mi ser había dejado de reconocer la situación tal como era. Sin duda me había aturdido a mí mismo hasta el extremo de pensar que este periodo de gracia podía prolongarse indefinidamente.

La propia Jean era culpable de fomentar esta actitud. En febrero contratamos una empresa constructora para que nos cambiara el techo de la cabaña por uno de tejas de piedra. Jean se quejaba de que no podía ver el progreso de las obras, a pesar de que todos los miembros de la familia le hacíamos continuos comentarios sobre su evolución. El día en que los obreros terminaron, Jean ya no pudo resistir más. Se levantó y se vistió con ayuda de Vivienne, por segunda vez en cuatro meses. Los tres salimos al jardín para inspeccionar la cabaña y Jean se mostró muy satisfecha del aspecto del tejado y la ventana de gablete

que yo había hecho instalar. Cuando volvimos a la casa y ella se metió en cama, empezó a nevar y yo comenté que ahora la cabaña estaba mejor protegida. Jean me miró y dijo:

—Sí, me alegro de que lo hayamos hecho. Será una casa tan bonita para el futuro...

Me llamó la atención que dijera “hayamos” y que pensara en términos de un futuro a largo plazo. Habíamos llegado a un punto en que, tanto por su parte como por la mía, la menor inflexión o determinada elección de las palabras tenía un enorme significado. Ella se veía de algún modo incluida en el futuro. Pensaba que podía estar aquí y compartirlo con nosotros durante un tiempo.

En esta época, nuestro hijo adoptivo Stephen, que ahora tenía dieciocho años, sintió el deseo de ver a su verdadera madre, y observé que Jean se tomó todo el asunto con mucha calma. Dos años antes, mientras Stephen sufría una crisis de identidad, éste había reaccionado vivamente a mi sugerencia de que visitara a su madre, que seguía viviendo en Manchester. Sin embargo, después de que yo gestionara una reunión a través de las autoridades de adopción de Manchester, Stephen se retractó y no volvió a mencionar el asunto hasta esta ocasión. Jean y yo ignorábamos si se debía a la perspectiva de la muerte de Jean o a un resurgimiento del natural deseo de conocer a su verdadera madre, pero le dimos de buen grado nuestra aprobación para que visitara a la mujer que le había dado la vida.

Después de la reunión, Stephen nos telefoneó para describir la experiencia y obtener de mí la seguridad adicional de que aprobábamos que siguiera adelante y estableciera relaciones más estrechas con su madre y los varios hermanos que acababa de descubrir. Al final se quedó a vivir en Manchester para estar cerca de ellos (y allí continúa viviendo en la actualidad). En cierto



modo, la reacción de Jean se me antojó enigmática; creí que este traspaso de afecto de una madre a otra tenía que disgustarla en un momento tan crucial. No obstante, sólo deseó buena suerte a Stephen, poniendo de relieve que era muy importante para él haber logrado el sentido de identidad que hasta ahora le había faltado. Como escribió en una carta a su padre: "Steve va este fin de semana a ver a su madre y sus hermanos... Yo le he dicho que tiene lo mejor del mundo: ¡dos familias!"

Empecé a sospechar que Jean pensaba que tenía mucho tiempo para reanudar el contacto con Stephen en un futuro próximo y, si abrigaba esta esperanza, a mí me parecía muy bien fomentarla. Sin embargo, no pude evitar la consideración de que se trataba de otra serie de desintegraciones de nuestra unidad familiar, tan firmemente intacta hasta ahora.

Nuestra tregua continuó hasta una mañana de la segunda semana de marzo. Jean y yo nos despertamos como de costumbre y fui a buscar una palangana de agua para que se lavara; la dejé sobre la mesilla de noche, junto con los otros utensilios de aseo, y me senté en el sofá, en el otro extremo de la habitación, para dar un vistazo a los periódicos de la mañana. Justo cuando empezaba a leer, oí un gran estrépito; me volví y vi a Jean tratando en vano de agarrar la palangana de agua, que resbaló de la cama. Jean se echó hacia atrás con las manos apretadas contra las costillas, al parecer sintiendo un gran dolor, y corrí a ayudarla, recogiendo al mismo tiempo los diversos objetos diseminados por el suelo. Estaba jadeando, sufriendo agudos dolores, por lo que telefoneé inmediatamente al médico de cabecera, quien dijo que venía en seguida.

Su diagnóstico fue lo que yo había temido durante meses: Jean se había fracturado una costilla, y que esta fractura tuviera como única causa un movimiento demasiado rápido al

inclinarse hacia delante era el signo fatal. Supe que se trataba ya de los efectos del cáncer de hueso en sus últimas etapas; si las costillas se le rompían con tanta facilidad, significaba que cualquiera de los otros huesos podía romperse en un instante por una presión mínima. Se lo pregunté al médico y él me confirmó que había grave riesgo de otras fracturas.

Jean no tenía idea de que esto fuera una señal de peligro y adoptó una gallarda actitud respecto al incidente. Rio mientras observaba:

—No te preocupes por mí. Como estoy siempre en cama, no hay problema para curar la costilla.

No obstante, supe que había llegado el momento de procurarme la medicina que podría tomar para poner fin a su vida. Yo sabía, por todo cuanto me habían dicho los médicos, que en lo sucesivo la lucha sería continua.

Cuando llegó el miércoles y Jean ejerció la habitual presión para que me fuera a Londres, no me opuse porque sabía que así tendría la oportunidad de ver a un médico y hablarle del dilema de cómo terminar la vida de Jean. Yo no había olvidado nuestro pacto, hecho diez meses atrás, y no tenía intención de incumplirlo. Mi intuición me decía que ella no tardaría en formularme la pregunta sobre la muerte.

Hacía tiempo que no había visto al médico a quien iba a pedir consejo, y por lo tanto éste ignoraba la enfermedad de Jean. Sin embargo, nos comprendíamos tan bien en nuestra amistad de más de diez años que sabía que no me negaría ningún favor. No quería implicar en esto a los médicos de Jean de Oxford o Wiltshire; no les conocía lo suficiente para hacerles confidencias, y además me parecía incongruente involucrarles en un pacto de suicidio después de que hubieran trabajado tanto para prolongar la vida de Jean del mejor modo posible. Comprendí que era muy

afortunado al conocer a alguien de la profesión médica en quien tenía una confianza sin reservas.

Telefoneé a mi amigo y nos citamos en su despacho de Harley Street, aquella tarde. Cuando le conté los detalles de la enfermedad de Jean, me dijo que sin duda sólo le quedaban unas semanas de vida. Lo más probable eran más fracturas de huesos; los huesos de las piernas se le romperían si intentaba andar unos pocos metros.

—No creo que le quede una existencia decente —me dijo—, no te culparía en absoluto si quisieras ahorrarle muchos dolores y angustias.

Me abrumó la gratitud por la sensibilidad de este hombre. Me dio una potente mezcla de calmantes y somníferos que se disolvería fácilmente en agua, y me advirtió que el sabor amargo impediría que administrase la mezcla a Jean sin que ella se diera cuenta. Le di las gracias por su ayuda, nos estrechamos las manos y me dispuse a volver a Langley Burrell.

Me daba la impresión de que Jean estaba viviendo en dos planos. En uno de ellos —su aspecto exterior— todo iba bien. Viviría. Una indicación de esta actitud se encuentra en una carta que escribió a su padre dieciséis días antes de su muerte:

“Tenía un dolor en el pecho y al principio el especialista no sabía qué era. Pues bien, la semana pasada me hicieron más radiografías y, figúrate, tengo una costilla rota. Creo que ocurrió cuando se cayó la mesilla de noche con una palangana encima y traté de evitar que el agua de la palangana se derramara. De todos modos, es posible que me lleven al hospital de Swindon y me pongan una de esas inyecciones calmantes que me pusieron en la espina dorsal. Es fastidioso, ahora que ya podía salir en el coche, pero por otro lado, podría haber sido algo peor y esto por lo menos no tardará en curarse”.



Todo este optimismo cuando una parte de ella sabía que el fin estaba cerca. Pero optaba por ocultar este hecho en el más remoto rincón de su mente... al menos de momento.

## 9. DECISIONES

**P**asó una semana después de la fractura de costilla de Jean. En cuanto llegué a Chippenham, tomé todos los comprimidos y decidí que lo mejor sería mezclarlos en forma líquida para poder administrarlos en un momento determinado. Comprendía que una vez llegada la hora de darlos a Jean, tendría que actuar con rapidez. Disolví todas las tabletas en un caldo espeso y escondí la mezcla en una habitación a la que Jean no tenía acceso. A partir de entonces pasé virtualmente todo el tiempo a su cabecera, cuidándola lo mejor que podía. Sus dolores no eran alarmantes, pero resultaba evidente que ya era sólo una reliquia de su antiguo yo y se estaba consumiendo lentamente. La tensión nos oprimía a ambos y realizábamos grandes esfuerzos para que el otro no lo advirtiera. Todas las horas en que no dormíamos las pasábamos sentados juntos con las manos enlazadas; a menudo la rodeaba con mis brazos y escuchábamos música. Mientras ella dormía, el jardín continuaba ofreciéndome distensión en plena vigilia de su muerte. Sin los ratos de aire fresco y actividad física, mi vigilia habría sido intolerable. Jean tenía clara conciencia del saludable efecto que me producía y siempre me decía cuando se encontraba cansada:

—Ahora me voy a dormir, cariño. Tú vete al jardín.

La única indicación que tuve de que Jean estaba considerando la idea de poner fin a su vida se produjo cuando Vivienne entró un atardecer con dos gatitos negros que había adoptado de una granja cercana. Los puso sobre la cama y ellos empezaron a jugar con la colcha de Jean. Al entrar en la habitación vi una expresión de alborozo en el rostro de Jean mientras contemplaba los dos gatitos, y entonces me miró, los ojos se le llenaron de lágrimas y dijo:

—La vida merece realmente ser vivida, ¿no crees?

Era una persona tan poco sentimental, sobre todo con los animales, que no pude evitar el pensamiento de que tenía una idea muy clara de lo cerca que ya estaba del fin. Debía intuir que pronto tendría que hacerme la inevitable pregunta acerca del cumplimiento de nuestro pacto. El hecho de que en un corto plazo debería rendirse a la muerte hacía que se detuviera a valorar las cosas más sencillas de la vida, y esto se transparentó un instante a través de su exagerada reacción ante los gatitos.

Al cabo de quince días tuve que ir inopinadamente a Londres para ultimar los detalles de la impresión de un libro corto, *La conspiración del cricket*, que había escrito para el Comité Nacional de Libertades Civiles. Mi marcha significaba que Jean estaría sola durante veinticuatro horas y me causaba gran inquietud dejarla sin informar a Vivienne de la existencia de la sobredosis que conservaba oculta. Es evidente que me veía en el papel de verdugo compasivo y temía la posibilidad de que Jean se rompiera más huesos en mi ausencia y sufriera un dolor excesivo que no tenía por qué soportar. No me quedaba otra posibilidad que hablar a Vivienne de la presencia y finalidad de las tabletas y, sin darle instrucciones de que las administrara necesariamente en caso de una crisis, le di la opción de hacer lo que creyera oportuno. Por suerte, ella dijo que estaba de acuerdo conmigo

• • • • •

y que si la situación se hacía catastrófica, tomaría la iniciativa y administraría ella misma la dosis. La ecuanimidad de Vivienne me brindó un gran alivio, aunque me pareció que me costaba respirar todo el tiempo que estuve ausente.

Tal como sospechaba, la situación iba empeorando. Cuando telefoneé a casa a la mañana siguiente, recibí las peores noticias. Vivienne me contó que Jean había sentido toda la noche un dolor intenso en el cuello; habían llamado al médico y éste dispuso el traslado de Jean a mediodía al hospital de Swindon para que la viera su médico de Oxford, quien por casualidad se encontraba allí. Jean no llegaría hasta las dos de la tarde, de modo que decidí esperar unas horas antes de hacer el viaje de cien kilómetros hasta Swindon para recibirla allí. Supe entonces que la sentencia de muerte estaba sellada. Jean había dicho siempre que cuando el cáncer le afectase el cuello, el fin no estaría lejos, ya que entonces la enfermedad se habría acercado al cerebro. Además, este nuevo brote de dolor significaba que la quimioterapia, tan efectiva durante los últimos cinco meses, ya había dejado de producir efecto; nuestro último recurso había fallado. Vagué sin rumbo por Doughty Street y pasé por delante de la casa de Charles Dickens, inmerso en mis pensamientos, matando unas pocas horas antes de dirigirme a Swindon. ¿Cómo debía afrontar exactamente el fin de Jean, ahora que se avecinaba? Mientras deliberaba de un modo frenético, casi tropecé con un colega, y recuerdo que contesté a sus preguntas con una incoherencia absoluta, incapaz de captar nada de lo que decía. Él me miró como si yo fuese una especie de papanatas. Indiferente a todo, me alejé de él.

Cuando llegué al hospital encontré a Jean en una camilla ante la puerta de su médico. Nos besamos y observé que ella trataba de estar lo más alegre posible en tales circunstancias, haciéndome

observaciones graciosas y dirigiéndose a las enfermeras que pasaban por nuestro lado. Como siempre, no daba señales de capitular. La crisis estaba próxima y ella tenía que sentirlo, y sin embargo su dominio de sí misma nunca había sido tan firme.

Efectuadas las radiografías, el médico nos explicó que había otro brote de cáncer en el extremo superior de la espina dorsal. No se refirió al fallo de la quimioterapia, pero estuvo implícito en sus comentarios, y unos minutos más tarde aproveché una oportunidad para hablar con él a solas.

—¿Qué se puede hacer ahora? —le pregunté—. ¿Sirve de algo que ingrese en el hospital?

Él confirmó mis peores sospechas cuando repuso:

—Podemos aliviar el dolor hasta cierto punto, pero existe la cuestión de la calidad de vida. Se ha cansado de luchar.

(Más adelante, el doctor Laing me contó que fue entonces cuando comprendió que Jean había renunciado. “No lo expresó con palabras, pero me dio a entender muy claramente que no quería prolongar su vida”, dijo.)

Sentí que no necesitaba preguntarle nada más. Este ataque era el último golpe para Jean y de él sólo podría liberarla la muerte. Como siempre había rechazado de manera rotunda la idea de morir en el hospital y me lo había indicado meses antes, dispuse que la llevaran a Langley Burrell en ambulancia y yo la seguí en el coche.

Al día siguiente era Viernes Santo y lo pasamos tranquilamente en la habitación. Aunque atiborrada de calmantes, Jean se mantuvo despierta durante varias horas, y en estas horas se mostró vivaz y relativamente alegre. Nos limitamos a vivir el día sin decirnos nada especial, callando los pensamientos que pudieran cruzar nuestra mente. Puede parecer extraño que habláramos tan poco aquel viernes, que resultó ser el último día



completo que pasamos juntos; pero cuando se ha tenido que vivir tanto tiempo como nosotros con la posibilidad de la muerte y ésta te llega a dominar por completo, se le ofrece una resistencia particular al final y se hacen todos los esfuerzos posibles para que el tiempo que queda sea exclusivamente propio. Permanecemos en silencio, abrazados, escuchando nuestro estéreo y leyendo a ratos. Aquella noche me senté junto a su cama y tocamos las piezas favoritas de Jean: Grieg y la Sinfonía en re menor, de Franck, que escuchamos en el concierto al que asistimos en nuestra primera cita en Manchester, en 1953. Durante nuestra luna de miel habíamos visitado la casa de César Franck en París, y rememoramos nuestro maravilloso viaje. Traté con gran esfuerzo de reprimir mis emociones hasta que Jean se sumió en un profundo sueño.

Yo sabía que el fin era inminente y dudé entre si dar o no la sobredosis a Jean aquella misma noche. Era desesperado mi deseo de ahorrarle la angustia que estaba sufriendo en silencio, pero comprendí que no podía administrársela sin que ella lo supiera. Pese al hecho de que el cáncer había ido consumiendo su cuerpo durante dos años y cuatro meses, yo sabía que aún podía vivir tres o cuatro espantosas semanas, mientras la enfermedad desarrollaba su última y salvaje etapa. Lo único que me preocupaba era el bienestar de Jean y medité sobre cuál sería el modo mejor de cumplir nuestro pacto y protegerla de un horrendo fin. Pensé en lo agradable que sería darle algo bueno de beber y verla extinguirse suavemente en un momento en que éramos tan felices.

Durante casi toda la noche estuve pensando en esto hasta que, agotado, me adormecí al amanecer. Lo que yo ignoraba era que a primeras horas de la tarde, cuando, creyendo dormida a Jean, me escabullí al jardín, ella había llamado individual-



mente a nuestros hijos y hablado con cada uno sobre cómo le gustaría que dispusiéramos las cosas después de su muerte. Uno de sus ruegos fue que hicieran lo posible para ayudarme a iniciar una nueva vida. Jean había pensado en todo y pasó la noche preparándose para morir al día siguiente.

## 10. ¿HA LLEGADO EL MOMENTO?

Cuando me desperté a la mañana siguiente, volví la cabeza sobre la almohada y vi que Jean me estaba mirando. Adiviné que me miraba desde hacía bastante rato, esperando que terminara el sueño, y me invadió el presentimiento de que algo ocurría. Sin embargo, no dije nada aparte del habitual saludo matutino:

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele mucho el cuello. No lo puedo mover —repuso Jean.

Salté de la cama y le preparé la acostumbrada dosis de medicinas y calmantes, que ella bebió de un trago. Descorrí las cortinas y observé que era un espléndido día de primavera, pero no hubo reacción por parte de Jean, que estaba silenciosa y pensativa, absorta en sus pensamientos.

—¿Te preparo el desayuno? —pregunté.

—Sí, muy bien —repuso—. Sólo té y tostadas.

Recogí los periódicos de la mañana mientras iba hacia la cocina y empecé a preparar el té. No cesaba de preguntarme: “¿Qué haré si me pregunta si ha llegado el fin? ¿Estoy absolutamente seguro de que el fin está próximo?” Era un momento en que no podía fallarle: tenía que ser honrado y decir: “Sí”. Comprendí que era el fin porque había considerado seriamente quitarle la vida. No podía continuar sufriendo así, en especial con

el riesgo de más fracturas de huesos, que significarían llevarla corriendo al hospital y que muriera allí, algo que ella no quería de ninguna manera. Comprendí que, en el supuesto de que fuera al hospital el próximo martes para otras sesiones de radioterapia, tampoco volvería jamás a casa. (El doctor Laing me dijo más tarde que, inmediatamente después de ver a Jean por última vez en Swindon, escribió al doctor Gornall de Chippenham: “No deseo prolongar la vida de esta mujer a estas alturas. Sin embargo, hay que hacer lo posible para controlar los síntomas”.)

Recordé las palabras de Jean de hacía pocos meses: “Cuando muera, quiero estar en casa contigo, Derek; sólo tú y yo. Pase lo que pase, no me dejes morir en el hospital”.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; me ardían tanto que tuve que lavármelos con agua fría. Tratando de parecer normal, llevé la bandeja del desayuno a la habitación y tiré *The Guardian* sobre la cama de Jean, como solía hacer siempre. Esta vez ella lo ignoró, prefiriendo sorber el té y morder la tostada mientras miraba por la ventana hacia los rosales. Ambos estábamos ensimismados, y yo tenso hasta el punto de no poder mirarla, por lo que mantenía los ojos fijos en los dorados arbustos de alheñas que flanqueaban la avenida.

—Derek —me llamó con voz tenue.

—¿Qué hay, cariño?

—¿Ha llegado el momento?

Me invadió el pánico. La boca se me secó y no pude controlar las lágrimas que fluyeron de mis ojos: fue el momento más terrible de mi vida. Sin embargo, tuve que contestar:

—Sí, cariño.

Siguieron unos minutos de silencio mientras considerábamos la decisión tomada. ¿Había hecho bien? ¿Era demasiado pronto? ¿Debía tal vez volver al hospital para más tratamiento? Mis

torturados pensamientos fueron interrumpidos en medio de su caótica carrera por la voz tranquila y ponderada de Jean:

—¿Cómo será? Me prometiste que me traerías algo.

—Y lo he traído —contesté—. Un médico de Londres me ha dado una mezcla de medicamentos cuyo efecto es letal. No tienes más que tomarla y será el final.

Callamos de nuevo y me pregunté si debía interrogarla acerca de su parte en la decisión. Sin embargo, no lo hice porque era muy evidente que dependía de mi criterio. Suscitar cualquier duda en estos momentos era tan sólo empañar la certidumbre y claridad de nuestros instintos y nuestra inteligencia. Ambos sabíamos intuitivamente que esta hora era la correcta. Vacilar habría sido un error.

De nuevo fue ella quien habló primero:

—Moriré a la una. Tienes que darme la sobredosis y después ir al jardín y no volver hasta pasada una hora. Nos despediremos aquí por última vez, pero no quiero que me veas morir.

Estupefacto ante su serenidad, tuve que asentir. Jean continuó desayunando e incluso echó una ojeada al periódico, aunque lo dejó de lado a los pocos segundos. Comprendí cuán triviales debían parecerle los asuntos del mundo cuando sólo nos quedaban unas horas para estar juntos. Cualquier indecisión que yo pudiera haber sentido, se desvaneció ahora que Jean había confirmado la decisión y elegido la hora de su muerte.

Sentí que me libraba de un gran peso al saber que no tendría que matarla por piedad sin su ayuda. Algo aturdido por la trascendencia y el dramatismo de la situación, ensalcé el valor de Jean y su eficacia en la preparación de la muerte que había elegido. Después de más de dos años de sufrimiento tenía derecho, a mi juicio, a abandonar esta vida con dignidad y enteramente bajo sus propias condiciones.

—¿Quieres que te traiga una palangana con agua, amor mío?  
—le pregunté.

Ella aceptó como siempre, se lavó la cara, las manos y los dientes, se peinó y pintó un poco los labios. Después, entre los dos, arreglamos la cama, y mientras lo hacíamos, los intensos dolores le atravesaron el cuello. A toda prisa le alargué más calmantes. Cuando empezaron a hacer su efecto y hubieron suprimido el dolor, Jean quiso hablar de nuevo.

—Me alegro de que ya estuviera decidido —dijo—. Me ha quitado un peso de encima.

Pero esta referencia a lo definitivo de la situación después de veintiún años de felicidad juntos —nuestro aniversario era el mes siguiente— destruyó el control que ejercía sobre mí mismo y me eché en brazos de Jean, sollozando.

—No debes llorar —murmuró ella—. Después de todo, tú eres quien sale ganando. Eres lo bastante joven para empezar de nuevo. Encontrarás a otra mujer a quien amar. En el mundo hay muchas mujeres que necesitan un marido.

—Pero yo no quiero perderte —repliqué entre lágrimas—. Te lo ruego, no me abandones.

—No puede ser de otro modo, cariño —dijo casi con frialdad—. Tengo este maldito cáncer y ya no puedo luchar más contra él. Pero tú debes labrarte una nueva vida o de lo contrario desperdiciarás todo lo que tú y yo hemos hecho juntos.

Me imploró que dejase de llorar y poco a poco logré sobreponerme. Hablamos de nuestra vida en común, de los nacimientos de Edgar y Clive, de la adopción de Stephen. Revisamos todas las vacaciones felices que habíamos pasado en casitas de la costa de Gales y Devon, las vacaciones en *campings* de Francia y Alemania y, en general, toda una vida de amor y dedicación a los niños y del uno por el otro.

—Nunca he amado a nadie más que a ti, Jeannie —le dije—. Jamás te he sido infiel, excepto aquel episodio del pasado otoño. Y aquello no fue amor, fue un tropiezo debido a tensiones que no podía soportar. Fue un tropiezo horrible y he de pedirte perdón por él.

—Si fue la única ocasión en veintidós años, no nos ha ido tan mal —observó—. Ya lo hemos olvidado, así que no lo mencionemos.

Cuando me preguntó una vez más qué pensaba hacer con Pinchloafe House, recordé que este mismo día, Sábado Santo, se cumplían dos años de nuestra impetuosa compra de la granja. Repuse que de momento la conservaría y tal vez finalmente la vendería a los chicos.

—Sí, esto me gustaría —asintió—. Estoy tan contenta de que hayamos venido aquí hacia el fin de mi vida. Lo ha hecho todo mucho más soportable.

No quiso ver a nadie más que a mí aquella mañana, pero cuando dejé la habitación aproveché la oportunidad para decir a nuestros hijos que Jean se estaba muriendo. Reaccionaron estoicamente, por lo que supuse que ya lo habían adivinado. Nadie sugirió que llamásemos al médico. Entonces yo aún ignoraba que Jean les había hablado el día anterior, dándoles sus últimas instrucciones y seguramente despidiéndose de ellos. Cuando volví a la habitación, Jean estaba ordenando el cajón de la mesilla de noche. Desechó una polvera vacía, unos caramelos y limpió la mesilla con una servilleta de papel.

—Cuando haya muerto —anunció—, quítame los anillos. Siempre los roban en el crematorio. Y a mi tía y mi prima de Manchester dales mis vestidos, que se queden lo que quieran y vendan el resto. Y no olvides que el lunes es fiesta y no podrás registrar mi muerte hasta el martes. No necesito hacer testamento, no tengo nada que dejar.

Una sonrisa traviesa iluminó su rostro al hacer esta observación. Siempre había hecho comentarios burlones sobre las familias que se pelean por testamentos y propiedades, y le satisfacía dejar el mundo pobre, pero feliz.

—Quiero que me prometas una cosa —continuó—. Debes ir a Manchester cuando me haya muerto y contar exactamente a mi padre cómo ha sido mi muerte. No quiero que piense que me he ido sufriendo o como una planta. Ya fue bastante desgraciado cuando mamá murió porque nadie fue capaz de tomar decisiones. Quiero que sepa con seguridad que he muerto de esta manera. ¿Me lo prometes?

Contesté que haría todo lo que me pidiera, maravillándome una vez más de lo organizada que era.

—Ahora podrás empezar el libro sobre *Michael X* —dijo—. Tómame un mes para sobreponerte a esto y entonces empieza a escribir. Pero no se te ocurra dedicarme el libro, no quiero que me asocien a un hombre tan odioso.

Decidí decirle que ya le había dedicado *La conspiración del cricket*, que no tardaría en publicarse. El libro trataba del juicio de Peter Hain, el manifestante contra el *apartheid* que había sido acusado de conspiración. Jean sentía afecto por Peter y admiraba su tenacidad.

—Dime qué pondrás acerca de mí.

Como decirlo me pareció demasiado difícil, escribí en un trozo de papel la inscripción que pensaba poner en el libro: “En memoria de Jean Humphry: siempre militante”.

Lo leyó y me sonrió con aprobación.

—Es muy bonito —dijo.

Jean siempre había estipulado que deseaba ser cremada y sus cenizas esparcidas en un lugar anónimo. Me hizo una petición adicional al rogarme:



—Me gustaría que plantaras por mí una rosa de la paz en el jardín. ¿Recuerdas aquella tan grande que teníamos en el jardín de Londres? Nunca tuvimos una planta tan hermosa.

Su estado de ánimo y ecuanimidad me ayudaron a pasar aquella inolvidable mañana, aunque de vez en cuando no podía evitarlo y me echaba a llorar, Jean no lloró ni una sola vez.

—Tienes que dominarte, cariño —me reconvino—. Es lo mejor que podemos hacer. No podemos cambiar lo que ha de ocurrir y estoy muy contenta. Claro que no deseo abandonarte, pero ya no soy capaz de resistir más este cáncer. Prefiero morir hoy en plena paz de espíritu, disfrutando de tu presencia y amor en mi propio hogar, y no en una triste sala de hospital después de yacer drogada durante quince días. Ésta es la mejor manera, créeme.

Yo sabía muy bien que tenía razón, que ésta era la mejor manera, y saberlo mitigaba algo mi tormento. Dadas las circunstancias, esto era lo más perfecto y asequible para nuestro matrimonio. Jean había soportado estoicamente y con tanta dignidad esta tremenda adversidad durante los dos últimos años que ahora ya le tocaba tomar la iniciativa. No obstante, algo la preocupaba cuando preguntó:

—¿No infringes la ley al ayudarme a quitarme la vida? ¿No te ocurrirá nada? No podría soportarlo.

Me había anticipado a esto y le aseguré que había pensado mucho en ello.

—No diré nada de lo ocurrido. En todo caso, los médicos que te cuidan saben que estás gravemente enferma. El doctor Gornall pensaba que te morirías antes de Navidad, así que, ¿cómo pueden dudar ahora de tu muerte? Incluso aunque sospecharan algo fuera de lo corriente, lo cual me parece difícil, creo que son demasiado inteligentes y sensibles a la situación para armar un escándalo innecesario.

Ella persistió en sus preguntas.

—Pero, ¿es contra la ley, verdad?

Le dije que se trataba de una infracción de la ley, pero que semejantes delitos eran raramente procesados.

—Ya me encargaré del asunto —la tranquilicé—. No debemos preocuparnos a este respecto. He podido pensar en ello desde agosto y no tengo la menor duda de que si tú deseas morir así, mi deber es ayudarte.

Esto la consoló y continuamos hablando de nuestros agradables recuerdos. Jean rememoró la inauguración de la tienda, la compra de mobiliario para la granja y nuestros esfuerzos por salvar el matrimonio de Edgar y Vivienne.

—Viv me ha prometido que cuidará de ti —dijo—, y yo he advertido a todos que deben aceptar a quienquiera que elijas. Les he dicho que no importa que te cases después de mi muerte; ¡me es igual que sólo tardes un mes! Prométeme que volverás a casarte.

Entre abundantes lágrimas, que no podía controlar, logré asentir con la cabeza, lo cual significaba que cumpliría la promesa.

—Deja de llorar —me reprendió—. Mira qué hora es.

Era la una menos diez minutos.

Me sequé las lágrimas y salí de la habitación para ir a buscar la mezcla de somníferos y calmantes, que ya había decidido disolver en una taza de café. Nuestros hijos estaban todos desplomados en las sillas de la salita del desayuno y yo les sugerí al pasar que se preparasen, añadiendo:

—Creo que está muy cerca de la muerte.

Llené dos tazones de café fuerte con leche y en uno de ellos vertí la poción. Los coloqué sobre una bandeja, volví a la habitación y dejé el tazón de Jean sobre su mesilla de noche.

—¿Es esto? —me preguntó.

No tuve necesidad de contestar. La tomé en mis brazos y la besé.

—Adiós, amor mío.

—Adiós, cariño.

Levantó el tazón y bebió el contenido rápidamente, se apoyó en la almohada y cerró los ojos. Al cabo de unos segundos pareció quedarse dormida y pronto su respiración se hizo lenta y pesada.

No fui al jardín, como Jean me había pedido, porque tenía que asegurarme de que iba a morir. La idea de que pudiera recobrar el conocimiento si la mezcla no era lo bastante fuerte me resultaba intolerable. Sabía que Jean se desesperaría si se despertaba y veía que su muerte, después de tantos preparativos, había sido un fracaso. Ambos sabíamos que había llegado la hora en que debía morir, que la enfermedad había ido demasiado lejos y que ningún médico podía hacer ya nada por ella.

Al cabo de quince minutos vomitó un poco, y mientras le secaba la boca me asaltó el pánico al pensar que las tabletas no iban a hacer efecto. ¿Y si no había retenido suficiente droga? Sobre una silla junto a la cama estaban las dos almohadas que usábamos para incorporarla; decidí que al primer signo de vida la ahogaría con ellas. No me importaba infringir la ley: se trataba de un acto que dos cónyuges se debían mutuamente, un pacto de muerte privado. En cualquier caso, no era mi intención dejar que nadie lo supiera.

Jean respiraba pesadamente mientras yo continuaba mi desesperada guardia. Pero no necesitó más ayuda. A la 1:50 del 29 de marzo de 1975, mientras yo la contemplaba, murió pacíficamente.



## APÉNDICE

**E**l Comité de Revisión de la Ley Criminal de Gran Bretaña, en su anteproyecto de “delitos contra la persona”, publicado en agosto de 1976, dictamina lo siguiente:

### Ayudar e incitar al suicidio

Aunque el suicidio en sí ya no constituye un delito, la persona que ayuda, incita o facilita el suicidio de otra puede ser condenada, de acuerdo con la sección segunda de la Ley de Suicidio de 1961, a una pena de hasta catorce años de cárcel. En nuestro segundo informe (disposición 1187) recomendamos que se mantuviera esta figura de delito. Por los extremos consultados tuvimos que dar por sentado que debía continuar siendo un delito el hecho de que una persona incite o ayude a otra a cometer suicidio. Sin embargo, opinamos que en el actual informe sobre delitos contra la persona somos libres de recomendar, si lo creemos pertinente, que sea abolido el delito de la sección segunda.

En cuanto al caso de homicidio por razón de un pacto de suicidio, es raro el procesamiento por delitos incursos en la sección segunda. Pueden distinguirse dos tipos de casos. El primer tipo se da cuando una persona persuade a otra para que

se suicide. La persuasión podría ejercerla una persona que esperara ventajas financieras u otros beneficios de la muerte de la otra. Aunque el suicidio ya no sea delito, el hecho de que una persona convenza a otra de que se quite la vida lo consideramos grave y opinamos unánimemente que ha de continuar siendo delito. El segundo tipo es aquel en que una persona ayuda a otra a suicidarse, por ejemplo, comprando cierta cantidad de aspirina para que la otra la tome. Reflexionamos sobre si cabría hacer alguna distinción entre este caso y los del primer tipo. Es discutible que sea menos grave ayudar a alguien que ha decidido suicidarse a que lo realice, que persuadir a alguien, que no lo había decidido, para que se quite la vida. No obstante, teniendo en cuenta la presente posición legal respecto a la eutanasia, la mayoría de nosotros piensa que ayudar a una persona a suicidarse debe continuar siendo un delito. Las diferencias que pueda haber en la gravedad de estos dos tipos de casos pueden reflejarse en la sentencia.

Opinamos (con una minoría de miembros en contra) que la actual pena máxima de catorce años de cárcel, dispuesta por la sección segunda de la Ley de Suicidio de 1961, debe mantenerse a fin de cubrir los casos más graves. Estamos igualmente a favor de mantener la necesidad del consentimiento del director de Procesamientos Públicos para iniciar el proceso por un delito incurso en la sección segunda, como consta en la sección segunda (cuarta) de la Ley de 1961.

**Graciela Enríquez Enríquez**  
coordinó esta edición de 5 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de  
**Yvette Couturier**

Se terminó de imprimir en marzo de 2008

Diseño de portada  
**Retorno Tassier, S.A. de C.V.**  
Río Churubusco núm. 353-1  
Col. General Anaya  
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial  
**Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.**  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Palatino en tamaños  
9, 11 y 14 puntos

Editado por  
**DEMAC**